



ENTU.
EGILBL
SANT

2

PQ1997

.G6

S6

v. 2

1791-97

847.4

L622a



1080029607



AVENTURAS

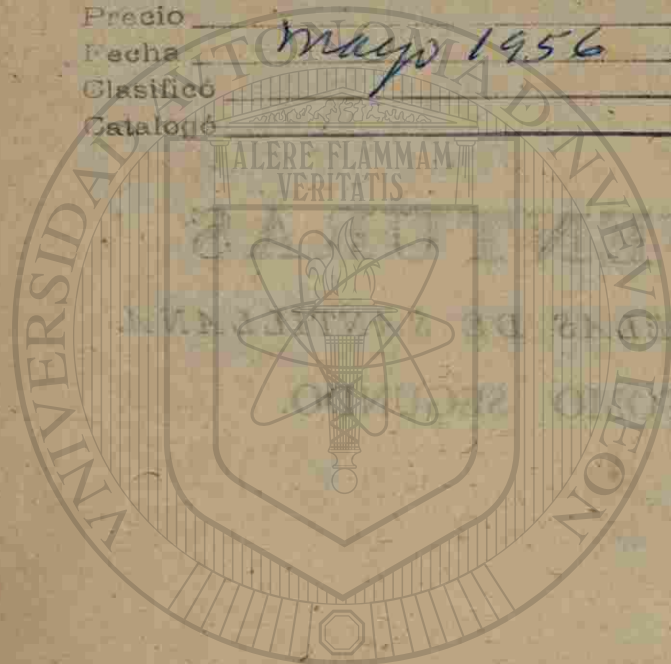
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

TOMO SEGUNDO.

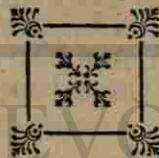
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 847.4
Núm. Autor 6622 a
Núm. Adg. 34421
Procedencia - 7 -
Precio _____
Fecha mayo 1956
Clasific. _____
Catalogo _____



AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA,
ROBADAS A ESPAÑA,
Y ADOPTADAS EN FRANCIA
POR MONSIEUR LE SAGE,
RESTITUIDAS A SU PATRIA
Y A SU LENGUA NATIVA
POR UN ESPAÑOL ZELOSO
que no sufre se burlen de su nacion.
TOMO SEGUNDO.



EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARIN.

AÑO DE MDCCXCVII.

1797

FONDO
SALVADOR TOSCANO

97849

34421

868
B.S.

Pa 1997

66

S6

v. 2

1791-97



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. YES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

FONDO
SALVADOR TOSCANO

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

UN tantico de honor y de Religion que conservaba todavia en medio de mis estragadas costumbres, me obligó no solo á dexar á Arsenia, sino tambien á romper todo comercio con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertas ráfagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilícitos embelesos en que se halla ciegameamente enredado. Amaneció, pues, una mañana muy dichosa para mí, en la qual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, que solo respiraba libertad,

868
B.S.

Pa 1997

66

S6

v. 2

1791-97



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. YES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

FONDO
SALVADOR TOSCANO

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

UN tantico de honor y de Religion que conservaba todavia en medio de mis estragadas costumbres, me obligó no solo á dexar á Arsenia, sino tambien á romper todo comercio con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertas ráfagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilícitos embelesos en que se halla ciegameamente enredado. Amaneció, pues, una mañana muy dichosa para mí, en la qual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, que solo respiraba libertad,

2 *Las Aventuras de Gil Blas.*

tad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra. Encontré al mayordomo de mi difunto amo Don Matias, á quien saludé. Conocióme luego, y me preguntó á quién servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dexarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dixo que siendo yo un mozo tan honrado y tan christiano queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo día me acomodó con Don Vicente Guzman, de cuyo mayordomo era él grande amigo.

No podía entrar en mejor casa; y así nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era Don Vicente un caballero ya anciano, y muy rico, que habia muchos años vivia sin pleytos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya, queriéndola curar de una tos que verosimilmente la dexaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamás en volverse á casar, aplicándose enteramente á la educacion de Aurora su hija única, que entraba entonces en los veinte y seis años, y era una dama completa. Juntaba á una hermosura poco comun un entendimiento excelente, y gran instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de ha-

Lib. IV. Cap. I.

3
hablar, sobre todo de guerras y de batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompeta heroica, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto en que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolixo, sobre ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas, y verdaderamente intolerables. Por lo demás no era facil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre igual, nada duro ni caprichoso: cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y con economía, se trataba muy honradamente. Componiase su familia de varios criados, y de tres mugeres que servian á Aurora. Conoci desde luego que el mayordomo de Don Matias me habia metido en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio y las inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de Don Vicente, quando me pareció que su hija me miraba con alguna parcialidad,

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*

dad, distinguiéndome entre los demás criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los míos observaba, á mi parecer, un cierto agrado que no veía en ella quando miraba á los otros. A no haber tratado yo con petimetres y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginación que Aurora pudiese pensar en mí; pero me habían abierto los ojos aquellos señores míos, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta calidad. Si hemos de dar crédito á los histriones (me decia yo á mí mismo) tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las quales saben muy bien aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama no tendrá de estos caprichos? Pero no (añadia prontamente) no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas, que olvidadas del noble orgullo que las comunica su nacimiento, se rinden á la indecencia de abatirse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrípulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasión delicada que las ocupa sin peligro.

Este era el juicio que yo hacía de mi ama, bien que dudoso y vacilante, no sabiendo precisamente á que atenerme. Mientras tanto siempre que me veía no dexaba de sonreirse y de alegrarse: apariencias todas que podian muy bien

Lib. IV. Cap. I.

5

bien hacerme consentir en mi fortuna, sin pasar por vano ni por tonto. Y así no hallé modo para resistirme á ellas. Consentí, pues, en que Aurora estaba grandemente prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme menos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, comencé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar telas, aguas de olor y pomadas. La primera cosa que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con toda la posible propiedad, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de mi aseo, y con otros medios que aplicaba para dar gusto y hacerme grato, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que habia mas de veinte años que servía en casa de Don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavía el título de dueña, aunque ya no exercia aquel empleo. Por el contrario, en lugar de velar sobre las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, ahora solo atendia á encubrir las y ocultarlas, con lo qual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche habiendo buscado la dueña la ocasion de hablarme, sin

TOMO II.

B

que

6 *Las Aventuras de Gil Blas.*

que nadie pudiese oírnos, me dixo en voz baxa que si era discreto baxase al jardín á media noche, donde oiría cosas que no me disgustarian. Respondíla, apretándola la mano, que sin falta alguna baxaria, y prontamente nos separamos por miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, (sin embargo de que siempre se cenaba temprano), y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud. Y para que mi rabia fuese mayor, quando Don Vicente se retiró á su quarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia á todos matraqueado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente reservó para regalarme aquella noche, fue irme nombrando uno por uno todos los Oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas que cada uno habia hecho. No puedo ponderar quanto me costó el reprimir mi cólera y el estarle oyendo hasta que al fin acabó y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al quarto donde estaba la mía, y donde terminaba una escalera secreta que conducia al jardín. Dime un buen baño de pomada por todo el cuerpo; vestíme una camisola limpia bien perfumada; nada omití de quanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en

mi

Lib. IV. Cap. I.

7

mi ama, y fuíme al sitio para donde estaba citado.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su quarto, perdiendo yo todas mis esperanzas. Eché la culpa á Don Vicente, y quando estaba dando al diablo sus campañas sonó el relox, conté las horas, y hallé que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el relox andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un quarto de hora despues volví á contar las diez de otro relox. ¡Bravo! dixé entonces entre mí: todavia me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseemonos, y pensemos en el papel que hago hoy. Es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las fantasías de las damas; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad, y franqueza, las dice su atrevido pensamiento sin ceremonia. Pero con las damas se observa otro ritual. Es menester que el galan sea cortés, tierno y comedido, pero no tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar un momento favorable.

Así discurría yo, y así me prometia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los pies de aquel adorable objeto, y de decirla mil cosas amo-

B 2

ro-

8 *Las Aventuras de Gil Blas.*

rosas, pero de manera que el respeto no se quejase de la pasión. Con este fin llamaba á la memoria varios trozos de las piezas de teatro, que me pareció podían servirme y hacerme mucho honor en nuestra primera visita. Lisonjeábame de que los aplicaría con oportunidad, y esperaba que, á exemplo de algunos comediantes, pasaría por discreto y hombre de espíritu, siendo así que solo era hombre de memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertían mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí sonar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginación, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardín. Dió en fin la hora tan deseada, es decir la media noche. Pocos instantes despues se dexó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dixo, ¿quánto ha que está Vmd. aquí? Dos horas, la respondí. En verdad, añadió ella riendose, que es Vmd. muy cumplido, y dá gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la fortuna que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con Vmd., y le está esperando en su quarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sígame á donde le conduzca. Diciendo esto me tomó de la mano, y ella misma me introduxo en el aposen-

sen-



Recibe Aurora á Gil Blas por Criado y la conversacion que tuvo con él.

sento del ama por una puerta falsa de que tenía la llave.

CAPITULO II

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él.

Saludé á Aurora con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fue posible. Recibióme con una cara risueña; hizome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó, mandó á la dueña que se retirase á su quarto. Despues de este prelude, volviéndose hácia mí, me dixo: Gil Blas, ya habrás conocido que yo te miro con buenos ojos, y que te distingo entre todos los criados de mi padre; quando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dexará dudar este paso que ahora doy.

No la dí tiempo para que dixese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortésano debia respetar su pudor, y no darla lugar á mayor explicacion. Levantéme, y arrojándome á sus pies todo transportado, como un heroe de teatro que se arrodilla delante de su Princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ah, señora! será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí

aquí de la fortuna, sea tan feliz que haya podido inspiraros sentimientos..... Baxa un poco la voz, me interrumpió sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el quarto vecino. Levántate, y escúchame sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo y te quiero bien, y en prueba de esto voy á fiarte un secreto, del qual pende la quietud y tranquilidad de mi vida. Sabe que amo á un caballerito mozo, galan, ayroso y de ilustre nacimiento. Llámase Don Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia, pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, como tambien quales sean sus inclinaciones, si virtuosas ó viciosas. En esto quisiera ser instruida con toda exâctitud. Para lo qual necesito de un hombre sagaz y sincero, que informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel y puntual. He puesto los ojos en tí, persuadida á que nada arriesgo en encargarte esta comision. Espero que la desempeñarás con tanta discrecion y con tanta destreza, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora esperando mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad quando no la acompaña la fortuna, supe mostrarla un zelo tan vivo y un

ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no fue bastante á desimpresionarla del mal concepto en que la pudo haber puesto mi temeraria presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y con decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de Don Luis. Otorgómelos; y llamando ella misma á la Ortiz, ésta me volvió á conducir al jardín, diciéndome al despedirse: á Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que seas puntual en acudir al sitio consabido ó á qualquiera otro donde fueres citado, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi quarto, no sin algun dolor de haberme engañado tanto. Con todo eso tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme que esto podia hacerme hombre; que los medianeros de amor eran muy atendidos y mejor pagados: reflexiones que me divirtieron y me consolaron, acostándome con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en quanto quisiese disponer de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber donde vivia un caballero tan conocido como Don Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su conducta; pero los sugetos á quienes recurrí no satisficieron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á solicitar nuevos y mas íntimos in-

informes el día siguiente, y fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia. Parámonos para saludarnos, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dixo que le habian despedido de casa de Don Juan Pacheco, padre de Don Luis, por haberle acusado que habia bebido un frasco de vino generoso. No perdí una ocasion tan oportuna para saber quanto deseaba, y lo conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas; de manera que volví á casa muy alegre por hallarme en parage de cumplir la palabra que habia dado á mi ama, con quien habia quedado de acuerdo que debia volver á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: léjos de impacientarme con las prolixas relaciones de mi amo, yo mismo le metí en la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce en todos los relojes que se podian oír de la casa. Entonces baxé con mucho sosiego al jardín, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio consabido, y la taimada me dixo con un poco de socarroneria: en verdad, Gil Blas, que hoy ha rebaxado muchas lineas el barómetro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, haciendo como que no la entendia, y ella

ella me conduxo al quarto donde me estaba Aurora esperando. Pregantóme luego que me vió si me habia informado bien de Don Luis. Sí señora, la respondí; y en dos palabras informaré á V. S. de todo lo que he llegado á entender. En primer lugar sé que muy en breve partirá á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballerito lleno de honor y de bondad; en quanto al valor, no le puede faltar, basta decir que es caballero y Castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellas modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S. es, que vive un poco demasiadamente á la moda de los modernos señoritos; quiero decir, que es furiosamente calavera. Creerá V. S. que siendo todavía tan jóven como es, ha puesto ya á buen recaudo á dos comediantas? ¿Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero dime, ¿estás seguro de lo que cuentas? ¿Cómo si estoy seguro? la respondí. No hay cosa mas cierta. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son muy sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal Don Luis es muy amigo de Don Alexo Seguíer, de Don Antonio Centelles y de Don Fernando de Gamboa; prueba invencible de su disolucion. Basta, Gil Blas, dixo suspirando mi pobre ama: en virtud de tu informe comienzo desde este punto á combatir mi indigno amor.

14 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Aunque habia hechado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas, si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

Lib. IV. Cap. III.

15

CAPITULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos médicos de Madrid; uno el Doctor Andres, y otro el Doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al enfermo, y despues de una exácta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto convinieron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el Señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, debian ser expelidos con purgantes, antes que se fixasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavia incoctos y crudos los humores, se debía esperar á que madurasen antes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro doctor,

14 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Aunque habia hechado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas, si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

Lib. IV. Cap. III.

15

CAPITULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos médicos de Madrid; uno el Doctor Andres, y otro el Doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al enfermo, y despues de una exácta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto convinieron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el Señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, debian ser expelidos con purgantes, antes que se fixasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavia incoctos y crudos los humores, se debía esperar á que madurasen antes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro doctor,

tor, es directamente contrario al que nos enseña el príncipe de la medicina. Hypócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad, y desde los primeros días de la mas ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga quando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: vos entendeis por *orgasmo* agitacion, siendo así que se debe entender madurez.

Recalentáronse nuestros doctores en esta disputa. El uno presentó el texto Griego, y citó todos los autores que le explican como él. El otro se fiaba en la traduccion Latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el negocio en tono mas alto. ¿A qual de los dos se ha de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese decidir aquella cuestión; pero hallándose precisado á optar, escogió entre los dos la opinion del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto Andres, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero quatro pullas bien pican-tes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y hé aquí que queda triunfante Oquendo. Habiendo éste cursado sin duda la misma escuela, y estudiado los mismos principios que el doctor Sangredo, comenzó á sangrar abundantemente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente di-

diferida no le quitase la presa que ya tenía en la mano, previno la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fue el fin del señor Don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el Griego.

Aurora, despues de haber hecho á su padre unas exéquias dignas de un hombre de aquel nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, dándoles recompensas proporcionadas á su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una Quinta que tenía á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fui uno de los que quedaron en la familia, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de serla necesario. No obstante el fiel informe que yo la habia hecho de Don Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia abandonado á su torrente. Como ya no necesitaba de precauciones para hablarme, me dixo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á Don Luis: por mas que hago para borrarle de mi pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse diciendo estas palabras, y no pudo impedir que no se la desprendiesen algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto me conmovió aquel su dulce llanto. Ni podía ha-

hacerla mejor la corte que mostrándome sensible á su ternura. Veo, amigo Blas (continuó ella enjugándose los ojos) veo tu buen corazón, y estoy muy satisfecha de tu zelo, que prometo recompensar bien como él merece. Nunca me ha sido mas necesario tu auxilio y tu asistencia. Voite á descubrir el pensamiento que ahora me ocupa enteramente: sin duda que te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir quanto antes á Salamanca. Mi idea es disfrazarme de caballero baxo el nombre de Don Felix, y entablar conocimiento con Pacheco, procurando ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo. Naturalmente deseará conocerla, y aquí es donde yo le espero. Nosotros tendremos en Salamanca dos posadas. En una haré el papel de Don Felix, y en otra de Doña Aurora; y dexándome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasión que me arrastra, y la inocente intencion con que procedo, acaban de cegarme y de aturdirme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que Aurora en punto á la extravagancia y á lo peligroso del proyecto. Sin embargo, aunque le reconocia tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé muy bien de hacer del pedagogo. Antes al contrario comencé á dorar la

la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser un proyecto disparatado, era un delicado juego de ingenio, sin peligro y sin consecuencia. Esto dió gran gusto á mi ama, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y se aplaudan sus mas locos devaneos. En fin convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debíamos mirar como una especie de comedia bufonesca inventada para divertirnos, en la qual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre los domésticos, y repartimos á cada qual su papel. Cada uno aceptó el que se le encargó sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se la encomendó el de tia de Doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y debia tomar el nombre de Doña Ximena de Guzman. Yo debia servir á Doña Aurora en calidad de ayuda de cámara, escogiendo entre las mugeres una que, disfrazada en hombre, la asistiese en particular. Arreglados así los papeles nos restituimos á Madrid, donde supimos que se hallaba Don Luis, pero disponiéndose para partir prontamente á Salamanca. Dimos orden para que se hiciesen quanto antes los vestidos que habíamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y en sazón. Luego que se concluyeron se plegaron y se metieron en diferentes baules, y dexando al mayordomo el cuidado de la casa, partió Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del Reyno de Leon, acom-

pañada de todos los que habíamos de hacer papel en la comedia.

Habíamos ya atravesado toda Castilla la Vieja, quando se rompió el exe del coche, entre Avila, y Villafior, á trescientos ó quatrocientos pasos de una Quinta que se dexaba ver al pie de una montaña. Hallábamonos muy embarazados porque se acercaba la noche; pero un paysano que casualmente pasó por allí nos sacó de aquel embarazo. Informónos que aquella Quinta pertenecía á una tal Doña Elvira, viuda de Don Pedro Pinares, y nos dixo tanto bien de aquella señora, que mi ama se determinó á despacharme para suplicarla de su parte que se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del paysano. Recibíome con el mayor agrado, y respondió á mi súplica en los terminos que se deseaba. Pasamos todos á la Quinta tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta la viuda de Don Pedro, que salió cortesantemente á recibir á mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hicieron las dos de parte á parte. Solo diré que Doña Elvira era una dama ya de avanzada edad, pero tan cariñosa, atenta, y de tan señoril educacion, que ninguna la excedia en desempeñar noblemente los deberes de la hospitalidad. Conduxo ella misma á Doña Aurora á un soberbio y magnífico quarto, donde la dexó luego en libertad para que descansase, y ella fué á dar providencia hasta en

en las cosas mas menudas que nos podian tocar. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena dió orden que se sirviese en el quarto de Aurora, donde ámbas á dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de Don Pedro una de aquellas personas que no saben hacer los honores de una mesa, manteniéndose en ella con un ayre enfadosamente grave, silencioso y sostenido. Era de genio desembarazado, alegre y festivo, sabiendo perfectamente el arte de mantener siempre viva la conversacion. Explicábase noblemente con voces bellas y propias, y exponia sus pensamientos con cierto ayre fino y delicado, que hacia parecer originales aun los mas comunes. A mí me tenia encantado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Estrecháronse las dos en una tierna amistad, y quedaron de acuerdo en fomentarla con un comercio recíproco de cartas. No podia componerse nuestro coche hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma Quinta. A nosotros se nos sirvió tambien nuestra cena con gran abundancia, y por consiguiente dormimos todos tan bien como habíamos cenado.

El dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comieron las dos en una sala donde habia muchas pinturas. Entre otras sobresalia una, cuyas figuras se representaban con la mayor propiedad y con exquisita viveza; pero que presentaba á la vista un objeto, verdadera-

mente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecía que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver, tendido tambien por tierra, el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada, y quando se representaba exhalando el último aliento tenia fixos los ojos en un gallardo jóven, que explicaba un mortal dolor viéndola tan próxima á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se mostraba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseído de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con expresiones tan vivas, que no nos hartábamnos de verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora (la respondió Doña Elvira) es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aque-

llo

llo la queria decir la viuda de Don Pedro, y no se pudo contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacerse. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oír la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la historia que voy á referir (añadió con mucho agrado) no es de aquellas que están pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El Matrimonio vengado.

NOVELA.

Rogelio, Rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredó, se reveló contra él, y encendió en el Reyno una guerra no ménos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de

mente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecía que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver, tendido tambien por tierra, el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada, y quando se representaba exhalando el último aliento tenia fixos los ojos en un gallardo jóven, que explicaba un mortal dolor viéndola tan próxima á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se mostraba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseido de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con expresiones tan vivas, que no nos hartábamos de verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora (la respondió Doña Elvira) es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aque-

llo

llo la queria decir la viuda de Don Pedro, y no se pudo contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacerse. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oír la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la historia que voy á referir (añadió con mucho agrado) no es de aquellas que están pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El Matrimonio vengado.

NOVELA.

Rogelio, Rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredó, se reveló contra él, y encendió en el Reyno una guerra no ménos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de

de su rebelion, clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de muchos vasallos suyos, persuadidos á que habia perdonado la vida á su hermano para que en la lentitud fuese mayor y mas cruel la venganza. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuían á sola su hermana Matilde el duro tratamiento que Manfredo sufría en la prision. Con efecto esta Princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado Príncipe, y no cesó de perseguirle mientras él mismo vivió. Murio Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se consideró como un castigo de su desnaturalizado corazon.

Dexó dos hijos Manfredo, ambos en tierna edad. Dudó por algun tiempo Rogerio si se desharia de ellos, temiendo que en edad mas avanzada no les viniese el pensamiento de vengar el mal trato que se habia hecho á su padre, renovando un partido que todavía se sentia con fuerzas para suscitar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al Senador Leoncio Sifredo, su primer Ministro. Este para desviarle de aquel intento se encargó de la educacion del Príncipe Enrique, que era el primogénito; y aconsejó al Rey que confiase la del mas joven, por nombre Don Pedro, al Condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles Ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debía, los entregó á su fidelidad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era esta de la edad

de Enrique, hija única de la Princesa Matilde. Dióla maestras que la enseñasen y criados que la sirviesen, sin perdonar á medio alguno que conduxese á su correspondiente educacion.

Tenia Sifredo una Quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio que se decia Belmonte. Aquí se dedicó este Ministro á dar á Enrique una educacion que le hiciese digno de ocupar con el tiempo el Real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel Príncipe unas prendas tan amables, que se dió todo á él como si no tuviera otros hijos, aunque con efecto era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba Doña Blanca, y contaba un año ménos que el Príncipe, se veía dotada de una perfecta hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, estaba aun en la cuna. Amáronse Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar, pero se amaban sin libertad para comunicarse. Sin embargo, no dexaba el Príncipe de lograr tal vez alguna ocasion. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo le permitiese poner en execucion un proyecto que estaba meditando. Sucedio oportunamente por aquel tiempo que Leoncio, de orden del Rey, se vió precisado á hacer un viage á una de las provincias mas remotas de la Isla. Durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su quarto, que estaba inmediato al de Doña Blanca. Cerrola con una portezuela de madera tan

ajus-

ajustada á la abertura, y pintada con un cierto baño del mismo color de la superficie del tabique, de manera que no se distinguía de él, ni era fácil que se conociese el artificio, abriéndose, y cerrándose á manera de un estuche: obra toda de un hábil arquitecto, á quien el Príncipe habia interesado en este servicio, executado con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducía algunas veces Enrique en el quarto de Doña Blanca, pero sin abusar jamás de aquella peligrosa licencia. Si en haberla concedido Blanca tuvo mas parte su pasión que su prudencia, por lo menos fue con la precaucion de haber hecho prometer á Enrique que nunca pretenderia de ella otros favores que los mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso que habia entendido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha orden á Sifredo de que pasase á la Corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran Canciller del Reyno. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle quando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados en lágrimas los ojos quando entró en su quarto Enrique. Señora (dixo) ¿qué novedad es esta? ¿quál es el motivo de esta profunda tristeza? Señor, respondió ella, no he sido dueña de reprimir mis lágrimas, ni de disimular mi dolor. El Rey, vuestro tío, dexará presto de vivir, y vos ocupareis su lugar. Quando se me representa la gran distancia

que

que va á poner entre vos y mí esta nueva grandeza, confieso que me lleno de inquietud. Un Monarca mira las cosas con ojos muy diferentes que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso quando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no puede calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad. No desconfio de vuestro amor; desconfio solamente de mi dicha. Adorable Blanca, respondió el Príncipe, tus temores por una parte me ofenden, y por otra me obligan, justificando ellos mismos la pasión que tus prendas han encendido en mi corazón. Tu desconfianza es efecto de tu amor, pero el exceso de ella es ofensa del mio, y casi estoy por decir que lo es tambien de aquel concepto tuyo, á que me parece soy acreedor. No, no pienses que mi destino, sea el que fuere, pueda jamás separarse del tuyo. Cree firmemente que tú sola serás siempre toda mi alegría, todo mi consuelo y toda mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por Reyna una Princesa que descienda de una larga generacion de Reyes, y añada nuevos estados á los vuestros. Quien sabe (¡ay de mí!) si vos os dexareis rendir, sacrificando á la que se llama

ra-

razon de estado, y á sus instancias vuestros mas vivos deseos. Mas ¿á qué fin (repuso Enrique, no sin alguna conmocion) á qué fin afligirte de presente con unos pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no suceder en lo futuro? Si el cielo dispusiere del Rey mi tio y señor, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi Corte. Así lo prometo, poniendo por testigo á todo lo mas sagrado que se reconoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique. Lo restante de la conversacion se pasó en hablar de la enfermedad del Rey, en que manifestó Enrique la bondad y la nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el Monarca su tio, pudiendo mas con él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiéndola visto un dia el Condestable de Sicilia á tiempo que salia del quarto de su padre, quedó ciegameamente prendado de ella. Pidiósele á Sifredo al dia siguiente, y éste se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio se suspendió aquel tratado sin que Doña Blanca hubiese tenido la menor noticia de él.

Una mañana, quando Enrique acababa de vestirse, quedó estrañamente sorprendido viendo entrar en su quarto á Leoncio seguido de Doña Blanca. Señor, le dixo aquel Ministro,

ven-

vengo á participaros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el Rey vuestro tio. Por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es vuestra ya. Los Grandes del Reyno están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, Señor, vengo por encargo de ellos á recibirlas de vuestra boca, y acompañado de mi hija Blanca para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que deben rendiros todos vuestros vasallos. No cogió de nuevo al Príncipe esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el Rey, que poco á poco le iba consumiendo. Sin embargo, quedó suspenso algun tiempo, pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio, le dixo estas palabras: sabio Sifredo, te miro, y siempre te miraré como padre. Haré gloria de gobernarne por tus consejos. Tú serás Rey de Sicilia mas que yo. Diciendo esto se acercó á una mesa donde habia una escribania, tomó un pliego de papel, echó en él su firma en blanco... Qué haceis, Señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi reconocimiento, respondió Enrique; y dicho esto presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndola: recibid, señora, esta prenda de mi fé y del dominio que os doy sobre mi arbitrio y voluntad. Recibióla Blanca, cubierta su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al Príncipe: admito con respeto y agradecimiento las

TOMO II.

E

gra-

gracias y benignidades de mi Rey; pero dependiendo de un padre, y espero que no llevareis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo pliego para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el pliego con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto se le habia escapado á su penetracion. Comprendió todo lo que el Príncipe le queria decir, y le contestó diciendo: espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamás abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar tal caso, sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel; no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, ordena todo lo necesario para mi coronacion, y dí á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el Ministro á su nuevo amo, y partió á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, mas ocupado de su amor que de la elevacion al trono que le estaba aguardando.

Luego que se dexó ver en la ciudad resonaron en el ayre mil gritos de alegría, y entre las aclamaciones del pueblo entró en palacio, donde halló ya concluidas todas las disposicio-

nes

nes para su coronacion. Encontró en él á la Princesa Constanza en largos y rigurosos vestidos de luto, mostrándose penetrada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto reciprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion y con espíritu, con un poco de mas frialdad por la parte de Enrique que por la parte de Constanza, la qual no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este Príncipe. Ocupó el Rey el trono, y la Princesa se sentó á su lado en un taburete algo mas baxo que él. Los Magnates del Reyno se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran Canciller del Reyno era depositario del testamento del difunto Rey, dió principio á ella leyendo en alta voz el mismo testamento. Contenía este en substancia, que hallándose el Rey sin hijos nombraba por sucesor en la Corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la Princesa Constanza, y quando no quisiese darla la mano de esposo, quedase excluido de la Corona de Sicilia, y pasase al Infante Don Pedro, su hermano menor, baxo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oír esta cláusula. No se puede expresar el dolor que le causó; pero creció hasta lo sumo quando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con toda la asamblea, dixo así: señores, habiendo puesto en noticia de nues-

E 2

tro

tro nuevo Monarca la última disposición del difunto Rey, este generoso Príncipe consiente en honrar con su Real mano á su prima la Princesa Constanza. Interrumpió el Rey al Canciller, diciéndole conturbado; acordaos, Leoncio del papel que Blanca... Señor (respondió Sifredo, cortándole con precipitación, sin darle tiempo á que se explicase mas) ese papel es este que presento á la asamblea. En él reconocerán los Grandes del Reyno el augusto sello de V. M., la estimación que hace de la Princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto Rey su tío. Acabando de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le había llenado. En él prometía el nuevo Monarca á sus pueblos en la forma mas auténtica casarse con la Princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos y los vivas del magnánimo Rey Enrique, en que prorrumplieron todos los presentes. Como era notoria á todos la poca inclinación con que este Príncipe había mirado siempre á la Princesa, temían, no sin razón, que despreciando la injusta condición del testamento, excitase movimientos en el Reyno, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los Grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oír, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones, que despedazaban en secreto el corazón del nuevo Rey.

Cons-

Constanza, que por su propia gloria y por cierto movimiento de cariño tenía en todo esto mas interés que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasión para asegurarle de su eterno reconocimiento. Hizo quanto pudo el Príncipe para disimular su turbación, pero era tanta la que le agitaba quando recibió el cumplido de la Princesa, que ni aun acertó á corresponder con aquello poco que pedía la cortesana atención. Rindióse en fin á la violencia que se hacía, y acercándose al oído de Sifredo, que por razón de su empleo estaba al lado de su persona, le dixo en voz baxa: ¿qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos, no fué para que usases de él de esta manera. Acordaos, Señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con teson y firmeza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplís la voluntad del Rey vuestro tío, perdióse para vos el Reyno de Sicilia. Apenas dixo esto se separó del Rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso. No podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dexar de partir con ella la magestad y la gloria del trono: estando dudoso largo rato del partido que había de tomar. Determinóse al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Afectó quererle sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, ganaria con gracias á los Grandes del Reyno,

y

y afirmaría su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazada esta idea quedó un poco mas tranquilo, y volviéndose á Constanza la confirmó lo que el gran Canciller la habia dicho en público. Pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon ofreciendo su fé á la Princesa, entró Blanca en la sala de la junta, donde venia de orden de su padre á cumplimentar á Constanza, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, la dixo, presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la Reyna tu Señora, deseándola todas las prosperidades de un floreciente reynado, y de un feliz himenéo. Golpe terrible, que traspasó el corazon de la desgraciada Blanca. Inútilmente se esforzó á disimular su dolor. Inmutósele el semblante encendido de repente, pasando en un momento de encendido á pálido, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo no entró en sospecha alguna la Princesa. Atribuyó el desórden de sus palabras al natural embarazo y cortedad de una doncella criada léjos de la Corte, y poco acostumbrada al despejo de los palacios. No sucedió lo mismo con el Rey. Perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la desesperacion que la agitaba. No dudó, que creyendo las aparien-

riencias, ya en su corazon le tenia por un traidor. No sería tan grande su inquietud si pudiera hablar; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este Ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo prevenir las calamidades que podia causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la asamblea á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla quanto antes.

Luego que llegaron á aquel parage la hizo conocer todo el horror de su destino. Declaróla que la habia prometido al Condestable. ¡Santo cielo! (exclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre) y qué espantosos suplicios tenias reservados á la desgraciada Blanca! Fué tan violento su transporte que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedaron suspensos. Helado su cuerpo, frio y pálido, se dexó caer entre los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas de éste quando la vió en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecía su hija, se mantuvo inmóvil en su primera resolucion. Volvió Blanca en sí recobrados los espíritus, mas por la violencia de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus lánguidos ojos, y reconociendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dixo con

con voz desmayada y casi imperceptible, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que ya no puede tardar en poner fin á mis tormentos, os librárá presto de una hija desdichada que sin permiso vuestro pudo disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á exercer sobre tí su imperio. La pretension del Condestable te hace honor. Bien sabes que es el primer hombre del Estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el Rey me habia hecho esperar... Hija, dixo Sifredo cortándola la cláusula, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este Príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobára; antes yo mismo procuraria con todo ardor asegurarte la mano de Enrique, si el interes y la gloria del Estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto Rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la Corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te agita. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es muy superior á nuestros destinos, y que el hombre sábio dominará á los astros, excita ese tu grande espíritu á un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el Reyno que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu passion por el Rey podía

dar

dar motivo á rumores poco ventajosos á tu honor; y para desvanecerlos ó prevenirlos el único medio es casarte con el Condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar. El Rey te dexa por un trono, y da su mano á Constanza. El Condestable tiene mi palabra, desempénala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario, que me valga de toda mi autoridad, absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dexó, dándola lugar para hacer reflexion sobre quanto acababa de decirla. Esperaba que despues de haber pensado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra lo que la arrastraba la inclinacion, se determinaria por sí misma á dar la mano al Condestable. No se engañó en esto; pero ¡quanto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima. El dolor de ver que habian pasado á evidencias sus sospechas sobre la deslealtad de Enrique, y la precision en que su pérdida la ponía de entregarse á un hombre á quien no la era posible amar, la excitaban ímpetus de afliccion tan violentos que cada respiracion era un nuevo suplicio para ella. Si es cierta mi desdicha (exclamaba quando estaba sola) ¿cómo es posible resistirla sin que me cueste la vida? Implacable y bárbaro destino, ¿á qué fin apacentarme con las mas dulces esperanzas para precipitarme al fin en un abismo de males? Y tú, pérfido amante, tú te has entregado á otra despues de haberme prometido á mí una

TOMO II.

F

eter-

eterna fidelidad! ¿Tan presto te olvidas de la fe que me prometiste? Quiera el cielo que en castigo de tu cruel engaño el lecho conyugal; que vas á manchar por medio de un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los lícitos placeres que esperas. Que las caricias de Constanza sean una fuente envenenada que derrame de continuo ponzoña en tu corazón infiel. Y por decirlo todo de una vez, que tu himenéo sea tan infeliz y tan desdichado como el mio. Sí, traidor; sí, pérfido, seré esposa del Condestable, á quien no amo, para vengarme yo de mí misma, castigando así el desacierto de mi eleccion en el objeto de mi amor. Ya que la Religion no me permite quitarme la vida, quiero que los días que me restan sean una cadena no interrumpida de desdichas, aflicciones y tormentos. Si en ese corazón ha quedado todavía alguna centella de amor á mi persona, será un tormento para tí verme en los brazos de otro hombre; pero si enteramente te has olvidado de mí, podrá á lo ménos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazón.

En estos y semejantes desahogos del dolor pasó la noche que precedió á su matrimonio con el Condestable aquella infeliz víctima del amor y de la obligacion. El día siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable ocasion. El mismo día hi-

hizo venir al Condestable á Belmonte, y le casó secretamente con su hija en la Capilla de su Palacio. ¡Oh y que día para Blanca! No la bastaba renunciar á una corona; perder un amante amado; entregarse á un objeto aborrecido: era ménester hacerse la mayor violencia, y disimular su opresion á vista de un marido naturalmente zeloso y preocupado de la pasión mas vehemente. Encantado el esposo con el gusto de poseerla, no se apartaba un momento de su lado, privándola así del triste consuelo de llorar en secreto su desdicha. Llegó la noche, y llegó con ella la hora en que á la hija de Leoncio se redobló la afliccion. Pero ¡quánto creció ésta quando habiéndola desnudado sus criadas se vió á solas con el Condestable! Preguntóla éste respetuosa y tiernamente cuál era el motivo de aquel abatimiento que leía en sus ojos y observaba en su semblante. Turbó esta pregunta á Blanca, y fingió que se sentia indispuesta. Por entónces quedó el esposo engañado, pero duró poco el engaño. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veía y la apuraba para que entrase en la cama, sus instancias, que no acertó á explicar bien, presentaron á su imaginacion la idea mas dolorosa y mas cruel: tanto, que no siendo ya dueña de poderse contener, dió libre curso á sus ahogados suspiros y á su reprimido llanto. ¡Oh qué espectáculo para un hombre que se consideraba en el colmo de sus mas vivos deseos! No dudó ya que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüe-

ro á su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en un estado casi tan deplorable como el de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dexaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento y la debilidad que sentia. Fingió creerla el Condestable. Acostose en esto Blanca y los dos esposos pasaron aquella noche muy diferente de las que concede himenéo á dos recién casados que tiernamente se aman.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor, andaba el Condestable examinando en sí mismo qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase á que tenia algun competidor, pero quando le queria descubrir se barajaban y se confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz. Habia pasado en esta agitacion las dos terceras partes de la noche quando llegó á oír un ruido sordo. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo quarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él mismo habia cerrado la puerta quando se retiraron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose

apa-

apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oír una voz lánguida y baxa, que repetia varias veces Blanca, Blanca. Encendiéronse entonces sus zelosas sospechas; convirtiéndose en furor; sobresaltado el honor le hizo salir de la cama, y considerándose obligado á precaver una afrenta, ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde le llamaba la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya. Ya avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del quarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase: aplica el oído, y nada escucha. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honor; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como la habia dexado. No pudiendo comprehender nada de tan estraña aventura llama á los criados mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, párase en medio de ella, cerrando la entrada y la salida para que no se le escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos domésticos todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del quarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él, no en-

34421

encontrábase puerta secreta, ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian á no dudar de su desgracia. Esto excitó en su fantasía una confusión de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecía recurso inútil, igualmente que arriesgado. Era muy interesada, á la verdad, para que se pudiese esperar de ella una sincera explicación. Tomó, pues, el partido de abrir su corazón con Leoncio, diciéndole que le parecía haber sentido algún ruido en su aposento, pero que se había engañado. Encontró á su suegro que salía de su quarto, habiéndole despertado el rumor que había oído, y despedidos los criados le contó menudamente todo lo que le había pasado con muestras de extraña agitación y de profundo dolor.

Sorprendióse altamente Sifredo al escuchar toda la aventura, y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias le representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasión del Rey; pensamiento que le cubrió de la mas viva aflicción. Pero léxos de contestar á las zelosas sospechas de su hierno, le representó con ayre de seguridad que aquella voz que imaginaba haber oído, y aquella imaginaria espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podían ser otra cosa que fantasías de una imaginación alterada con los zelos; que no era posible que alguno tuviese aliento para en-

entrar en el quarto de su hija; que la tristeza que había observado en ella podía ser efecto natural de alguna oculta mugeril indisposición; que el honor nada tenía que ver con las alteraciones del temperamento, ni con las incomodidades del sexo: que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en soledad, y que se veía entregada á un hombre tan inopinadamente, sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podía ser la causa muy natural de aquellos suspiros, de aquella aflicción y de aquel amargo llanto; que el amor en las doncellas de sangre noble solo se producía á beneficio del tiempo, y con la continuación obsequiosa de servicios; que en virtud de esto podía calmar sus inquietudes, y antes bien le aconsejaba redoblase su ternura y diese toda libertad á sus finezas, para ir disponiendo poco á poco el corazón de Blanca á mostrarse mas sensible; y que le rogaba en fin volviese á su hija, en la inteligencia que su desconfianza y turbación le ofendían mucho.

Nada respondió el Condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la turbación de su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular que intentar inútilmente convencer al viejo de un suceso en que lo inverosímil disputaba sus privilegios á lo verdadero. Volvió al quarto de su muger, restituyóse á la cama, y procuró lograr algún paréntesis de sus molestas inquietudes á beneficio del sueño. Blanca por

44 *Las Aventuras de Gil Blas.*

por su parte no estaba mas tranquila que él. Demasiadamente habia oido todo lo que oyó su esposo, y no podia tener por ilusion una aventura de cuyo secreto y motivos estaba tan informada. Es verdad que se admiraba mucho de que Enrique hubiese solicitado introducirse en su quarto despues de haber dado su palabra con tanta solemnidad á la Princesa Constanza. Y en vez de celebrar este paso, y de que le causase alguna alegría, lo consideró como un nuevo ultrage, que encendió en su corazon mayor y mas irritada cólera.

Mientras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven Rey le miraba como el mas péfido de todos los mortales, el desgraciado Monarca, mas ciegamente apasionado que nunca á su amada Blanca, deseaba abocarse á solas con ella para justificar su constante fidelidad á pesar de todas las contrarias apariencias. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto, si se lo hubieran permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche se hubiera podido escapar á los ojos de la Corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse secretamente en la Quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por ésta llegó á su antiguo quarto, y desde él se introduxo en el de Blanca, mediante la consabida y oculta puerta. Facil es imaginar quanta seria la admi-

Lib. IV. Cap. IV.

45

miracion de este Príncipe quando se encontró con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar sobre el mismo hecho al temerario que tenia atrevimiento para hacer resistencia y levantar su mano sacrílega contra su propio Rey; pero suspendió su resentimiento el respeto que debia al honor de la hija de Leoncio, y mas turbado que antes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la Ciudad poco antes que despuntase el día, y se encerró en su quarto, tan agitado que no le fué posible lograr algun reposo. Solo pensó en restituirse á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo la vehemencia de su amor le estaban executando para procurar instruirse quanto antes en todas las circunstancias de tan cruel aventura.

Apenas se levantó dió orden que se previniese el equipage de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella se fué al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo, y quando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y partió solo hácia la Quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurrendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo,

TOMO II.

G

quan-

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

quando al atravesar un sendero que iba á dar en una de las puertas del parque, vió no distantes de sí á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba á la sombra de un corpulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la Quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó al extremo, quando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habíase escapado de la Quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció voló hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, la dixo enternecido: suspended, bella Blanca, esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias (confiésolo así) me condenan justamente; mas quando esteis informada de mis ocultos intentos puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor. Estas palabras que en el concepto de Enrique le parecían capaces de templar la afliccion de Blanca, solo sirvieron para exácerbarla mas. Quiso responderle, pero atropellándose en el pecho los suspiros cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el Príncipe de verla tan embargada, prosiguió diciéndola: ¿pues qué,

se-

señora, es posible que no pueda yo calmar la inquietud que os agita? ¿Por qué desgracia ha perdido vuestra confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos? Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo para poderse explicar, le respondió, articulando mal las palabras, cortadas con sollozos: señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que sea uno mismo el destino de los dos. ¡Ah, Blanca, interrumpió Enrique bruscamente, ¡qué palabras tan crueles han salido de tu boca! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan temerario que tenga aliento para oponerse á un Rey que reducirá á ceniza toda la Sicilia antes de sufrir que ninguno os robe á sus amorosas esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder (respondió con desmayada voz la hija de Sifredo) para deshacer el invencible impedimento que nos separa. Sabed que ya soy muger del Condestable.

¡Muger del Condestable! exclamó el Rey dando algunos pasos hácia atrás; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle la fuerzas, y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba cerca de él. Quedó pálido, trémulo y tan enagenado que solo tenía libres los ojos para fixarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dexaba comprender quanto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca

por

por su parte miraba tambien al Príncipe en ayre, que se conocia ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dexaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzándose como pudo, dixo con suspiros: ¿qué habeis hecho, señora? Vuestra crédula aprension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el Rey á su parecer la culpase, quando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y le dixo no sin alguna viveza: ¿qué, señor, pretendeis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿Quereis que desmienta á mis propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No, señor; confieso que no me siento con fuerzas para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dixo el Rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del Condestable. ¿Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los Grandes del Reyno que os conformaríais con la voluntad del Rey difunto, y á la Princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los home-

na-

nages que se debian á una Reyna y esposa del Príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarían alucinados como mis oidos. Confesad antes bien que no creisteis debía contrabalanazar el corazon de Blanca al interes de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentís, ni quizá habeis sentido jamás, confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un Príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debíais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en disipar mis temores? Entonces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamás haber obtenido de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del Condestable, y por no exponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que dexé á un Príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Diciendo esto hizo una gran reverencia á Enrique, y se alejó de él con toda la aceleracion

®

ción que la permitía el estado en que se hallaba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, haciendo ademán de detenerla por un brazo. No desesperéis á un Príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara de haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca caminando siempre, aunque con paso mas lento. Debierais haber impedido diese la mano al Condestable antes de abandonaros á tan generosos transportes; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia sea reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dexar que mi pobre corazón fuese sorprendido, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y para que vea el Rey de Sicilia que la esposa del Condestable ya no es ni puede ser amante del Príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con despecho, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dexó al Rey traspasado de dolor. No podía menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazón la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba. ¿Es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños? A pesar de mis juramentos y los tuyos estamos ya separados? ¿Con que no fue mas que una ilusión la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah cruel, y qué

ca-

cara me cuesta la gloria que tanto me lisonjeaba de haber logrado que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entónces á la imaginación con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada con todo el horror de los mas rabiosos celos; y esta pasión se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para inmolar á su dolor al Condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razón á calmar los impetuosos movimientos de la desordenada pasión. Con todo eso, quando consideraba imposible desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, entraba en una especie de ira desesperada, que se acercaba á furor. Lisonjeábase de que la borraría aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla sin testigos y con plena libertad. Animado con este pensamiento concluyó que era menester alejar de su compañía al Condestable, y resolvió hacerle prender como á sospechoso reo de Estado en las presentes circunstancias. En esta conformidad dió la orden al Capitan de sus guardias, el qual partió á Belmonte, apoderóse de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dexándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el Palacio de Belmonte á vista de un incidente tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al Rey por la inocencia de su hierno, y á representarle las funestas con-

con-

consequencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el traje de la justicia. Previendo bien el Rey este paso que daría su Ministro, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al Condestable, habia dado orden que á ninguno se dexase entrar en su quarto aquella noche. Sin embargo Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta universal orden del Rey no se debia entender comprendido su primer Ministro miéntras expresamente no se le nombrase, y facilitándose así la entrada en el quarto Real: Señor, le dixo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su señor, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi hierno? ¿Ha considerado V. M. el eterno oprobrio de que cubre á mi familia, y las consecuencias de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del Estado? Tengo avisos ciertos, respondió el Rey, de que el Condestable mantiene delinquentes inteligencias con el Infante Don Pedro. ¡El Condestable inteligencias secretas y delinquentes! interrumpió admirado y sorprendido Leoncio. ¡Ah señor! no lo crea V. M. Sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al Condestable ser hierno mio, para estar en este punto á cubierto de toda sospecha. El está inocente; vos lo sabeis; otros motivos se-

cre-

cretos son los que os han inducido á prenderle. Ya que me hablas con tanta claridad, repuso el Rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al Condestable. ¡Ah! ¿y no podré tambien quejarme de tu crueldad, Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente toda mi dicha, toda mi quietud y todo mi reposo poniéndome en estado por tus oficiosas máximas de que mire con envidia al mas vil de todos los mortales. No, no te lisonjees de que yo entre jamas en tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza... ¡Qué, señor! interrumpió Leoncio fuera de sí. ¿Cómo será posible que no os caseis con la Princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el Reyno? Si es que engañé su esperanza, repuso el Monarca, échate á tí solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una Princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de Matilde, de aquella cruel Matilde que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio?

TOMO II.

H

¿Y

¿Y á ésta querías tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no esperes de mí esta locura, ni este profano sacrificio. Antes de ver encendidas las teas de tan bárbaro himéneo, verás arder á toda la Sicilia, y anegados en sangre sus campos.

¿Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio. ¿Qué terribles amenazas! ¿qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es muy grande el amor que profesais á vuestros vasallos para que se pueda recelar que vuestro tierno corazon les solicite jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dexárais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo dí mi hija al Condestable fué, Señor, únicamente por ganar para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del Príncipe Don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos.... ¡Ah! que esos lazos (interrumpió exclamando Enrique) son el funesto cordel que á mí me ha sufocado, me ha perdido. ¡Cruel amigo! ¿qué te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro y tan intolerable golpe? Habiate encargado que manejaes mis intereses; pero ¿quándo te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿Por qué no dexaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no ten-

tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el Condestable fuese uno de ellos sabria muy bien castigarle. Ya sé que los Reyes no hán de ser tiranos, y que su primera obligacion debe ser la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de éstos los mismos soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres, de ser dueños de sus afectos desde el mismo punto que la Providencia los destinó para el supremo gobierno? ¡Ah Leoncio! si los Reyes han de perder aquella preciosa libertad que goza el último de los mortales, ahí te abandono una corona que tú me asegurate á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el Ministro, no puede ignorar V. M. que el Rey su tio aligó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la Princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al Rey mi tio (repuso Enrique con calor y viveza) para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan bárbara ley de su hermano el Rey Don Carlos quando entró á sucederle? ¿Y por ventura tenias tú obligacion de sujetarte á una condicion tan iniqua? Cierito que para un gran Canciller te muestras poco instruido en nuestros usos y costumbres. En una palabra, quando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, nunca tuve ánimo de cumplirla. Si Don Pedro funda su esperanza de ascen-

der al trono en mi constante resolucion de no cumplir aquella palabra, no mezclémos á los pueblos en una diferencia que derramaria mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede resolver la disputa y decidir qual de los dos será digno de reynar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas. Contentóse con volverle á pedir de rodillas la libertad de su hierno, que consiguió diciéndole el Rey: anda, y vuélvete á Belmonte, que presto te seguirá el Condestable. Retiróse el Ministro, y se restituyó á su Quinta, persuadido á que su hierno vendria luego tras de él; pero engañose, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto entregado éste á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y conoció qual era la verdadera causa de su desgracia. Abandonado enteramente á la violencia de los zelos, y olvidado de la fidelidad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido á que el Rey no malograria la ocasion y no dexaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca, para sorprenderlos á entrámbos suplicó al Gobernador del castillo que le dexase salir de la prision por algunas pocas horas, baxo su palabra de honor de que ántes del amanecer se restituiria á la prision. El Gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas ha-

bien-

biendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del Rey su libertad. No contento con esto le dió un caballo para que fuese á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una portezuela, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la Quinta sin que ninguno le sintiese. Llegó hasta el quarto de su muger, y se escondió tras un biombo que estaba en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dexar á su ama, y se retiraba á un gabinete inmediato, donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo de la prision de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria á Belmonte, aunque su padre la habia dicho que el Rey le habia asegurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el Rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles conseqüencias para ella. Efectivamente poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el Rey, que se arrojó á los pies de Blanca, diciéndola: no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al Condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delinqüente este artificio, la cul-

culpa es de vos sola. ¿Para qué os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entonces ¡ay de mí!) ya no tendré modo para hablaros. Oídme, pues, por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si confirmé á Constanza la promesa de mi mano, fue porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podía hacer otra cosa. Erame preciso engañar á la Princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para librarme de aquella aparente obligacion; pero vos, disponiendo de vuestra persona con demasiada facilidad, preparasteis un eterno dolor á dos corazones que perfectamente se amaban, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve discurso con tan visibles señales de verdadera desesperacion, que Blanca se sintió conmovida. Ya no tuvo la menor duda de su fidelidad y de su inocencia. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues experimentó mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah señor! dixo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros mi fatal estrella, me causa nueva afliccion el saber que estais inocente. ¿Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado: y arrebatada de despecho recibí la mano del Condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infelize! Yo fui la delinquente,

y

y yo misma fabriqué nuestra desgracia. Quando estaba tan quejosa de vos, acusandoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompía los lazos que habia jurado de hacer indisolubles. Vengaos, señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente. ¿Que será posible arrancar de mi corazon una pasion que no podrá sufocar vuestra misma injusticia? Con todo eso, señor (dixo suspirando la hija de Sifredo) es menester esforzaros para conseguirlo. ¿Y vos, señora (replicó el Rey) sereis capaz de ese esfuerzo? No prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello: lo intentaré con todas mis fuerzas. ¡Ah cruel! exclamó el Rey, facilmente olvidareis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensáis? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais que os tolere continuar en obsediarme? No forméis tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para Reyna, tampoco me dió un corazon tan baxo que pueda dar oidos á ningun amor que no sea legitimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun quando lo que debo á solo él, no fuera obstáculo invencible á vuestros galantes servicios, mi gloria y mi propio honor jamás podrían sufrirlos. Suplico, pues, á V. M. que se retire, y que haga ánimo á no volverme á ver. ¡Oh que tirania! exclamó el Rey:

¿es

¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¿No basta para atormentarme el veros entre los brazos del Condestable? ¿Quereis también privarme de vuestra vista, único consuelo que me ha quedado? Huid quanto antes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de los que tiernamente se han amado dexa de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerse. A Dios, señor, retiraos de mi presencia. Este esfuerzo le debeis á vuestra gloria, y á mi reputacion. También os lo pido por mi reposo y quietud. Porque al fin, aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el valor de resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza, que sin advertirlo, derribó en el suelo un candelero que estaba á sus espaldas. Apagóse la bugía; cogióla Blanca á tientas; abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz, y apenas la vió el Rey volvió á repetirla las instancias para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del Monarca entró el Condestable con la espada en la mano en el quarto de su esposa, casi al mismo tiempo que entraba ella: encara con Enrique lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba. Ya es demasiado, tirano (gritaba enfurecido) no me tengas por tan vil ni tan co-

bar-

barde que pueda tolerar la afrenta que pretendes hacer á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el Rey desenvaynada la espada para defenderse; ¿piensas por ventura executar tu intento impunemente? Diciendo esto dan principio á un combate demasiadamente vivo para que durase mucho. Temiendo el Condestable que Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba Doña Blanca y le estorvasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin reserva. Fuera de sí con el furor él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el Rey derribado se paró.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para sufocar en él los rebatos de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su rival, idea tan ingrata y espantosa, que reanimando los espíritus y dando un momentaneo vigor á las pocas fuerzas que le restaban, le hizo levantar la espada, que aun tenía en la mano, y la metió entera por el seno de su muger, diciéndola: muere, esposa infiel, ya que los sagrados lazos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fé que me habias jurado al pie de los altares. Y tú, Enrique

TOMO II.

I

(pro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

(prosiguió con voz apagada) no te glories ya de tu destino, puesto que no te apravecharás de mi desgracia; con esto muero contento. Dixo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que entre las sombras de la muerte dexaba ver un cierto no sé qué de fiero y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caído mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y mezclada la sangre de esta inocente víctima se confundia con la del bárbaro homicida, cuya execucion fue tan pronta y tan impensada, que no dió lugar al Rey para precaver el efecto.

Prorrumpió éste en un horrible y lastimoso grito quando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, quiso acudir á prestarla el mismo auxilio que ella habia deseado prestar á su marido; pero Blanca hizo ademan de detenerle, diciéndole con voz desfallecida: señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable; y así, son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la cólera de nuestro fatal destino, y asegure la felicidad de vuestro reynado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lastimosos gritos, entró en el quarto, y enteramente embargado de los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó sin movimiento. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el Rey: á Dios, señor (le dixo) conservad tiernamente mi me-

moria; mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre. Respetad sus canas, compadeceos de su dolor y haced justicia á su zelo. Sobre todo haced notoria á todo el mundo mi inocencia: esta es la cosa mas principal que os encomiendo. A Dios, amado Enrique... Yo me muero... Recibid mi postrer aliento.

Dixo, y falleció. Quedóse inmóvil el Rey, guardando por algun tiempo el mas lúgubre y mas sombrío silencio. Rompió en fin diciendo á Sifredo; mira, Leoncio, esta es la obra de tus manos. Contéplala bien, y considera en ese trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano, preocupado todo del dolor que le anudaba la voz y le cortaba el aliento. ¿Pero á qué fin empeñarme en querer describir lo que es superior á toda explicacion? Basta decir que uno y otro se hicieron las mas tiernas y vivas reconvenções y quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El Rey conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El Infante se coligó con ella para hacer que subsistiese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al Príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió

del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta Quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir. Casóla con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es (prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares) la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este quadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.



CAPITULO V.

De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oimos esta historia, salimos de la sala, donde dexamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y quando partimos al dia siguiente, fue tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos acordado, se comenzó á llamar Doña Ximena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado, y habiéndola respondido que sí, la enseñaron uno bastante adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo,

ex-

del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le había quedado, compró esta Quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir. Casóla con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es (prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares) la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este quadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.



CAPITULO V.

De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oimos esta historia, salimos de la sala, donde dexamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y quando partimos al dia siguiente, fue tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos acordado, se comenzó á llamar Doña Ximena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado, y habiéndola respondido que sí, la enseñaron uno bastante adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo,

ex-

expresando que era para un sobrino suyo, que venia de Toledo á estudiar á Salamanca, y le esperaba aquel día.

Despues que la dueña y mi ama dexaron concertado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose las cejas con el mismo color, se disfrazó de suerte que parecia un señorito joven, garboso y desembarazado; y á no ser que la cara era demasíadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso el disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos á que tampoco ésta representaría mal su papel, así porque no era de las más hermosas, como por cierto ayre de despejo, y aun de descaro, que era muy propio del personage que la tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es en la posada de caballeros, ellas y yo nos dirigimos allá. Entramos en una carroza con los baules y toda la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agrado, y nos conduxo á nuestro quarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que la habíamos de pagar, quedando el buen trato de su cuenta. Preguntámosla despues si tenia en ca-

casa otros huéspedes. Al presente, respondió, ninguno tengo, y siempre tendria muchos si quisiese recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito señoritos y personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á acabar aquí sus estudios. Llámase Don Luis Pacheco, y acaso le conocerán Vmds. ó habrán oido hablar bien. Ni uno ni otro, respondió Aurora; y antes bien habiendo de vivir con él en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es, por lo que podria importar para mi gobierno. Señor, repuso la huésped mirando al mentido estudiante, es un caballero de linda figura, ni mas ni menos como la vuestra; y desde luego aseguro que los dos pareceis hechos para en uno. Vive diez, que podré gloriarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y mas airosos de toda España. Segun eso (replicó mi ama) ese tal caballero habrá tenido en Salamanca mil aventuras y buenos lances. ¡Oh! en quanto á eso (respondió la vieja) debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dexarse ver para conquistar. Entre otras robó el corazon de una dama, moza, y bella como ella sola. Es hija de un viejo Doctor en Leyes, y en quanto á su amor por Don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel. Pero dígame (la interrumpió Aurora con alguna viveza) ¿y Don Luis la corresponde igualmente? Que la amaba antes que partiese á Madrid (respondió la

la Ramirez) no tiene duda; pero si ahora la ama ó no la ama, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apénas acababa la viuda de decir estas palabras, quando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos á dos hombres que se apeaban. Eran el mismo Don Luis Pacheco y su criado. Dexónos la vieja para ir á recibirlos, y dispúsose mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personaje de Don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro quarto á Don Luis con botas y espuelas, en tragé de camino. Acabo de saber (dixo saludando á Doña Aurora) que un caballero Tolledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr baxo un mismo techo tan buena compañía. Mientras respondia mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba sorprendido de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien hecho. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al quarto que se le habia destinado.

Miéntas se hacia quitar las botas y mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á Doña Au-

Aurora en la escalera, y teniéndola por Don Luis, á quien no conocia: caballero, le dixo, aunque no conozco al Señor Don Luis Pacheco, no juzgo que debo preguntar á V. S. si lo es, y estoy persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu; seguramente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Partió el page; y cerrándose Aurora en su quarto con su criada y conmigo, leimos el papel, que decia así: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavía á vuestra Isabel? Aseguradla quanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de gusto si la dais el consuelo de haberla sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dixo Aurora, y muestra una alma absolutamente prendada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; ántes bien me parece que debo hacer todo lo posible para desprenderla de Don Luis, haciendo quanto pueda para que él no la vuelva á ver. La empresa es un poco árdua (lo confieso) mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver embrollados á los dos en menos de veinte y quatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco reposado un poco en su quarto, volvió á buscar-

nos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero (la dixo en tono de zumba) creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar sobrada inquietud. Yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga Vmd. (le respondió mi ama en el mismo tono) su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible, así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en este país, y sé por experiencia, que en él no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca, detúveme en ella no mas que ocho dias, y en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza) inflamé á la hija de un Doctor en Leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oír estas palabras. ¿Y se podrá saber sin pasar por curioso (replicó él prontamente) el nombre de esta dama? ¿Qué llama Vmd. sin pasar por curioso? repuso el fingido Don Felix. ¿Qué razon puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esta injusticia. Además de que (hablando entre los dos) el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas entidades de media braga, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Direos, pues, sin ceremonia, que la hija del

tal

tal Doctor se llama Isabel. ¿Y el tal Doctor (interrumpió impaciente ya Pacheco) se llama acaso el Señor Marcos de la Llana? Justamente (respondió mi ama). Lea Vmd. este papel que acabo de recibir: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos Don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entonces Aurora en ayre de admirada. Parece que se os muda el color. Creo (Dios me lo perdone) que os interesais en esta dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tan poca reserva!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó Don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡La pérfida! ¡La inconstante! ¡Oh, Don Felix, y cuánto bien me habeis hecho! Habeisme sacado de un error en que quizá hubiera vivido largo tiempo. Creía que me amaba: ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Me merecia algun aprecio esta muchacha; pero veo ahora que es una muger digna de todo mi desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dixo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un Doctor en Leyes debiera contentarse y tenerse por muy dichosa en que fuese su amante un caballero de tanto mérito como vos. No puedo excusar su inconstancia; y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, resuelvo castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mi toca, dixo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda

K 2

mi

mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza. Con todo, para hacerla conocer mejor el desprecio con que la tratamos, sería yo de parecer que cada uno de los dos la escribiéramos separadamente un papel que la insultase á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su billete. Mas antes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto con Isabel. No, no (interrumpió Don Luis) no espero tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente en obra lo que hemos pensado.

Sin perder tiempo fui yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy lisonjeros para la hija del Doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces tan fuertes que le contentasen para explicar quanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenía razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reyna mia, y no tengas la vanidad de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que un momento. Solamente puedes aspirar á los in-*

cién-

ciensos que te tributarán las hopalandas mas miserables de la Universidad. Escribió, pues, esta graciosa carta, y quando Aurora acabó el suyo (que no era menos excesivo) los cerró entrambos baxo una cubierta, y entregándome el pliego: toma Gil Blas, me dixo, y procura que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí, señor, le respondí: será V. S. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una reverencia y salir de casa todo fue uno. Luego que me ví en la calle me dixe á mí mismo: con que, Señor Gil Blas, Vmd. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El Señor Don Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetracion. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada queria decir? Sí por cierto. Quisome dar á entender que entregase solamente el billete de Don Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda; con que diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del Doctor Marcos, habiéndome antes informado donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pagecito que habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dixe, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del Señor Doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de

®

de mozo experto en estos lanzes; y yo le añadí: teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al próximo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero que conoce.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pagecillo; y apenas le respondí que era Don Luis Pacheco, quando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sígueme, que tengo orden de mi ama de introducirte en su quarto, y quiere hablarte. Seguile en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dexó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto jamás facciones mas finas. Tenia cierto ayre tan delicado y melindroso que parecia una niña de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma, sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de Don Luis Pacheco? Sí señora (la respondí) tres semanas há que entré á servir á su Señoría; y diciendo esto la puse respetuosamente en la mano el papel que se me habia encomendado. Leyóle dos ó tres veces, en ademan de quien desconfiaba de lo que sus mismos ojos la decian. Con efecto, ninguna cosa esperaba menos que semejante respuesta. Levantaba los ojos al cielo, mordíase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazón. Volvióse despues hácia mí con ímpetu, y toda azorada me preguntó: ¿Don Luis se ha vuel-

vuelto loco desde que se ausentó de mí? Dime, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento? ¿Qué demonio se ha apoderado de él? Si queria romper conmigo, ¿es posible que no lo supo hacer sino ultrajándome con tan groseras y torpes frases?

Señora, la respondí con hipocresía, es cierto que mi amo no ha tenido razon; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me asegurais el secreto yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. No temas que te sacrifique; y así explicate con toda libertad. Pues, señora, continúe yo: hé aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama de tapadillo, cubierta con un manto de los mas dobles. Preguntó por el señor Pacheco, hablóse en particular y pasado algun tiempo, al fin de la conversacion la oí estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volveréis á ver; pero no me contento con esto. Es menester que en este punto la escribais un billete que yo misma quiero dictar. Esto quiero absolutamente de vos.* Rindióse Don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dixo: toma este pepel, infórmate donde vive el Doctor Marcos de la Llana, y procura con destreza que esta carta se entregue á su hija Isabel en propia mano.

De aquí inferireis, señora, que la tal carta es

es obra de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! exclamó ella. Pues esto es mas aun de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas y ultrajantes palabras que se atrevió á escribir aquella bárbara mano. Pero revistiéndose de repente de aquella fiereza que en una muger despreciada infunde la vengativa sensibibilidad del sexô, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa: no me estimo en tan poco que me abata á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba echar mano de groserias y de insultos para obligarme á dexar libre el campo á mi competidora. Me sobra el desprecio con que miro á un amante tan ligero, para que jamas se atreva la memoria á ponérmele delante. Diciendo esto me despidió, volviéndome las espaldas muy irritada contra Don Luis.

Yo salí muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré á los señores Mendoza y Pacheco, que estaban cenando juntos, y conversaban con tanta confianza como si se hubieran tratado y conocido muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dixo en tono festivo. Ea, danos cuenta del

su-

suceso de tu embaxada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dixe que habia entregado el pliego en mano propia; que despues de haber leído los dos dulcísimos y ternísimos papeles prorrumpió en grandes carcaxadas como una loca, diciendo, por vida mia que los dos señoritos escriben en un bellissimo estilo. No se puede negar que nadie sabe imitarlo. Eso (dixo mi ama) se llama *sacar el caballo ó salir del atolladero con grande ayre*. En verdad que la tal señora mia es una chula magistral y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel (interrumpió Don Luis): la tenia por muy otra. Yo tambien (replicó Aurora) habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer todos los papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mismo diablo, y faltó poco para que me engañase tambien á mí.

Dieron grandes carcaxadas el falso Mendoza y el verdadero Pacheco quando me oyeron hablar de esta manera; el uno por lo que yo decia de una dama imaginaria, y el otro por las expresiones de que usaba. Proseguimos nuestra conversacion sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y la resulta de todos nuestros discursos fue que Isabel quedó

le-

TOMO II.

L

78 *Las Aventuras de Gil Blas.*

legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamás la volveria á ver, y Don Felix, á su exemplo, juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecháron mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada qual á su quarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo donde di fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del Doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas, me dixo, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Quando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas, es gran fortuna lograr un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos desembarazado de una muger que podía hacernos mal tercio. No me descontenta el principio. Pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que quanto ántes acometámos nuestra idea aventura, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dexando al señor Don Felix con su page me retiré al quarto donde tenia mi cama.

CA-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO



Artificios de Aurora para hacerse amar de Luis Pacheco.

CAPITULO VI.

Artificios de Aurora para hacerse amar de D. Luis Pacheco.

Juntáronse los dos nuevos amigos al día siguiente. Abrazáronse luego que se vieron, demostracion que sufrió Aurora por hacer bien el personage de Don Felix. Salieron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de Don Luis. Parámonos á la puerta de la Universidad para leer varios carteles de libros nuevos. Había tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombreçillo como del codo á la mano, que hacia su crítica sobre las obras que allí se publicaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y se conocia muy bien en su semblante enfático, y en su tono magistral que él mismo estaba muy persuadido á que la merecia. No sabia disimular que era vano, y hombre decisivo, como lo suelen ser todos los tamañitos. Esa *Nueva Traducccion de Horacio*, que anuncia este cartel con letras gordas (decia á los circunstantes) es obra de un cierto autor hopalandas, escritor de los de antaño, muy estimada de los escolares, de la qual se han hecho ya quatro ediciones; pero ningún hom-

hombre verdaderamente literato ha comprado si- quiera uno. No era mas ventajosa la crítica que hacia de los demas libros. Sin duda que el tal crítico perinola debía ser algun autorcillo. Yo de buena gana le estaria oyendo hasta que acaba- se de hablar; pero me fue preciso seguir á Don Luis y á Don Felix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no interesándose poco ni mucho en los libros que criticaba, prosiguie- ron su camino alejándose de él y de la Univer- sidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y con destreza hizo que la conversacion recayese so- bre su familia. Mi padre, dixo, fue un segun- do de la casa de Mendoza, establecida en To- ledo: mi madre es hermana carnal de Doña Xi- mena de Guzman, que pocos dias há vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo en su compañía á su so- brina Doña Aurora, hija única de Don Vi- cente de Guzman, á quien quizá habrá Vmd. conocido. No tengo tal fortuna, respondió Don Luis, pero he oido hablar mucho, así de ese caballero, como de su hija, prima vuestra, y mi señora Doña Aurora. Decidme por Dios si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita. Me han asegurado que no tiene igual en her- mosura y entendimiento. En quanto á enten- dimiento, respondió Don Felix, es cierto que no la falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en quanto á hermosura, no

creo

creo que sea tanto como ponderan, quando oygo decir que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso así, replicó prontamente Don Luis, queda muy justificada su fama. Vuestras facciones son regulares y perfectas, vuestra tez muy delica- da, y así no puede menos de ser lindísima vues- tra prima. Yo quisiera tener la dicha de poner- me á sus pies y rendirla mis respetos. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el falso Mendoza, y á satisfacer hoy mismo. Despues de comer iremos los dos á casa de mi tia.

Mudó entonces de conversacion mi ama, y comenzaron los dos á hablar de cosas indiferen- tes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de Doña Ximena, me anticipé yo á pre- venir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia me restituí pron- tamente á la posada para acompañar á Don Fe- lix que finalmente conduxo al señor Don Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella quan- do encontraron con Doña Ximena, que con el dedo en la boca los hizo señal de que metie- sen poco ruido, diciéndoles en voz baxa: *paso, pasito*. No despierten Vmd. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la qual há poco tiempo que la dexó, y habrá un quarto de hora que se retiró á des- cansar un poco. Siento mucho este contratiem- po, dixo Mendoza, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, queriendo hacer este cortejo á mi amigo el señor Pacheco.

co.

co. Lo que se difiere no se quita, respondió sonriéndose la Ortiz, y mañana podrá el señor Pacheco hacer ese honor á mi sobrina. Detuviéronse algun poco los dos caballeritos con la vieja, y despues de una muy breve conversacion se retiraron.

Condúxonos Don Luis á casa de un hidalgo amigo suyo, llamado Don Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia; cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habiamos andado como la mitad del camino quando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recién asesinados, y nos paramos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, quanto lo podia permitir la obscuridad de la noche, he aquí que llega una ronda. El Comandante nos tuvo por asesinos, y dió orden á sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinion, haciendo juicio mas benigno luego que nos oyó hablar, y mucho mas quando á la luz de las linternas descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que examinassen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser amo y criado, ámbos atestados de vino, y perfectamente borrachos. Señores, exclamó un ministril, conozco muy bien á este señor Licenciado, que pretendió hacer figura en nuestra Universidad. Aquí don-

donde Vmds. le ven es un grande hombre, un ingenio superior. No hay quien resista á sus argumentos, en un abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca: es un fluxo irrestañable, un diluvio impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado al vino, al juego y á las mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Belica, donde él y el que le guisa se habrán emborrachado. Antes de graduarse lo hacia frecüentemente, y despues de graduado prosigue de la misma manera, porque al fin no siempre es verdad que honores mudan costumbres. Nosotros dexamos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa, y nosotros fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y Don Luis se levantaron al dia siguiente hácia el medio dia, y su primera conversacion fue de Doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me dixo mi ama, vé á casa de mi tía Doña Ximena á saber como han pasado la noche ella y mi prima, y á preguntarla si el Señor Pacheco y yo podemos ir hoy á tributarlas nuestros respetos. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas, volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dixe: mi señora Doña Aurora me encargó ella misma os dixese de su parte que ya estaba restablecida, y que tendrá el mayor gusto con vuestra visita; y la señora Doña Xi-

Ximena me encomendó asegurase al Señor Pacheco que siempre seria muy bien recibido en su casa, á favor de su mérito y de vuestra amistosa recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á Don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un alegrísimo presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de la señora Ximena, y dixo á Don Felix: señor, un hombre de Toledo fue á preguntar por V. S. en casa de su señora tia, y dexó en ella este villete. Abrióle el fingido Don Felix, y leyó en él estas clausulas en voz que las pudiesen oír todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consequencia que os importan mucho, leido éste venid prontamente al meson del Caballo Negro, cerca de la Universidad.* Tengo grandes deseos de saber quanto antes noticias que tanto me importan, dixo Don Felix, y así, á Dios, señor Pacheco, si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo en casa de mi tia, á donde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de Doña Ximena: en virtud de él estais obligado á hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Facilmente se imaginará el sagaz y entendido lector que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo Negro* nos fuimos derechos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos, cabellos blon-

dos, lavóse y frotóse muy bien las cejas y pestañas; vistióse de muger, y érela una bellissima dama con hermosos cabellos negros, mismamente tal qual ella era. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera que Doña Aurora y Don Felix parecian dos personas diferentes. En traje de muger se representaba mas alta que vestida de hombre, gracias á los tacones excesivamente empinados que regalaban con su elevacion á la estatura. Luego que añadió á su hermosura natural los demás socorros que el arte la prestaba, salió á esperar á Don Luis, sintiendo en su pecho una cierta agitacion ocasionada del combate que con fuerzas iguales hacian en él el temor y la esperanza. Unas veces se alentaba reflexionando en el atractivo de su rostro y de su espíritu, otras la abatia el miedo de que la saliese mal aquel peligroso ensayo. La Ortiz se dispuso tambien por su parte á hacer lo que la tocaba, pero que nuestra ama no quedase desayrada en el logro de su intento. Yo, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, no debiendo parecer en ella hasta el fin de la visita, semejante á aquellos actores que solo se dexan ver en el teatro quando está para concluirse la comedia, salí así que acabé de comer.

En fin todo estaba ya prevenido quando llegó Don Luis. Recibióle con el mayor agrado la señora Ximena y tuvo con Aurora una larga conversacion que duró dos ó tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban,

y dirigiéndome á Don Luis, le dixé: caballero, mi amo Don Felix suplica á V. S. se sirva de perdonarle si hoy no pudiese venir, porque se halla con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. Sí por cierto, exclamó Doña Ximena con una ironía bufonesca, estará el bribonzuelo divirtiéndose con algunas buenas bigoterías cortesanías. Nó, señora, repliqué yo prontamente, está en la realidad con aquellos hombres tratando de negocios demasadamente serios, y verdaderamente le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí. Yo no admito sus disculpas, repuso mi ama. Sabiendo que yo estaba indispuesta podía y debía mostrar mas atención con las personas que le tocan tan de cerca. En castigo de esta falta no he de verle ni recibirle en dos semanas. Ah, señora, dixo entónçes Don Luis, suspended tan cruel resolución. Sobrale al pobre Don Felix por castigo el dolor de no poder veros hoy.

Después de haberse divertido alegremente por algun tiempo sobre el mismo asunto se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á su vestido de caballero. Transfirióse á la posada lo mas presto que la fue posible, y apenas entró dixo á Don Luis: perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia; halléme con unos hombres tan pesados que no pude, por mas que hice desembarazarme de ellos. Lo único que me consuela es, que vos tuvieseis lugar para satisfacer vuestra curiosidad y deseos: y bien, ¿qué

¿qué os ha parecido mi prima? habladme sin ceremonia. Qué me ha de parecer, respondió Pacheco; me ha encantado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo ayre de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo sonido de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta; tiene el cabello negro y vos sois blondo; vos festivo y ella seria. Por lo demas no es mas parecido un huevo á otro huevo, que lo sois el uno al otro. En quanto á talento no creo que pueda haber alguno superior al suyo, sino que sea un Angel. En una palabra, es una dama de un mérito completo.

Pronunció Pacheco estas últimas palabras tan fuera de sí, que Don Felix le dixo sonriéndose: siento, amigo, haberos proporcionado este conocimiento: soy de parecer que no volvais mas á casa de Doña Ximena: y os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podría insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasión... No necesito volverla á ver, interrumpió Don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo es, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es una Doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. *¿Por el camino real?* repitió Don Luis en tono enfático. *¿Y*

puede haber en el mundo hombre tan temerario que piense ir por otro camino quando ama á una dama de su calidad? pensar lo contrario es agraviarme. Conocedme mejor. ¡Qué dichoso sería si mereciera que vuestra prima se mostrase favorable á mis legítimos deseos, y se dignase unir al mio su destino. ¡Oh, Don Luis! respondió Don Felix, ya que la música se entabla en ese tono, desde este punto me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, cuya autoridad y amor son los que mas pueden con la prima.

Pacheco rindió mil gracias al caballero, y mi ama y yo reconocimos con gusto que no podia caminar mejor el sutil y bien meditado estratagema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de Don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su quarto despues de suponer que habia ido á hablar con Doña Ximena para interesarla en su favor, y le dixo así: hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente impresionada contra vos, porque no sé quien la habia metido en la cabeza que érais un libertino; pero me puse de vuestra parte con tal ardor, que logré finalmente desimpresionarla de todo. No obstante (prosiguió Aurora) para mayor abndamiento, quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo.

Mos-

Mostró Pacheco una grande impaciencia por hablar quanto antes con Doña Ximena, y procuró Don Felix que lograse esta satisfaccion á la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condúxole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion; en la qual dió muy bien Don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Ximena muy pagada de la tierna fineza que mostraba por su sobrina, y le ofreció hacer quanto estuviere de su parte para persuadirla á que la diese su mano. Arrojóse Pacheco á los pies de tan buena tia, y la rindió mil gracias por tan inestimable favor. A este tiempo preguntó Don Felix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan Vmds. esta tarde, y la hablarán quanto quieran: respuesta que, como se puede creer, añadió muchos grados á la alegría de Don Luis, á quien se le hizo eterno el remanente de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del fingido Mendoza, que tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor fino y verdadero.

Toda la conversacion fue acerca de Aurora. Acabada la comida dixo Don Felix á Pacheco: ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Pareceme que podrá convenir mucho el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para ha-

blar

blar en particular á mi prima, y descubrir, si puedo, el temple de su corazon en orden á vuestra persona. Aprobó Don Luis esta idea, dexó salir primero á su amigo; y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo, de manera que quando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de haber saludado á Doña Aurora y á su tia, dixo Don Luis: yo creí encontrar aquí á Don Felix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió Doña Ximena, y presto saldrá. Quedó satisfecho Don Luis con esta respuesta, y comenzó á entablar conversacion con las damas. Esta se alargaba, y Don Felix no parecia. No pudo ya Don Luis disimular mas su estrañeza, y habiéndola manifestado, Aurora mudó de repente de tono; echóse á reir, y le dixo: ¿es posible, señor Don Luis, que ni siquiera hayais sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? ¿Pues qué unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas me desfiguran tanto que os hayais dexado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero (prosiguió, volviendo á su natural seriedad) acabad de conoer que Don Felix de Mendoza y Doña Aurora de Guzman son una sola persona.

No se contentó con sacarle de su error; confesóle tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que esta misma la había sugerido para reducirle al estado en que le veía. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que estaba oyendo y tocando

con

con sus manos. Arrojóse á los pies de mi ama, y la dixo trasportado: ¡ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto que soy yo el feliz y afortunado mortal que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? Son de tanto precio que no basta á pagarlas el mas fiel y mas inmutable reconocimiento. A estas palabras se seguieron otras mil apasionadas y tiernas expresiones, correspondidas modesta y sinceramente por Aurora, despues de lo qual los dos amantes tomaron de acuerdo las mas justas y mas decentes medidas para acelerar el cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se daría fin á la comedia con el matrimonio de los dos. Así se executó; y quince dias despues se casó Don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y muchos regocijos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



CA-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avda. 2625 MONTERREY, N.L.

CAPITULO VII.

Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco.

Tres semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regalo cien doblones, y me dixo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que Don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho tenerte en la suya para su ayuda de cámara. Hábléle de tí tan ventajosamente que me pidió te persuadiese á que vayas á servirle. Es un señor ya entrado en días, pero de bellísimo carácter, y estoy persuadida á que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á mi señora por lo mucho que me favorecia, y la dixe, que ya que su Señoría no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al señor Don Gonzalo, estaba pronto á complacerla, particularmente quando tenia la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la novia á casa de dicho señor, y me presenté á él. Halléle todavia en la cama, aunque era cerca de medio dia. Entré en su quarto, y ví que estaba tomando un caldo que le servia un pa-

ge.

ge. Tenia el buen viejo bigotes á la papillota, ojos undidos y casi apagados, semblante descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni están ménos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibíome con mucho agrado, y me dixo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina, haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle no aplicarme con menos atencion á desempeñar mi obligacion en su servicio que lo habia hecho en el de mi ama, y desde aquel mismo punto me admitió en su casa, contándome en el número de sus criados.

Y éteme ya aquí con un nuevo amo, el qual sabe Dios qué hombre era. Quando le ví saltar de la cama me pareció que estaba viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo tan seco y tan enjuto que, si se le viese en cueros, seria el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteologia. Las piernas eran tan sutiles que, aun despues de tres ó quatro pares de calcetas y medias unas sobre otras, parecian dos bastones de negrillo, á quienes servian de nudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmática aquella momia viviente, acompañando con una tos cada palabra. Luego que se puso su bata pidió chocolate; tomóle, y habiendo mandado despues que le traxesen papel y tinta, escribió

TOMO II.

bió

bió un billete, que entregó al page que le había servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió éste, quando volviéndose á mí, me dixo: amigo Gil Blas, de aquí adelante has de ser tú el confidente de mis comisiones, particularmente las relativas á una cierta Doña Eufrasia, que es una damita jóven y bella, á quien sirvo y tiernamente amo, siendo de ella con igual ternura amado y correspondido.

¡Santo Dios! dixe prontamente á mi capote, ¿y cómo podrán los mozos no creer que son amados, quando está persuadido á que es idolatrado este viejo podrido, carcuez y cazcarriento? Mañana, prosiguió el presumido Matusalén, irás conmigo á su casa, porque casi todas las noches ceno con ella. Quedarás admirado quando veas su modestia y compostura. Léjos de imitar aquellas atolondradas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, ella, que en medio de su florida edad es de entendimiento claro y de juicio maduro, no busca en los hombres galanterias ni palabras, sino el buen modo de pensar, y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y en morarse de sí mismos. No limitó á solo esto el señor Don Gonzalo el panegirico de su dama: empeñose en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones, pero encontró con un oyente difícil en dexarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras,

nun-

nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, solo por complacerle fingí que le creía, y aun hice mas, pues no solo alabé el discernimiento y el buen gusto de Doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalando á sus narices; antes por el contrario se persuadió á que todo quanto le decia era oro puro. Tanta verdad es, que nada se arriesga en adular á los grandes, porque se tragan como si fueran confites las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas muy delicadas algunos pelos blancos de la barba, y se lavó con agua caliente los ojos, que estaban cargados de lagañas. Lo mismo hizo con los oídos, las manos y la cara. Concluidas sus abluciones se tiñó de negro el bigote, las pestañas y las cejas, gastando en el tocador mas tiempo que una viuda vieja, empeñada en desmentir, ya que no pueda reparar, el estrago que hicieron los años en su semblante. No bien había acabado de vestirse y de remozarse (á lo que á él le parecía) quando entró en su quarto el Conde de Azumar, que era amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demás. Este traia sus venerables canas descubiertas, se apoyaba sobre un baston, y parecia hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco, dixo luego que entró, vengo

N 2

á

á que me des de comer. Bien venido, Conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y comenzaron á hablar miéntras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio rodó la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado. Hablaron de los picadores y caballeros en plaza que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo Conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dixo suspirando: ya no se usan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula prevencion del Señor Conde de Azumar, tan general en casi todos los viejos; pero su Señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos. Quando se sirvió la fruta en la mesa tomó una pera en la mano, y dixo mirándola y remirándola: en mi tiempo eran mucho mayores las peras, porque al fin el tiempo todo lo gasta, ó todo lo disminuye: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso (replicó mi amo) las peras en tiempo de Adan serían de grandísimo tamaño.

Detúvose el Conde de Azumar con Don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que se desembarazó de él salió de casa, diciéndome que le acompañase. Fuímonos derechos á casa de Eufasia, distante como cien pasos de la nuestra.

tra. Encontrámosla en un quarto alhajado con mucho primor. Estaba vestida de gala, y representaba un ayre de tan florida juventud, que casi parecia niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podía pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su loquacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus discursos sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio se echaba de ver en todo lo que decia. ¡Oh cielo (exclamé yo dentro de mí mismo) es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Y es que vivia yo persuadido á que necesariamente habia de ser desahogada toda dama cortesana. Admirábame aquella aparente modestia, sin hacer reflexion á que las tales princesas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al caracter de los ricos y señores que caen en sus manos. Gustan unos fuego, viveza y atolondramiento; pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y la compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, modesto y virtuoso. Verdaderos camaleones: mudan de color segun el genio y humor de las personas que tratan.

No era Don Gonzalo del gusto de los que tienen muy en gracia las mugeres de modales libres; antes bien no las podía sufrir; y para que le agradasen era menester tuviesen un cierto ay-

ayre de Vestal. Asi, pues, Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas, fuera de aquellas que representaban en los teatros. Dexé á mi amo con su niafa, y yo me fuí á una sala, donde me encontré con una criada vieja, que yo habia conocido sirviendo á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dixo: ¿aquí estás, amigo Gil Blas? ¿quién te traxo acá? Segun eso dexaste el servicio de Arsenia como yo dexé el de Constanza. Asi es, respondí yo: mucho tiempo ha que le dexé, y despues entré á servir á una dama de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana lá dí mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme una palabra, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la Francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos sirviendo á gente honrada y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece señora de admirable caracter. No te engañas en tu juicio, respondió la Beatriz (que así se llamaba la vieja). Mi ama es una muger bien nacida; y por lo que toca al genio será difícil hallar otra mas sosegada, mas dulce, ni mas apacible. No es de aquellas amas impetuosas, altivas, y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran

tran que decir, gritan sin cesar, atormentan á todos los criados, y es un infierno el servirlos. Hasta ahora no la he oído gritar siquiera una sola vez. Quando hago alguna cosa que no la gusta, me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamás con aquellos epítetos y palabras, de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy pacífico, y humanísimo con todos: por lo que toca á esto, vos y yo estamos mejor que quando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo tengo ahora una vida muy retirada, quando la de entonces era tan tumultuosa. En nuestra casa no entra otro hombre que el Señor Don Gonzalo, y en esta mi amada soledad tendré yo el grandísimo gusto de no ver tampoco otro que á tí. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin no desconfío ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no la cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de aquellas tantas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretendria, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad: pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese aprender que la despreciaba; ántes bien tuve la advertencia de responderla en términos que no per-

perdiese la esperanza de reducirme á corresponderla. Lisonjeábame ya con la persuasión de haber conquistado á lo menos una vieja tercera; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no ya por mis bellos ojos, ni por mi linda cara, sino para empeñarme en los intereses de su ama, á quien tenía tanto amor, que á ningun medio perdonaba quando se trataba de complacerla y de servirle. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á Doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibíome aquella dama con la manera mas afable y mas graciosa del mundo. Díxome mil cosas cariñosas; y la criada quiso tambien tirar su pincelada en mi elogio. Al oír á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. A una la encantaba mi fisonomía; otra descubria en mis palabras un fondo de penetracion y de prudencia, que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin de aquellos encarecimientos; pero los oia con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ánimo sencillo é inocente; con cuyo artificio engañé á las que pensaban haberme engañado; y en este errado concepto se quitaron en fin la mascarilla.

Ea, Gil Blas, me dixo Doña Eufrasia apretándome la mano: en tu arbitrio está hacer tu fortuna. Obremos todos de concierto, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada; una calenturilla ayudada de un buen Médico basta para echarle á la sepultura. Aproveché-

chémonos bien de los pocos momentos que nos restan, y gobernémonos de manera que me dexe á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion, así te lo prometo, y puedes contar sobre mi palabra, como pudieras contar sobre una escritura otorgada ante todos los Escribanos de Madrid. Señora, la respondí, disponga Vmd. á su arbitrio de este su fiel servidor. Solamente la suplico que me diga lo que debo executar, y lo demas déxelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Quando hables con él procura con arte que recaiga la conversacion sobre las mugeres, y toma de aquí ocasion para con destreza y con maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en quanto te sea posible. Espía con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con el ojo á su herencia, y avísame sin perder instante de tiempo: yo los echaré á pique. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos; y ya lo he desviado de sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia conocí que era una de aquellas damas que solo se dedican á viejos generosos y liberales. Pocos dias antes habia obligado á Don Gonzalo á vender no sé que posesion, cuyo

dinero la regaló. Todos los días le chupaba alguna cosa, y además de eso esperaba que no la olvidaría en su testamento. Mostréme muy empeñado en hacer todo lo que me pedía; mas por no disimular nada, confieso que quando volvía á casa, iba muy dudoso sobre el partido que debía tomar en aquel descubrimiento; si el de aprovecharme de él para engañar al viejo, ó para desviarle de aquella falaz muger. Este último me parecía mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligación, que á engañar á mi amo. Consideraba por otra parte, que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo, no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con zelo á Don Gonzalo, persuadido á que si lograba desprenderle de su ídolo, sería mejor recompensado por una accion tan honrada, que por la otra; pues al cabo era ruindad, y éstas nunca aprovechan.

Para lograr mejor el fin que me habia propuesto, fingí sacrificarme enteramente al servicio de Doña Eufrasia. Hícela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto la embocaba mil patrañas, que la pobre creía como otros tantos Evangelios: artificio con el qual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. Para mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado perdido de Beatriz, la qual es-

taba tan desvanecida con la conquista de un mozo ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se la daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Quando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reynas, representábamos dos pinturas diferentes, pero ambas en el mismo gusto. Don Gonzalo seco y pálido, como ya le he retratado, parecía un moribundo en agonía quando miraba á su Filis con ojos lánguidos, dulces y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una traua vieja y bien amaestrada. Conociase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos quarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas con los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya con ir todos los días á casa de Eufrasia con mi amo: muchas veces iba solo, particularmente de día; y á qualquier hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á concebir cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á Don Gonzalo una muger joven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, para

ha-

hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredarle, se habia proveido de un amante mas proporcionado á su lozanía, y mas conforme á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la diaria costumbre. Hízome entrar en su quarto, y descubrí en él los pies de un hombre que estaba tras de una tapicería. No dí la mas mínima señal de que le veia; y así que des-
 empeñé mi encargo, salí sin dar á entender haber notado cosa alguna, pero aunque no debía sorprenderme este objeto, y mas quando en nada me perjudicaba á mí, no dexó con todo de agitar-
 me mucho. ¡Ah malvada! (decia yo con enfado). ¡Ah traidora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te abandonas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traición. Pero muy necio era yo en discurrir de esta suerte. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra, que en servirme de esta ocasion para acreditar-
 me de buen criado, agradecido al pan que comia. Pero en vez de moderar mi zelo entré con mayor calor en los intereses de Don Gonzalo, y le hice fiel relacion de lo que habia visto; añadiendo ademas que Doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad, en cuya prueba le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho; de manera que seria un grandísimo mentecato si no venia en conocimiento del verdadero caracter de su alevosa enamorada. Hizo-
 me

me mil preguntas, como dudando de lo que le decia; pero mis respuestas le quitaron toda duda. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de colera, que podia parecer presagio de que Eufrasia no seria impunemente infiel. Basta, Gil Blas (me dixo): quedo sumamente agradecido al zelo y al amor que muestras á mi servicio: agrádame infinito tu honrada fidelidad. Desde este mismo punto parto á romper para siempre con Eufrasia, y á decirle lo que merece su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué derecho á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que se restituyese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasear á su ninfa, sucediendo una justísima aversion á un amor tan mal correspondido, y á un desengaño tan visible un eterno rompimiento. Con este alegre pensamiento me estaba lisongeando, y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado y zeloso aviso. Parecíame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de Don Gonzalo, por haber sido la causa de que éste abandonase en fin una pasión tan vergonzosa á su persona, y tan contraria á los

los intereses de aquellos. Figurábame que todos se me confesarían obligados, y me distinguirían entre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisongear á sus amos, fomentando sus desórdenes, que á ponerles á la vista el desengaño para retirarlos de ellos. Por entonces era mi ídolo el honor, y me empabonaba ya mirándome como el corifeo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos, volvió mi amo, y me dixo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy viva con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve: llenéla de improperios; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz hasta la fecha. Si he de creerla, eres un solemnísimo embustero, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonas á medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la ví derramar un torrente de lágrimas, todas verdaderas, que anegaban su semblante, interrumpian su respiracion, y á mí me pasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra, que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ella veia jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatriz, que tiene traza de buena muger, incapaz de mentir: de modo que sin poderlo remediar, y contra mi propia voluntad, se me fue toda la cólera.

Segun eso, Señor, (exclamé yo no sin algun dolor) dudais de mi sinceridad, desconfiais

fiáis de... No, Gil Blas (interrumpió él) te hago justicia. No creo que vayas de acuerdo con mis sobrinos. Estoy persuadido á que solo por buen zelo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco. Pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te parecia ver; y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de quererla. Así lo manda mi estrella; y para aplacar el enojo de esta pobre muger, me ha sido indispensable hacerla el sacrificio que me pide: este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas; y Dios sabe quantos esfuerzos la costó á ella, y quanto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa. Fuera de que he pensado ya colocarte con una dama amiga mia, donde tengo por cierto que lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldixé interiormente á la embustera Eufrasia, y otras tantas dí al diablo la flaqueza, ó por mejor decir, la mentecatez de Don Gonzalo en haberse dexado engañar tan facilmente. No dexaba tampoco de conocer el buen viejo, que en despedirme de su casa solo por complacer á su dama no hacia la accion mas honrosa, ni mucho menos la mas varonil. Para compensar su

poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo á casa de la Marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia, que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veía precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la Marquesa, y yo me ví de repente con una nueva ama, y en una nueva casa.

CAPITULO VIII.

*Caracter de la Marquesa de Chaves;
y personas que la trataban.*

Era la Marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, ayrosa y bien proporcionada. No tenía hijos; y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria, ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputación, era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la Corte, así en nobleza

CO-

como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para formar concepto de un genio superior, y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto todos los días se leían en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verosimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera producción, que no merecía alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra sería, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decisión del *tribunal*; antes bien silbaba las obras que habían sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el quarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala, para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocía yo, el primer día, el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era

TOMO II.

P

na-

poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo á casa de la Marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia, que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veía precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la Marquesa, y yo me ví de repente con una nueva ama, y en una nueva casa.

CAPITULO VIII.

*Caracter de la Marquesa de Chaves;
y personas que la trataban.*

Era la Marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, ayrosa y bien proporcionada. No tenía hijos; y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria, ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputación, era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la Corte, así en nobleza

CO-

como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para formar concepto de un genio superior, y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto todos los días se leían en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verosimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera producción, que no merecía alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra sería, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decisión del *tribunal*; antes bien silbaba las obras que habían sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el quarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala, para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocía yo, el primer día, el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era

TOMO II.

P

na-

naturalmente serio, pero bufon y mofador. El primero que se presentó fue un Ministro togado. Anunciéle, y despues que le introduxé me dixo el maestro de pages: este garnacha es de un caracter gracioso. Tiene alguna introduccion en palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrecese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del Rey un caballero que le saludó. Detúvole éste, hizole mil expresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dixo: V. S. me ha conquistado; soy todo suyo: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondiendole el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se separó del togado, quando volviéndose éste á uno de los que iban á su lado, le dixo: quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quién es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte, creo que en casa del primer Ministro.

Poco despues del togado se dexó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien introduxe inmediatamente en el quarto de mi ama. Luego que entró me dixo el señor Molina: este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que tratar con el dueño de ella negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la visita sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á que habia ido. A este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala dos señoras, llama-

das una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas (me dixo él, quando hubieron entrado en la sala de la Marquesa) en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa. Se las tiene tiesas con los mayores Doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamás á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de Doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter (le respondí yo) es un carácter muy amable; pero el otro me parece que cae muy mal en el bello sexó. ¿Qué dice Vmd. *muy mal en el bello sexó*? replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridículos. Tambien nuestra ama la Marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia. Pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, ceji-junto, y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dixo, uno de aquellos éntes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Séneca, que saben de memoria, y pronuncian con recalcamiento y pomposidad, los quales, examinados de cerca, se descubre ser unos pobres mentecatos. Tras de éste entró un caballerito de buen porte, pero de furioso ayre á la Griega, quie-

ro decir, de un hombre lleno y pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió que era un Poeta dramático, el qual habia compuesto cien mil versos que no le habian valido quatro quartos; pero que recientemente por solo seis renglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á pedirle me explicase en qué habia consistido el haber logrado tan de valde aquella fortuna, quando oí un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! exclamó el maestro de pages: ya entró en casa el Licenciado Campanal; á este se le oye mucho antes que se dexé ver. Es un solemnisimo tronera: comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle, y no lo dexa hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del Licenciado Campanal, que en fin apareció en la antesala con otro Bachiller amigo suyo, y prosiguió atronándonos á todos, sin cesar en el tiempo que duró la académica visita. Este Licenciado (dixe á Molina) parece hombre de ingenio. Si lo es (me respondió): tiene ocurrencias muy saladas; se explica con gracia, y con agudeza, es muy divertida su conversacion; pero es un hablador molestísimo, y repite siempre sus dichos y sus cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel ayre cómico y gracioso con que sazona todo lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agude-

dezas y sus gracias si se diese á luz.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las quales me hizo Molina muy graciosas descripciones. Entre estas no se dexó en el tintero la de nuestra ama la Marquesa. Esta dama (me dixo) es una señora muy regular, no embargante su filosofia. Su genio no es enfadoso, ni caprichoso, y dá poco que hacer en su servicio. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco. No se le advierte pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos la gustan: solo la agrada la conversacion. En una palabra, su vida sería intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi sospecha fue el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de quarenta años, pero de malísima figura, contrahecho, corcobado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Díxome que deseaba hablar á la Marquesa; y preguntándole yo quién era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi señora la Marquesa habia hablado en casa de Doña Ana de Velasco. Apenas le anuncié á mi ama, quando toda transportada de alegría me mandó que le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demostraciones

ciones de gusto y de estimacion, sino que mandó retirar á todas las criadas, quedándose el corcobado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanias expresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado con su visita.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó en particular, y me ordenó reservadamente que siempre que viniese el corcobado procurase introducirle en su quarto con el mayor secreto que fuese posible. Este encargo me dió sospechas; pero obedeciendo á la orden de mi ama, apenas se dexó ver aquel hombrecillo al dia siguiente, quando le introduxe por la escalera secreta en el quarto de la señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces; no pudiendo menos de pensar una de dos, ó que la Marquesa tenia estrañalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Prevenido, y enteramente preocupado de estas temerarias ideas, decia yo á mi capote: si mi ama se hubiera enamorado de un hombre bien hecho, yo la excusaria; pero que se haya prendado de semejante abechucho, que se me figura un camello reciennacido, no se lo puedo perdonar. Mas, ¡ó, y cuánto agraviaba yo á aquella señora! Es el caso, que aquel galápago humano se vendia por muy instruido en la magia blanca, haciendo mil juegos de manos que los no muy instruidos juzgaban no poderse hacer sin auxilio de aquella embustera facultad;

pe-

pero en suma era un grandísimo bribon, que se mantenía á costa de la ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuían á esto muchas señoras de distincion; y la Marquesa cayó en la misma debilidad.

CAPITULO IX.

Dexa Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demás que se verá.

Habia seis meses que yo servia á la Marquesa de Chaves, y estaba muy contento en su servicio. Pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fue la aventura que voy á contar.

Entre las criadas de la Marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre soberbio y zeloso. Luego que éste llegó á entender mi inclinacion, sin detenerse á exáminar si era ó no correspondida, me citó para reñir en parage retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció un ene-

mi-

migo poco temible, y lleno de confianza concurrí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el suceso humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que tenia dos ó tres años de esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dixo: prepárate á morir ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la Marquesa, sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corriame de parecer delante de los criados de la Marquesa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafio. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y mi dinero, hacer mi maleta, y retirarme con ella. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué que me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años, en virtud de lo qual tomé la resolution de girar toda España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien proveido: gastando con juicio tendré para correr gran parte del Reyno. En acabándose el dinero me pondré á servir; pues á un mozo de mi salud y de mi edad siempre le sobrarán amos quando quiera buscarlos y tenga habilidad para escogerlos.

Vínome gana de ir á Toledo, y con efecto

to partí para aquella ciudad, y llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson, donde pasé por un hombre de importancia á favor de mi vestido y del ayre que me dí de petimetre. Podia facilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero, y no poco. Creciendo cada dia mas la inclinacion que tenia de viajar, despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella Ciudad, salí de ella un dia al amanecer y tomé el camino de Cuenca, con ánimo de pasar al Reyno de Aragon. Al segundo dia de viage entré á refrescar y descansar en una venta que habia en el camino. Poco despues que yo llegué, entró en la misma una tropa de Ministros de la Santa Hermandad. Pidieron luego vino, y se pusieron á beber. Oí que mientras estaban bebiendo hacian memoria de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian orden de prender: *pelo negro, cara larga, nariz aguileña, buen tallo, veinte y tres años, y montado en un caballo castaño.*

Estábalos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que discurrían, y en la realidad me interesaba poco en saberlo. Dexélos en la venta, y proseguí mi camino. Aun no habia andado medio quarto de legua quando encontré un mocito muy galan montado en un caballo castaño. Vive diez (dixe yo) que éste es el que buscan los de la Santa Hermandad. Todas las señas

TOMO II.

Q

ñas

118 *Las Aventuras de Gil Blas.*

ñas le convienen; y es á quien quieren agarrar. A fé que quiero hacerle un buen servicio. Caballerito (le dixe saludándole con mucho respeto y cortesía) perdone Vmd. y sírvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, miróme fixamente, y mostróse muy sorprendido de mi pregunta. Señor (proseguí) no crea Vmd. que le haya hablado así por una impertinente curiosidad. Creyóme luego que le conté todo lo que habia oído á los ministros en la venta. Generoso desconocido (me respondió) no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y así agradeciendooos infinitamente el oportunísimo aviso, resuelvo mudar de camino. Yo sería de parecer (repuse entónces) que los dos buscásemos por aquí un sitio retirado donde Vmd. estuviere seguro y ámbos á cubierto de una gran tempestad que veo estarnos ya amenazando. Al decir esto descubrímos una calle de árboles frondosos, espesos y muy unidos. Ganámosla, y ella misma nos conduxo al pié de una montaña, donde encontrámos á un venerable hermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socabado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba una especie de corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuela, rodeado todo para mayor defensa con una especie de foso cubierto de verdes céspedes. Los con-

Tomo II.

fol. 118.



*Llegan D.ⁿ Alonso de Leyva y Gil Blas á una gruta
y á la entrada encuentran un Venerable Ermita-
ño, que los ospeda aquella noche.*



tornos de la gruta estaban sembrados de flores odoríferas que llenaban el ambiente vecino de suavísima fragancia; y cerca de la misma gruta se descubría una hendidura en la montaña, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo murmullo corría á dilatarse por una bella y espaciosa pradería. El solitario, que se dexó ver á la entrada de la gruta, parecía un hombre consumido por la vejez. Apoyábase sobre una muleta que tenía en una mano, y ocupaba la otra un gran rosarion de cuentas gordas y de quince diéces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana negra, con sendas orejeras, y su barba mas blanca que la nieve baxaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dixe: padre, nos dará licencia para suplicarle que nos permita refugiarnos en alguna parte, donde estemos á cubierto de la tempestad que nos viene amenazando? Hijos respondió el anacoreta, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podreis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. Los caballos, añadió, los podeis meter en aquel corral (señalándole con la mano) donde creo que estarán bien acomodados. Metí- mos en él los caballos, nosotros nos refugiámos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella quando se desprendió una copiosa lluvia entre continuos relámpagos y espantosos truenos. El hermitaño se hincó luego de rodillas delante de una imagen de San

Pacomio, encostrada en un nicho de la gruta; y nosotros hicimos lo mismo á exemplo suyo. Cesó la tempestad de los truenos y relámpagos, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos todos; pero como todavia continuase la lluvia, nos dixo el hermitaño: Yo, hijos míos, no os aconsejaré que os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, salvo que os obligue á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedía el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser este, ántes le suplicáramos que nos permitiese pasar allí la noche. La única incomodidad será la vuestra, respondió cortesantemente el anacoreta: tendreis mala cama, y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre hermitaño.

Diciendo esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió algunas cebollas con algunos mendrugos, y una jarra de agua. Esta, dixo, es mi comida y mi cena ordinaria; pero hoy es razon hacer algun exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dixo, y partió luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó como al desgayre sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia gran apetito, hizo poco gasto de aquellos exquisitos manjares. Observólo el hermitaño, y dixo: conozco y veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tam-

bien

bien he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los bocados mas exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las yerbas, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballero se quedó como enagenado en una profunda suspension. Notólo el viejo, y le dixo: hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os aflige mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os ocupa? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única que me anima. Hállome en edad que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis en una situacion bien necesitada de él. Sí, padre mio, respondió el Caballero, arrancando del pecho un doloroso suspiro: es bien cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofrecéis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido á que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el hermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar qualquiera cosa, sea de la especie que fuere. Entonces el caballero habló en los términos siguientes.

CA-

CAPITULO X.

Historia de Don Alfonso, y de la bella Serafina.

Nada, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Hariale gran agravio en desconfiar de él despues de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi origen fue el que voy á referir. Un Oficial de Guardias Walo-nas, llamado el Baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al quarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño recién nacido, fajado en pañales muy delicados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darían á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo quanto sé de lo que soy. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me expuso para ocultar sus vergonzosos amores, ó si engañada por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Sea lo que fuere, el Baron y su muger se sintieron tan movidos de mi desgracia, que co-

mo

mo se hallaban sin sucesion resolvieron criar-me como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de Don Alfonso. Al paso que yo crecía en edad, crecía el amor en ellos. Hacían-me mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme los mejores maestros en todas letras y habilidades que podian contribuir á ella. Léjos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamás. Luego que el Baron me vió en estado de poder seguir las armas me aplicó al servicio del Rey. Conseguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar las ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me representó que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, quanto solo seria deudor á mi corazon y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia ocultado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y como yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme abandonado de aquellos á quienes le habia debido.

Pa-

Pasé á servir en los Países Baxos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos me restituí á Madrid, y fuí recibido por el Baron y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habíanse pasado dos meses desde mi retorno, quando una mañana entró en mi quarto un pagecillo que me puso en las manos un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha: y con todo eso Vm. me vé todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme, quisiera inspirar el amor en ese corazon de hielo.*

Apenas leí este billete quando me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivía en frente de mi casa, y tenía créditos de ser de cascos alegres. Examiné sobre este punto al pagecillo, que por algun breve rato quiso hacer del callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Decíala en ella que conocía y confesaba mi delito, el qual estaba ya medio vengado, segun lo que reconocía en mí.

Con efecto, no me mantuve insensible á esta graciosa manera de conquistar. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente á mis ventanas para observar á la dama, que tampoco se deseuidió en hacerse ver

desde las tuyas. Hícela señas, que fueron bien correspondidas; y el dia siguiente me envió á decir por su pagecillo, que si entre once y doce de aquella noche quería yo pasear nuestra calle, podíamos hablarnos á la reja de una sala baxa. Aunque no me sentia muy encendido en el amor de una viuda tan viva, sin embargo no dexé de responderla en términos que me representaban muy apasionado; y á la verdad esperé la noche con tanta impaciencia como si efectivamente lo estuviera. Luego que aquella llegó salí á pasearme al Prado, para engañar el tiempo que restaba hasta la hora de la cita. Aun no bien habia entrado en el paseo, quando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente de él, y mirándome con torbo ceño: caballero (me dixo con voz sobradamente destemplada) ¿no sois vos el hijo del Baron de Steinbach? El mismo; respondí yo en tono que conociese quanto me desazonaba aquel incivil modo de abordarme. Luego vos sois el mismo que estais citado (prosiguió él) para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su quarto baxo. He visto su billete, y he visto vuestra respuesta, porque me las mostró el pagecillo. Os he seguido hasta aquí desde que salisteis de vuestra casa, para advertiros que teneis un competidor, el qual se averguenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Paréceme que no es menester deciros mas. Hallámonos en sitio retirado. De-

cidan la disputa las espadas, salvo que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto voy á quitaros la vida. Ese sacrificio, que no me costaria mucho, (respondí yo) se habia de pedir con modestia, y no intimarse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo menos de negar á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dixo él atando el caballo á un arbol, porque no es decente á un hombre como yo abatirse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se hallaran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos muy de otra manera menos honrosa. Ofendieronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado su espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanta furia que duró poco el combate. O fuese porque le cegó su demasiado ardor, ó ya porque yo fuese mas diestro que él, muy á los principios le dí una estocada, de la qual le ví primero titubear, y despues caer en tierra. Entonces solo pensé en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del Baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi aventura solo podia servir para afligirle; y quando hacia reflexion al peligro en que me hallaba, conocia que no debia perder un momento en ale-

jar-

jarme de Madrid.

Ocupado enteramente de tristísimas reflexiones caminé toda la noche y toda la mañana del dia siguiente. Pero hácia el medio dia me ví precisado á detenerme para que descansara el caballo y se mitigase el calor, que cada instante se hacia mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta que se puso el sol, continuando luego mi camino con ánimo de no desmontar hasta verme en Toledo. Estaba ya dos leguas mas allá de Illescas, quando cerca de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sorprendernos. Refugiéme tras de las paredes de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo me cubrí con mi caballo lo mejor que pude junto á la portezuela de un gabinete que estaba en un ángulo de la misma cerca, sobre la qual habia un pequeño balcon, que sin duda servia de mirador. Arriméme á la misma portezuela para estar mas á cubierto dentro de su lintél, y á poco impulso conocí que estaba abierta, quizá por descuido de los criados. Menos por curiosidad que por estar mas resguardado de la lluvia, que no dexaba de incomodarme mucho debaxo del balcon, me entré en el gabinetillo ó quarto baxo, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Mientras duraba la tempestad me divertia yo en reconocer el sitio en que me hallaba lo mejor que me era posible; y aunque solo po-

dia

R 2

día registrarle á favor de los relámpagos, juzgué ser una quinta de alguna persona rica y de conveniencias. Estaba siempre esperando que cesase la tempestad para volver á ponerme en camino; pero habiendo visto una gran luz á bastante distancia, mudé de parecer. Dexé encerrado el caballo en el gabinete, tirando tras de mí la puerta, y me fuí acercando hácia aquella luz, persuadido á que estaban todavía algunas gentes en pie, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores me encontré con un salon, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en él, y habiendo visto su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que le comunicaba una clarísima luz, ya no tuve duda era de algun gran señor aquella casa de campo. Era el pavimento de marmol, el techo un soberbio artesonado, dorado con exquisito primor, la cornisa trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas hábiles pintores. Pero lo que me llevó toda la atencion fué una multitud de bustos de los mas famosos heroes Españoles, sostenidos sobre bellísimos pedestales de marmol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para informarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de quando en quando el oido para ver si sentia algun rumor, nada pude percibir.

A un lado del salon habia una puerta medio cerrada, á la qual me acerqué, y ví que des-

despues de ella se seguía una gran fila de quartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba débilmente. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si retroceder por donde habia venido, ó hacerme ánimo para penetrar hasta aquel quarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retroceder y retirarme; pero pudo mas la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza de mi destino, que en cierta manera me arrastraba hácia donde no debia ir. Llevé, pues, mi empeño adelante, y habiendo pasado por todas las piezas llegué á la última, donde ardía una blanca bugia, colocada en un precioso candelero sobre un bufete de marmol. Desde luego conocí que era un quarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una magnífica cama, cuyas cortinas estaban medio abiertas á causa del gran calor, ví un objeto que me arrebató toda la atencion. Era una bizarra y jóven dama, que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella paso á paso, recelando que la despertase mi aliento, y á favor de la claridad que comunicaba la bugia, descubrí una tez tan delicada y unos rasgos tan finos de belleza, que verdaderamente me encantaron. A su vista todos mis espíritus se pusieron en inquieto movimiento, y me sentí transportado; pero cedió la agitacion al concepto que desde luego formé de la nobleza de su

su sangre, tanto, que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Mientras yo estaba embelesado en contemplarla, ella despertó inopinadamente.

Facil es de imaginar lo sorprendida que se hallaría quando se vió con un hombre desconocido, á la media noche, en su quarto, y al pié de su misma cama. Toda estremecida y toda sobresaltada dió un gran grito. Hice quanto pude para asegurarla y aquietarla; hínqué una rodilla en tierra, y lleno de veneracion y de respeto la dixe: no temais, señora, que no he venido aquí para haceros ni aun el mas ligero insulto. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, ni aun tuvo libertad para escucharme. Comenzó á dar grandes voces llamando á sus criadas; y como ninguna la respondiese, echó mano á toda priesa de una ligera bata que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, saltó en tierra arrebatadamente, toma en la mano la bugía, atraviesa corriendo toda la hilerá de salas, llamando sin cesar á sus camareiras, y á una hermana suya menor, que habitaba en la misma quinta. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo y sin oirme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie apareció sino un criado viejo, que de poco la sirviera si se viese en un apuro. No obstante bastó la presencia del buen

vie-

viejo para que cobrase un poco de ánimo, y me preguntára con altivez, quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para introducirme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas la dixe que habia entrado por la puerta del gabinete del jardin, que habia hallado abierta, quando prorumpió en un lastimoso grito, diciendo: ¡justo cielo, y qué cosas son las que ahora me vienen al pensamiento!

Diciendo esto va con la bugía á registrar todos los quartos de la quinta; no encuentra á su hermana, ni á ninguna de sus criadas; antes ve que éstas se habian llevado consigo sus hatillos. Pareciéndola que se habian demasiadamente verificado sus sospechas, se volvió á donde yo me habia quedado, y articulando mal las palabras, cortadas con la cólera: infame (me dixo) no añadas la mentira á la traicion. No te ha traído á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por los accidentes que finges. Tú eres parcial de Don Fernando de Leyva, y cómplice en su delito. No esperes vanamente escapar á mi venganza: tengo aun bastante gente en casa para prenderte. Señora (la respondí) no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á Don Fernando de Leyva, ni sé todavía quien sois vos. Soy un infeliz, á quien cierto lance de honor obligó á ausentarse de Madrid; y juro por quanto hay sagrado en el cielo y en la tierra que á no haberme precisado á ello la tempestad no hu-

bie-

biera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, hacer mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en este delito que tanto os ofende, vivid persuadida á que estoy aquí prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, tranquilizaron á la dama, que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento la cólera, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente. Enterneciéronme sus lágrimas de manera que no me sentí yo menos afligido que ella, aun quando ignoraba el motivo de su aflicción. No me contenté con acompañarla en el llanto. Impaciente con el deseo de vengar su injuria, entré en una especie de furor. Señora (exclamé entre enternecido y transportado) ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultrage ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mías. ¿Quereis que busque á Don Fernando, y que le pase de parte á parte el corazón? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique. Mandad, y sereis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, que habeis mirado como enemigo, se expondrá á todo por amor de vos.

Quedó sorprendida la dama á vista de un transporte tan no esperado; y enjugando sus lágrimas, me dixo: perdonad, señor mi temeraria sospecha á la desdichada situación en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han

des-

desengañado á la desgraciada Serafina. No solo eso: han desvanecido hasta el natural rubor que me causaba el que un extraño fuese testigo de un insulto hecho á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido: reconozco mi error, y acepto vuestras ofertas, pero no quiero la muerte de Don Fernando. Bien está, señora, repliqué yo, ¿pero en qué cosa deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi dolor es el siguiente: Don Fernando de Leyva se enamoró de mi hermana Doña Julia, á quien vió casualmente en Toledo, lugar de nuestra residencia ordinaria. Pidiósele á mi padre el Conde Polan, y se la negó por la antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana apenas tiene quince años. Habráse dexado engañar de mis criadas, á quienes sin duda habrá sabido ganar Don Fernando, y noticioso éste de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo habrá querido aprovechar la ocasión para el rapto de la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos, pues, señor, que tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuere posible, donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella dama que la comisión que me encargaba no convenia á un

TOMO II.

hom-

hombre á quien importaba tanto salir quanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexion quando ni yo mismo la hice? Preocupado enteramente de gozo por la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dexé al punto á Serafina, suplicándola me perdonase el susto que inocentemente la habia ocasionado, y asegurándola que presto tendria noticias de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta, pero con la imaginacion tan fixa siempre en la dama, que facilmente me reconocí del todo prendado de ella; y ninguna cosa me lo dió á conocer mejor que la inquietud y la impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas chimeras que yo mismo me forjaba en mi imaginacion. Pareciame que Serafina, aun en medio de su dolor, habia conocido bien lo que pasaba en mi corazon, y que no la habia quizá desagradado. Lisongeábame con que si lograse averiguar lo que tanto deseaba, seria mio todo el honor, y de aquí levantaba yo mil castillos en el ayre.

Al llegar aquí cortó Don Alfonso el hilo de su historia, y dixo al hermitaño: perdonadme, padre, si preocupado de mi pasion me detengo en menudencias, que quizá os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta, de nin-

gun modo me cansan. Antes bien deseo saber hasta dónde llega el amor que te inspiró esa dama para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Recalentada la fantasia con tan lisonjeras imaginaciones prosiguió así el caballerito. Busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; desayradas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro. Desconsoladísimo de ver frustrados mis pasos y mis desvelos, me restituí á presencia de Serafina, á quien me pintaba mi fantasia en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo: pero la encontré mas tranquila de lo que yo imaginaba. Díxome que habia sido mas afortunada que yo, pues ya sabia donde se hallaba su hermana, que habia recibido una carta de Don Fernando, en que la decia que despues de haberse casado secretamente con Julia la habia depositado en un Convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el Iris de paz que ponga fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que la dama me informó del paradero de su hermana, volvió la conversacion á la fatiga que me habia ocasionado, y sobre todo (añadió ella misma) á los peligros á que os expuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme que me habiais confiado como andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo qual me pidió mil perdones con

palabras las mas tiernas y expresivas. Conociendo que estaba necesitado de reposo, me conduxo al salon, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrero de los mismos colores que la bata, guarnecido con un ayroso plumage negro: lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia á que atenerme.

Si era vivo mi deseo de saber quien ella era, no era menor viva su curiosidad por saber quien era yo. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando (añadió) á vista de ese noble ayre, y de la generosa piedad con que os interesasteis en todo lo que me tocaba, que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atencion. Avergoncéme algun tanto, y algun tanto me turbé; confesandoos con ingenuidad, que por entónces me pareció menos vergonzoso disimular la verdad que declarar mi nacimiento, y así respondí que era mi padre el Baron de Steinbach, Oficial de Guardias Walonas. Tambien quiero saber (dixó ella) qué lance de honor fue el que os obligó á salir de Madrid; porque desde luego os puedo ofrecer todo el crédito y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano Don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirla por menor todas las circuns-

tan-

tancias de nuestro desafio. Ella misma dió toda la culpa al Caballero que me habia insultado, y me volvió á ofrecer que interesaria toda su casa á mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad me animé á suplicarla que contentase la mia, y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con Don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, la pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos (repuso ella) y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un Caballero de garbo, galan, ayroso, bien hecho, dotado de quantas prendas se pueden desear en un hombre de distincion. Amábame con pasion: y aunque hacia quanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo ganar mi corazon: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito, ni del obsequio mas fino y mas rendido. Pero qué! (exclamó suspirando) sucede muchas veces, que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era posible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y ternisimas demostraciones de su amor, y forzada tal vez á corresponderlas, á mí misma me acusaba en secreto de ingratitud, y lloraba amargamente mi desgraciada suerte.

No

No era menos infeliz la suya que la mía, á motivo de su penetracion. En mis acciones y en mis discursos descubria claramente mis mas ocultos movimientos. Leía quanto pasaba en lo mas profundo de mi alma. Quexábase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder ganar mi corazon, quanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contando yo apenas 16 años, y habiendo sabido por mis criadas (todas parciales suyas) que ningun hombre se había anticipado á llevarme la atencion. Sí, Serafina, (me decia muchas veces) me alegraria mucho de que estuvieses prevenida á favor de otro, y que fuese esta la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entonces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad; pero ya desespero de vencer un corazon, que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi desmedido amor. Cansada de oírle repetir tantas veces la misma queixa, le dixe un dia, que en vez de turbar su quietud y afligir mi excesiva delicadeza, haria mejor en dexarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, me hallaba entonces en una edad poco proporcionada para sentir los vivos movimientos de una pasion tan fogosa, y este era el prudente partido que Don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se había pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor la razon, y fingiendo que le llamaba á la

la Corte no sé que negocio de importancia, partió á los Países Baxos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, con el fin de la vida el de sus inquietudes y tormentos.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos la dama y yo fue sobre el singular caracter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el qual puso en manos de Serafina una carta del Conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que conforme la iba leyendo se iba inmutando su semblante, poniéndose pálido, y declarándose despues toda trémula. Luego que la acabó de leer levantó los ojos al Cielo, arrancó un profundo suspiro, y comenzó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No era posible que yo viese su dolor con sosiego. Turbéme, y como si hubiera ya sentido el terrible golpe que iba á llevar, se apoderó de mí un mortal terror, que heló todos mis espíritus. Señora, la pregunté con voz desmayada, ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia ese billete? Tomadle, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oír estas palabras, tomé la carta temblando, y ví que decia lo siguiente.
Tu hermano Don Gaspar tuvo ayer un desafio
en

en el Prado. Recibió en él una estocada, de la qual murió hoy, declarando al morir, que el Caballero que le mató fue el hijo del Baron de Steinbach, Oficial de Walones. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse donde se haya escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para descubrirle. Hoy se despachan requisitorias á las Justicias, que no dexarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion, y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = El Conde de Polan.

Figuraos el alboroto y desorden que la lectura de esta carta ocasionaria en mis potencias y sentidos. Quedé inmóvil por algunos instantes, sin espíritu y sin fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo mas funesto y mas cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una generosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándola mi espada desnuda, Señora (la dixe) excusad al Conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano. Sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada víctima. Muera á vuestros pies su miserable homicida. ¿Qué dudais? Descargad el golpe. Sea funesto á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor,

ñor, respondió Serafina, conmovida algun tanto de mi accion, yo amaba á Don Gaspar, y aunque vos le matasteis como Caballero, y aunque él mismo fue en busca de su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo menos de interesarme por él. Sí, Don Alfonso, ya soy enemiga vuestra: haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden desear de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza. Si el honor me arma contra vos, él mismo me prohíbe vengarme con ruindad ó indecencia. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder al generoso servicio que me habeis hecho con un vil asesinato. Huid, escapad, y burlad, si pudiéreis, nuestras mas vivas pesquisas, poneos á cubierto contra el rigor de las leyes, y libraos del inminente peligro que os amenaza.

¿Pues qué, Señora, repliqué yo: está en vuestra mano la venganza, y la remitís al rigor de las leyes, que pueden quedar desayradas? ¡Ah, Señora! atravesad vos misma con esa espada el corazon de un miserable, que ciertamente no merece que le perdoneis. No, Señora, no malogreis un proceder tan noble y tan generoso, gastándole con un hombre como yo. Sabed, que aunque todo Madrid me tiene por hijo del Baron de Steinbach, soy un pobre expósito, criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo mi sér. No

importa eso, interrumpió Serafina, no sin enfado y precipitacion, como si la hubieran dado poco gusto mis últimas palabras: aunque fuérais vos el mas vil de los mortales, haría siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, Señora, repliqué yo: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi infeliz sangre, voy á cometer un nuevo delito haciendoo una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonareis: sabed, Señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra belleza quedé encantado; y á pesar de la obscuridad de mi nacimiento no perdía la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir era tan vano, que me lisonjeaba de que quizá algun dia descubriría el Cielo mi origen, y que éste sería tal, que sin vergüenza podría manifestaros mi nombre. Despues de una confesion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en qualquiera otro tiempo y circunstancias sin duda me ofendería mucho, pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite prestar atencion á discursos de esta especie. Otra vez vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí. Alejaos de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis, aumentais mis penas y mis tormentos.

tos. Ya no resisto, Señora; voy á alejarme de vos. Mas no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar algun asilo para defenderla. No, no: yo mismo quiero voluntariamente inmolar me á vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia el destino que vos me preparais: haréme enconradizo con los mismos que me buscan, y anticiparé de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí derecho á Toledo, donde me detuve de estudio ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé como no me prendieron; porque no puedo creer que el Conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel Pueblo, donde se me hacia insufrible mi propia libertad, y sin fixarme ni aun proponerme destino alguno determinado, llegué á esta hermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, Padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; ruégoos que me ayudeis con vuestros sanos consejos.

CAPITULO XI.

Quién era el viejo hermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba en pais de amigos.

Luego que Don Alfonso concluyó la triste relacion de sus infortunios, le dixo el hermitaño: hijo mío, mucha imprudencia fue el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor por Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí. Es menester absolutamente olvidar á la tal dama, la qual ciertamente no se destina para vos. Ceded voluntariamente á los grandes impedimentos que os desvian de ella, y abandonaos á vuestra estrella, la qual, segun todas las apariencias, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontrareis con alguna bella joven, que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle otras muchas cosas mas para exôrtarle á la paciencia, quando vimos entrar en la hermita otro hermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia hecho una quèsta muy copiosa. Parecia
mas

mas mozo que su compañero, de barba roxa, espesa, y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dixo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la Ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirroxo: ese papel os las referirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la conversación al joven caballero. Aquí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. Escribenme de Cuenca, distante una legua de aquí, que me han puesto muy mal en el concepto de la justicia, cuyos Ministros deben venir mañana á prenderme en esta hermita. Pero no encontrarán la liebre en el nido. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido salir de él con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal qual me veis, nada menos soy que hermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se despojó del saco grosero y talar, que le llegaba hasta los pies; dexóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitose el capuz, desprendió de él un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y presentó á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte
y

y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: desnudóse del hábito y de la barba heremítica, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿Pero quién podrá concebir lo admirado y aturdido que quedé quando en el viejo hermitaño reconocí al Señor Don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive Dios! exclamé al punto, sin poderme contener, que yo estoy en país y tierra amiga. Así es, Señor Gil Blas, dixo riendo Don Rafael. Sin saber cómo ni quando te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelitos á la mar; olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos. Solamente queremos vivir á costa ajena. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida, como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella el enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan aventuras molestas y poco gratas; pero se van las duras con las maduras, y suelen ser mas las buenas que las malas. Fuera de que acostumbrados á la variedad, es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Se-

Señor Caballero, prosiguió el falso hermitaño volviéndose á Don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos. Parece que no la debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Además de la precision de andar siempre fugitivo y retirado, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. No ciertamente, dixo Don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi afliccion. Ea pues, repuso Don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los quatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos hacer inútiles todas las diligencias y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y tenemos conocidos todos sus rincones. Sabemos todos los bosques, matorrales, sierras, quebradas, cuevas y escondrijos, asilos segurísimos contra la Justicia. Agradeciéoles Don Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, resolvió ir en su compañía. Yo tambien me determiné á lo mismo, por no dexar aquel joven, á quien habia cobrado ya una grande inclinacion.

Convenimos, pues, todos quatro en andar juntos y en no separarnos. Consultóse entónces, si partiríamos en aquel mismo punto, ó si nos detendríamos primero á dar un tiento á una bota llena de excelente vino que el dia anterior habia traído de Cuenca el hermano Antonio; pero Don Rafael, como mas experimentado, fue de parecer que ante todas cosas se debia pen-

sar

sar en nuestra seguridad; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para ganar un bosque muy espeso que habia entre Villardesa y Almodovar, donde haríamos alto, y libres de toda inquietud reposaríamos el día siguiente. Abrazose este parecer, y los dos hermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos grandes pares de alforjas, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, las echaron á las ancas del caballo de Don Alfonso. Todo esto se executó con la mayor prontitud y diligencia, y al instante nos pusimos en camino, alexándonos de la hermita, y dexando por herencia á la Justicia los dos sacos de hermitaños, las dos barbas blanca y roxa, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la imagen de San Pacomio encantada de los ratones, por comer el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Caminamos toda la noche, y quando estábamos ya muy fatigados, al despuntar el día descubrimos el bosque á donde se dirigian nuestros pasos. La vista del puerto alegre, y da vigor á los moribundos cansados de una larga navegacion. Zambullímonos todos en el bosque, haciendo alto en un delicioso sitio, y dexándonos caer sobre la verde yerba de un espacioso prado, circundado de corpulentas encinas, cuyas frondosas copas, entretexiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol, y formaban una fresquísima sombra, que en las horas mas abrasadas del día se burlaba de su ex-

cesivo calor. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos trozos de diferentes carnes asadas y cocidas, y como unos dogos nos abalanzamos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en el valor del comer. Con todo eso obligábamos el hambre á que se esperase un poco, por las frecuentes visitas que hacíamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el ayre pasando de unas manos á otras.

Al fin del almuerzo, que fue tambien comida y cena del día antecedente, dixo Don Rafael á Don Alfonso: caballero, ya que Vmd. nos ha hecho el favor de contarnos la historia de su vida, razon será que yo corresponda á tan estimable confianza, haciéndole relacion succincta de la mia. Gran gusto me dareis, respondió cortesmente Don Alfonso. Y á mí grandísimo (interrumpí yo); porque rabio por saber todas vuestras aventuras, que no dudo habrán sido muy dignas de vos. Y como que lo son (replicó Don Rafael): fuéronlo tanto que pienso algun día escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y diversion. En esta obra hago ánimo de divertir mi vejez; porque ahora todavia soy mozo, y quiero añadir materiales para engrosar el volumen: pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas, y mientras dormimos los tres, Ambrosio

velará y hará centinela para precaver toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estaremos á la escucha, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerva; Don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso, en vez de dormir no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á Don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oírle, dixo á Lamela: Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oírlos contar. Así pues, comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Historia de Don Rafael.

Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En quanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre quando yo nací, pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi sér. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas entregadas á un señor, le tienen ya prevenido un substituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de quanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin mis-

v 2

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

velará y hará centinela para precaver toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estaremos á la escucha, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerva; Don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso, en vez de dormir no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á Don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oírle, dixo á Lamela: Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oírlos contar. Así pues, comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Historia de Don Rafael.

Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En quanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre quando yo nací, pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi sér. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas entregadas á un señor, le tienen ya prevenido un substituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de quanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin mis-

v 2

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

misterio alguno me cogia por la mano, y me llevaba al teatro muy honradamente, no dándosela un pito de lo mucho que se hablaba á cuenta suya, ni de las malignas risitas que excitaba solo el verme. En fin yo era todas sus delicias y la diversion de todos quantos venian á nuestra casa, los quales no se cansaban de hacerme mil cariños y finezas. No parecia sino que hablaba en todos ellos la sangre.

Dexáronme pasar los doce primeros años de mi vida en toda especie de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos los principios de nuestra Religion. Solamente aprendí á cantar, baylar y tocar un poco la guitarra. Esto es lo único que sabía quando un cierto Marques de Leganés me pidió para acompañar á un hijo único suyo, poco mas ó menos de mi edad. Convino en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fue quando comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal Marquesito no estaba mas adelantado que yo, y por otra parte no parecia haber nacido para las ciencias. Apenas conocía una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones: de modo que á todos apuraba la paciencia. Es verdad que ninguno tenia licencia para castigarle; antes bien á todos les estaba mandado expresamente instruirle sin mortificarle: orden que añadida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia del todo inútiles las lecciones que se le daban. Pe-

Pero al maestro de leer se le ofreció un bello medio para intimidar al discípulo sin contravenir á la orden del Marques su padre. Este medio fue azotarme á mí siempre que lo mereciese aquel. No me gustó mucho el tal arbitrio, y fui luego á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta. Pero ella en medio de lo mucho que me amaba, tuvo valor para no hacer caso de mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un Marques, me hizo volver á ella inmediatamente: y éteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion no habia dexado de producir algun buen efecto en el Marquesito, prosiguió aumentando la dosis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me maltrataba con el mayor rigor y la mayor frecuencia; pudiendo decir con toda verdad, que si *la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendia el hijo del Marques que no me costase á mí muchas gotas de sangre. Echen Vnds. la cuenta de quán caro me saldrian sus rudimentos.

Ni eran solamente los azotes lo que tenia que sufrir en aquella casa. Como todos me conocian, toda la familia, y hasta los mismos mozos de mulas, me daban en cara á cada paso con mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia me escapé, despues de haber tenido maña para robar al preceptor to-

todo el dinero que tenía; el qual podia ser como unos ciento y cinquenta ducados. Tal fue toda la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y con tanta sutileza, que aunque fue mi primer ensayo, dexé burladas todas las estupendas pesquisas que se hicieron dos dias para averiguar quien habia sido el raterillo. Salí de Madrid, y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en seguimiento mio.

Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, independiente de todos, y dueño de sí mismo! Entablé presto conocimiento con dos mozuelos que me aliviaron el peso, y me ayudaron á comer mis cien ducados. Asociéme tambien con ciertos caballeros de la industria, los quales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo me ví uno de los mas ricos caballeros de su orden.

Al cabo de cinco años me vino gana de viajar y de ver tierras. Dexé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis carabanas por Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero ántes de entrar en el pueblo hallé una bellissima ocasion de exercitar mis talentos, y no la dexé escapar. Como caminaba á pié, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba de tiempo en tiempo á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos muchachos,

ambos hijos de gente de forma, los quales estaban enredando al fresco sobre un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablamos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ambos eran muy inocentes. Señor caminante, me dixo el mas niño, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos vino mucha gana de ver el Reyno de Portugal, y para contentarla cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pié, para que nos dure mas el dinero, y podamos ver mas Provincias con él. ¿Qué le parece á Vmd.? Si yo tuviera tanta plata (les respondí) Dios sabe á donde iria á dar conmigo. Correria con él todas las quatro partes del mundo. ¡Cuerpo de Christo! ¡doscientos doblones! Es una suma que nunca se acabará. Si lo teneis á bien, hijos míos (añadí) yo os acompañaré hasta la villa de Almería á donde voy á recoger la herencia de un tio mio que murió despues de haber residido allí por espacio de veinte años. Respondiéronme los muchachos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos hácia Alcántara, donde entramos mucho antes de anocheecer.

Alojámonos todos en un meson: pedímos un quarto, y nos señalaron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Dímos orden que se dispusiese la cena, y mientras propu-

puse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar un paseo por el pueblo. Gustóles mucho la proposicion; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos muchachos se metió la llave en la faltriquera. Salimos del meson, fuimos á visitar algunas Iglesias, y quando estábamos en la principal, fingiendo de repente que me habia ocurrido un negocio de importancia, queridos (dixe á mis camaradas) ahora me acuerdo que un amigo de Toledo me encargó dixese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta Iglesia: esperadme aquí, que voy, y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voyme derecho al armario, fuerzo la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéelos todos, sin dexarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente de la villa, y tomé el camino de Mérida, sin embarazarme en lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Púsome esta aventura en estado de poder caminar con mas conveniencia. Aunque tenia pocos años me reconocia capaz de gobernarme con juicio, y puedo decir que estaba bastante adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y comencé á figurarme persona de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino un hombre que

iba

iba cantando vísperas á gaznate tendido. Desde luego conocí que era algun sochantre; ánimo, le dixé, señor Bachiller, y vaya Vmd. adelante que lo canta maravillosamente. Caballero, me respondió, soy cantor de una Iglesia, y quiero exercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y muy agudo. Tendria como de veinte y quatro á veinte y cinco años, y como él caminaba á pie, y yo á caballo, de propósito dexaba andar á la mula paso á paso por el gusto de oirle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida esa ciudad, me dixo el cantor: viví en ella muchos años, y tengo algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia Vmd? le interrumpí yo. En la Rua nueva, respondió él. Allí estaba en compañía de Don Vicente de Buena-garra, y Don Matias del Cordel, y de otros dos ó tres honrados caballeros. Vivíamos y comíamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendíme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de industria* que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo orden. Señor cantor (exclamé entonces) esos ilustrísimos señores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma Rua nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose: eso es decir que entrasteis en la orden tres años despues que yo salí de Toledo. Dexé la compañía de aquellos caballeros, proseguí yo, porque me

vino la gana de viajar, y de ver mundo. Pienso dar la vuelta á toda España, y sin duda valdré mas quando tenga mas experiencia. ¡Acerutado pensamiento! dixo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos, no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon abandoné yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer un caballero de mi orden quando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del próximo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díxome esto con tanta franqueza, y con tanta gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto ganó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente nuestro pecho: me contó toda su historia, y yo le dixe todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoalegre, de donde le habia hecho salir cierta maniobra desconcertada por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente baxo el traje de sopista, en que le veía. Luego que me informó de todos sus negocios determinamos dirigirnos á Mérida á tentar fortuna, y ver si podíamos dar un buen golpe de mano, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (así se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consis-

tia

tia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos en mi mula alternativamente, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson de los arrabales, y Morales sacó luego de su mochila otro vestido, con el qual fuimos los dos á dar una vuelta á la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos ofrecia alguna buena ocasion de ocuparnos, y la íbamos buscando con la mayor atencion. Parecíamos los dos (diria Homero) á dos milanos, que desde lo mas alto de las nuves tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si descubren algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos presentase alguna ocasion de exercitar nuestra industria, quando vimos en la calle un caballero de pelo tendido, y todo cano, que con la espada en la mano se defendia contra tres, que le iban arrinconando. Chocóme en fin infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente esgrimidor, corrí con mi espada á ponerme al lado del caballero. Imitó mi exemplo Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres cobardes, que tan villanamente le habian acometido.

Rindiónos el viejo un millon de gracias. Respondímosle cortesantemente que habíamos celebra-

brado infinito la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Mojadas, soy vecino de esta villa, y vivo en ella con algunas conveniencias. Uno de los tres asesinos, de que ustedes me han librado, me pidió á mi hija por medio de otro sugeto, y porque no pudo obtener mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber (le repliqué yo) por qué razon negó Vmd. su hija al tal caballero? Voísela á decir á Vmd., me respondió. Tenia un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustín, el qual estuvo dos meses en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Son los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union y los intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando del amor que nos tenemos los dos, que yo ratificaria su promesa. Así lo hice, porque apenas volvió Agustín á Mérida, y me propuso esta boda, quando consentí en ella, por darle gusto, y por no desayrar su palabra. Envio el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios tres

tres semanas há. Poco antes de morir me encargó mucho que no diese mi hija á otro que al hijo de su corresponsal. Ofrecíselo, y este es el motivo por qué se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por momentos estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para hacerle yerno mio, aunque jamás le he visto á él, como ni tan poco á su padre. Perdónenme Vmds. si les he cansado con relacion tan prolixa, lo que no hubiera hecho á no habérmelo pedido Vmds. mismos.

Escuchéle con la mayor atencion, y suspendiéndome un poco el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome como transportado hácia el buen viejo, le dixe en tono patético, ¿es posible, señor Gerónimo Mojadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el tal viejo una grande admiracion. No fue menor la que produxeron en Morales, el qual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un grandísimo bribon. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdido viejo. Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí, señor, le respondí; y para mayor abundamiento le eché con decoro los brazos al cuello; y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: sí, señor, yo soy

soy aquel hombre afortunado para quien está destinada la señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina. Pero ántes de manifestaros el gozo que me causa el honor de entrar en vuestra honradísima familia, dadme licencia para desahogar un poco el dolor que me excita la dulce memoria del señor Agustín, vuestro dignísimo hermano: sería yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Al decir estas palabras volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo blanco, y le puse por los ojos como para enjugarme las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarle por su parte. Hízose criado mio, y comenzó á empujarme el sentimiento que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustín, diciendo en tono ponderativo y lastimero; ¡Ah, señor Gerónimo! ¡y qué pérdida ha hecho Vmd. perdiendo á su querido hermano! Era un hombre muy de bien, el fenix de los comerciantes; un mercader desinteresado, un mercader de buena fé, un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo. Lejos de hacersele sospechoso nuestro enredo, él mismo nos ayudaba á llevarle adelante. Y bien, me preguntó, ¿y por qué no veniste derechamente á apear te á mi casa? ¿A qué fin irte á apear en un meson? Entre nosotros ya

ya están demás los cumplimientos. Señor, respondió Morales, tomando la palabra, mi amo es algo ceremonioso. No digo esto porque no sea en cierta manera excusable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente trage en que nos veis. Robáronnos en el camino, y los ladrones se llevaron nuestros mejores vestidos. Dice la verdad este mozo, añadió yo. Ese es el motivo por qué no me fuí en derechura á vuestra casa. Avergonzábame de comparecer en tan miserable equipage ante una señorita que jamás habia visto, y para hacerlo con la decencia que era razon estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aquí mismo quiero que vayas á tomar posesion de ella.

Diciendo esto, él mismo me tomó por la mano para guiarme. En el camino fuimos hablando del robo, y dixe que todo ello me importaba un bledo, que solo habia sentido me llevasen el retrato de mi adorada señora Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aquí teneis, me dixo, aquella persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡Ah señor! exclamé yo entónces en ayre de apa-

apasionado; no era menester decirme que era la amable señora Florentina. Sus bellísimas facciones están ya gravadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazón. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo presente el original. Señor, me dixo Florentina, son muy excesivas vuestras expresiones, y no soy tan vana que me lisonjee merecerlas. No hagais caso de lo que dice mi hija (me interrumpió su padre) y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dexó solo con su hija, y él tomando de la mano á Morales se fue á otro quarto con él, y le dixo: con que al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se hayan llevado todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan? Sí señor, respondió mi camarada: echóse sobre nosotros una quadrilla de bandoleros, y no nos dexó mas que el vestido que traemos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio, y con ellas nos equiparémos con la decencia que es razon.

Pero mientras vienen esas cambiales, replicó el bonísimo viejo, sacando un bolsillo, y alargándoselo, hay van esos cien doblones, de que podreis disponer. Jesus, señor, replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que mi amo me re-

reñirá, y quizá me despedirá de su servicio. ¡Santo Dios! todavía no le conoce Vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fue de aquellos niños que están prontos á pedir y tomar á todas manos. Antes pedirá limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor, dixo el buen hombre; ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar en paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas. Eso se dexa para los caballeros, los quales están ya en antigua posesion de contraerlas. Así que yo no quiero desazonar á tu amo, y si se ha de disgustar quando le ofrecen dinero, no se hable ya mas en el asunto. Diciendo esto hizo ademán de volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dixo: tenga Vmd., señor, que ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Es verdad que mi amo tiene una grandísima aversion á tomar dinero ageno; pero no desconfio hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los estraños, y otra es recibirle quando espontaneamente se le ofrece uno de la familia; y sabia muy bien pedir dinero á su padre quando le habia menester. Es un mozo que como Vmd. vé, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras razones semejantes se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo escopeteándonos á cumplimientos. In-

terrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él, y de lo muy obligado que me estaba, sobre lo qual se desahogo en expresiones, que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion, y le dixe que la mayor prueba que me podia dar de haberle sido grato aquel mi pequeño servicio, era el acelerar quanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeño su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y que ademas de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote, añadiría otros quatro mil para darme esta nueva prueba de lo obligado que estaba á la caballerosa accion con que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo tratados con agasajo y con esplendidez en casa del buen Gerónimo de Mojadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, bien resueltos á retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Pero turbaba algun tanto esta alegría el molesto recelo de que dentro de aquellos tres dias podia presentarse el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una cierta figura de paysano, cargado con una

ma-

maleta. No me hallaba yo en casa á la sazón, pero estaba en ella Morales. Señor, dixo el paysano al buen viejo, yo soy criado de aquel Caballero de Calatrava, que ha de ser vuestro yerno, quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos de llegar en este punto, y él estará aquí dentro de un momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apenas acabó de decir esto, quando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Era este señor novio un mozo ayroso, y de la mas bella disposicion. Enderezóse luego al padre de Florentina, el qual no le dexó acabar su salutacion, antes volviéndose á mi compañero, le dixo: y bien, ¿qué quiere decir este embrollo? Morales, hombre sereno, y descaramiento, le respondió prontamente: señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino. Conózcolos á entrambos bien, pero muy particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales, y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones, les dixo: señores, Vmds. llegan ya tarde, porque otro los ha prevenido. El señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire Vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que tiene en casa un embustero, un impostor. Mi padre, el señor Juan Velez de la Membrilla, no tiene mas hijo

que

Y 2

que yo. A otro perro con ese hueso, respondió el viejo. Yo sé muy bien quien eres tú. ¿No conoces á este mozo (señalando á Morales) á cuyo amo robaste en el camino? ¡Cómo robar! (repuso con enojo el novio.) A no estar en vuestra casa, yo castigaria la insolencia de este desvergonzado que ha tenido atrevimiento para tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto contiene mi justa cólera: mire Vmd. que le engañan. Yo soy el mozo á quien el señor Agustin, su hermano, prometió la hija de Vmd. ¿Quiere que le muestre todas las cartas que se escribieron quando se trataba este matrimonio? Creerá Vmd. al retrato de su hija, que me envió el señor Agustin poco antes de su muerte?

No (replicó el viejo): ni el retrato, ni las cartas probarán nada para mí. Estoy muy informado del modo con que cayeron en vuestras manos; y el consejo mas caritativo que os puedo dar es, que quanto antes os retireis de Mérida para libraros del castigo que merecen vuestros semejantes. Esto ya es demasiado (interrumpió el ultrajado mozo). Nunca sufriré que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que á un hombre como yo hagan pasar por un salteador de caminos. Conozco á varias personas de esta ciudad, y ellas me conocen á mí. Voy á buscarlas, y volveré con ellas á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Diciendo esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante.

Es-

Esta aventura espoleó á Gerónimo de Mojadas para resolver que si fuese dable se efectuase la boda en aquel mismo día, á cuyo fin salió á dar sus disposiciones.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, no por eso vivia sin inquietud. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, y bien, no dexaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y profundamente enagenado. ¿Qué tienes, amigo? le pregunté: pareceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia razon para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera llenado de gloria, como saliera bien; pero segun todas las apariencias acabará muy mal, y soy de parecer que antes que se acabe el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, repliqué yo á este discurso, Vmd. es un hombre muy dócil, y cede fácilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á Don Matias del Cordel, y á los demas Caballeros de la orden, con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la

es-

escuela de tan insignes maestros, no debe asustarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las pisadas de estos heroes, y acreditarme digno discípulo de su escuela, yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo, que tanto te espanta, y pretendo burlarme de él. Si lo consigues, repuso mi camarada desde luego te declararé superior á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apenas habia acabado de hablar Morales, quando entró Gerónimo de Mojadas. Esta noche (me dixo) serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del correspondiente de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto: y no fue poca su sorpresa quando me oyó decir con el semblante mas triste, y el ayre de la mayor sinceridad que me fue posible afectar: señor, de mí dependería manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¿Qué es lo que oygo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues qué, no sois vos el mozo á quien mi hermano..... Soseguese Vmd. Señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé á descubrirme, sírvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho días há que amo ciegamente á vuestro

tra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedíros la por esposa; pero me cerrásteis la boca quando os oí que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dixisteis que al morir vuestro hermano os habia conjurado que la casaseis con Pedro de la Membrilla, que así se lo ofrecisteis, y que erais esclavo de vuestra palabra. Sacóme fuera de mí este discurso, y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió el stratagemma de que me he valido. Es cierto que mil veces secretamente me he avergonzado yo mismo de esta cautela; pero me persuadí que vos mismo me la perdonaríais, quando llegaseis á saber que soy un Príncipe Italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es Soberano de ciertos valles, que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Imaginábame sorprenderos agradablemente quando os revelase mi nacimiento: y desde ahora me complacia en el gozo de Florentina, quando despues de haberla dado mi mano, supiese la fina y delicada burla que la habia hecho. No quiere Dios, proseguí, mudando de tono, que yo tenga este gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituírle su nombre, cuéstemelo lo que me costare. En virtud de vuestra promesa os creéis obligado á escogerle por yerno. Lo siento sin poder quejarme: pues debéis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase, ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro her-

hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, y que parecia mas justo cumplir la palabra que me habeis dado, que hacer punto de cumplir otra, la qual á la verdad os liga muy levemente.

¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de titubear entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustín, él mismo desaprobaba que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademá de eso es un gran Señor, un Príncipe que quiere honrar nuestra familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria menester fuese yo enemigo de mí mismo, ó que hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta execucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que Vmd. partiese de carrera y con precipitacion: atiende solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre.... V. A. se burla de mí, interrumpió Mojadas. ¿Me tiene por tan mentecato, que habia de dudar un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No, Príncipe, yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darla esta noticia, y á informarla de su glorioso destino.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su

su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran Príncipe: Morales, que habia oido toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo: Señor Príncipe Italiano, hijo del Soberano de los Valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permítame V. S. que me arroje á sus pies para darle testimonio de mi alegría, y de mi pasmosa admiracion. A fé de grandísimo bribon, que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo, pero hablando francamente, arrió vándera á vista de tu pavellon, sin embargo de que tienes menos experiencia que yo. Según eso, le respondí, ¿ya no tienes inquietud? Seguramente no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: ahora que venga su merced quando quisiere. Y étenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estrivos que unos Gerineldos. Comenzamos á discurrir sobre el partido que habiamos de tomar luego que recibiésemos la dote, con la qual contábamos con tanta seguridad como si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavia no la habiamos agarrado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes, y por su tez amulatada, como por su honrado empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Mojadas, le dixo el tal mozo, aquí

os presento á estos tres hombres de bien, que me conocen, y pueden decir quien soy. Si por cierto, dixo el alguacil, y quiero declararlo. Certifico á todos aquellos que convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Qualquiera que tenga atrevimiento para decir lo contrario es un embustero, y un solemnísimo impostor. Señor alguacil, dixo entónces el buen Mojadas, yo le creo á Vmd. A mí me basta su testimonio y el de los dos señores mercaderes que vienen en su compañía. Estoy plenamente convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa á mí? Sin embargo de todo eso, ya he mudado de resolucion, y no quiero darle á mi hija.

Oh! eso es otra cosa, dixo el alguacil. Yo solo vine á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al señor Mojadas; pero desearia saber por qué motivo ha mudado de resolucion. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; antes bien os confesaré que me cuesta dolor verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones.

Vos

Vos mismo sois tan racional y generoso que me persuado no llevareis á mal que yo hubiese preferido á vos un pretendiente á quien soy deudor de la vida. Este es el caballero que veis aquí: este señor (prosiguió tomándome por la mano) es el que me libró de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, y mayor satisfaccion vuestra, debo añadir que es un Príncipe Italiano.

Al oír esto Pedro quedó muy confuso. Los dos mercaderes, mirándose unos á otros, con los ojos abiertos y espantados. Pero el alguacil, como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte, sospechó que tras aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podía valer algunos quartos. Comenzó á mirarme con la mayor atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por mala fortuna de mi Alteza, conoció á Morales, y se acordó de haberle visto en la carcel de Ciudad Real. Ah! ah! exclamó, sin poderse contener: hé aquí un hombre honrado, á quien conozco tan bien como al señor Pedro. Desde luego le embargo la persona, y os lo declaro por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus Reynos y Señorios. Poco á poco, señor alguacil, dixo Gerónimo Mojadas, que ese pobre mozo es un criado del Señor Príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo

creer.

creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No tengo ya la menor duda de que estos dos señores son dos insignes picaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en esta casta de páxaros; y para haceros ver que son dos gentilísimas ganzuas, en este mismo punto voy á llevarlos á la carcel. Quiero que se aboquen con el Señor Corregidor, para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su Señoría que todavia se usan por acá pencas y rebenques. Alto ahí, señor oficial, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Dígame Vmd. ¿no podrá ser el criado un bribon sin que el amo lo sea? Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los Príncipes? Vmd. nos burla con sus Príncipes, repuso el alguacil. Este mozo sobre mi palabra es un tunante, y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos por el Rey*. Si se resisten, ó no quieren ir á la carcel por su pié, dexé á la puerta veinte ministriles que le llevarán arrastrando. Alons, Príncipe, me dixo, vamos caminando.

Confieso que me turbé al oir estas palabras; lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Mojadas, ó por mejor decir, nos arruinó enteramente en su concepto, y llegó á creer que habíamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que todo hombre de bien debía hacer en semejante ocasion. Señor oficial, dixo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden

den ser falsas. Pero sean lo que fueren, no apurémonos mas la materia. Permitid que estos caballeros se retiren á donde mejor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para desempeñar en parte la obligacion que les tengo. La mia, interrumpió el alguacil, era llevarlos desde este punto á la carcel, sin atender á vuestra intercesion; sin embargo por respeto á ella quiero dispensarme ahora en el cumplimiento de mi deber; pero con la indispensable condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, vive Dios que verán lo que les pasa.

Quando Morales y yo oimos que estábamos libres, volvimos á respirar. Amagamos á querer hablar con resolucion, y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil nos miró al soslayo, y solo con esto nos impuso silencio: tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vímonos, pues, precisados á cederle dote y Florentina á Pedro de la Membrilla, que verosimilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Mojadas.



CAPITULO II.

Prosigue la historia de D. Rafael.

Salí de Mérida con mi camarada, y tomamos el camino de Truxillo, con el consuelo de haber ganado cien doblones en esta aventura. Transitamos por una Aldea resueltos á ir á hacer noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. El mesonero y la mesonera estaban á la puerta sentados en dos bancos de piedra. El mesonero, hombre alto, seco, y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oírle con gusto. Quando vió que no nos apeábamos en su casa, señores, nos gritó, aconsejo á Vmds. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche, hay tres leguas mortales al primer lugar, y no lo pasarán tambien como aquí. Creanme, echen pie á tierra, que serán bien tratados y les costará poco dinero. Dexámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos, comenzamos á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era oficial de la Santa Hermandad, y la mesonera tenia traza de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agugetas.

In-

Interrumpióse nuestra conversacion con el arribo de doce ó quince hombres, montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos como hasta de unos treinta machos de carga. ¡O cuántos huespedes! exclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la Aldea llena de hombres y de bestias. Habia por fortuna una granja cerca del meson: en ella se acomodaron los machos y las cargas, y las mulas y los caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos dónde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Ordenaron que se les dispusiese una abundante cena. Ocupáronse en disponerla el mesonero, la mesonera y una criada. Declararon la guerra á las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los animales. Con esto, con diferentes ensaladas y con variedad de frutas, hubo para todo el equipage, y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero y mesonera con toda su familia.

Morales y yo mirabamos de quando en quando á aquellos caballeros, los quales tambien nos miraban á nosotros. En fin, travamos conversacion, y les diximos que si lo tenian á bien cenariamos todos juntos. Respondiéronnos cortesanamente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas, y aunque éstos le trataban

ban con bastante familiaridad, sin embargo se conocía que le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que en la ocasion contradecía á los otros sin ceremonia, y que ninguno se atrevia á contradecirle á él, antes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé con que casualidad cayó la conversacion sobre Sevilla, y como Morales comenzase á elogiarla mucho, el hombre de quien voy hablando le dixo: caballero, Vmd. hace mucho favor á la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales muy alegre, y no es posible que yo dexé de conocer á los parientes de Vmd. Sírvase decirme quien fue su señor padre. Un honrado Notario, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡A fé que es singular la aventura! exclamó todo transportado mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanico menor Luis, á quien yo dexé en la cuna quando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada. Al decir esto se levantaron los dos de la mesa y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estabamos presentes; señores, dixo: verdaderamente que es muy extraño, y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que quando yo menos lo pen-

pensaba me haya encontrado con mi hermano, á quien há mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entonces todos los caballeros que por respeto estaban en pie, saludaron al hermano menor, y por poco no le sufocaron á abrazos y á cortesías. Sosegado este primer turbion nos volvimos á la mesa, y en ella estuvimos toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y todo el tiempo que duró la cena, estuvieron cuchucando al oído, hablando sin duda sobre las cosas de su familia; mientras los demas comiamos, bebiamos y nos alegrabamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida me llamó á parte, y me dixo: toda esta gente es de la familia del Conde Montañós, á quien el Rey acaba de nombrar por general de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino. Mi hermano es el Mayordomo de su Excelencia, y me propuso si me queria ir en su compañía: yo le respondí que no podía dexar la tuya; á que me replicó que si tú querias venir con nosotros te facilitaria un buen empleo. Caro amigo, no dexemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasamos bien nos estableceremos allí; y si no nos tuviere cuenta nos volveremos á España.

Admití con gusto la proposicion. Incorpora-

ramonos entrambos con la familia del Conde, y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante caminando á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me hize hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la Isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos de acuerdo habiamos ya renunciado para siempre á la vitabona. Es preciso decir la verdad. Uno y otro queriamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin, nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos de llegar presto á Mallorca; pero no bien habiamos salido del Golfo de Alicante, quando nos acogió una furiosa borrasca. Qué buena ocasion era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintando el ayre todo en fuego, fulminando rayos, y haciendo tronar las nubes, silvar los vientos, elevarse las ondas, &c. pero arrimando á un lado todas las flores retóricas os diré sencillamente que fue muy violenta la tempestad, que nos obligó á ancorar en la Cabrera, que es una Isla desierta, defendida con un fortín, cuya guarnicion consistia entonces en cinco ó seis soldados y un oficial, los quales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veiamos precisados á detenernos allí muchos dias para acomodar nuestro velamen procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Es-

tos

tos jugaban á los naypes, aquellos á la pelota, &c. yo me iba á pasear por la Isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubria un palmo de tierra. Un dia, que considerando aquellos lugares áridos y secos, estabamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde la da la gana, sentimos todos de repente un gratísimo olor que nos dexó sorprendidos. Aun lo quedamos mucho mas quando volviéndonos hácia el Oriente, de donde venia aquella fragancia, vímos un campo todo cubierto de madre selva, mas hermosa y odorífera aun que la de Andalucia. Acercámonos gustosos hácia aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el ayre circunvecino, y hallamos que bordaban la entrada de una profunda caverna. Era ésta ancha y un poco sombría: baxamos á la cueva por una escalera ó caracol de piedra, adornada de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Quando llegamos abaxo vimos serpentear sobre un fondo de arena mas roxa que el oro varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos el agua tan clara y tan cristalina que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada que resolvimos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, trayendo con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos

AA 2

con

con gusto en aquel delicioso y como encantado sitio.

Dexámosle con dolor, y quando nos restitimos al fuerte no quisimos negar á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el Comandante del fuerte nos dixo que como amigo nos advertia que por ningún caso volviésemos á la cueva de que habíamos quedado tan enamorados. ¿Y eso por qué? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer? Y mucho me respondió. Los Corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta Isla, y hacen aguada en este parage. Uno de estos días sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial no lo quisimos creer. Parecianos que se zumbaba, y el día siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros del equipage, y de propósito no quisimos llevar armas de fuego para mostrar que no teníamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Baxamos al fondo de la cueva como el día anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos en la boca de la caberna muchos hombres con mostachos, turbantes, y vestidos á la Turca. Al principio creimos que eran algunos del equipage, que juntamente con el Comandante

se

se habian disfrazado para chasquearnos. Preocupados de este pensamiento nos echamos á reir, y dexamos baxar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos. Presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia á echarse sobre nosotros. *Rendios, perros*, nos dixo en lengua castellana, *ó aquí morireis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que venian con él, y á la menor resistencia las hubieran descargado. Preferimos la esclavitud á la muerte. Entregamos nuestras espadas á los Moros. Cargáronnos de cadenas, llevaronnos á su navio, que no estaba muy distante, levantaron anclas, pusiéronse á la vela y zinglaron hácia Argel.

Así pagamos el poco aprecio que hicimos del aviso y consejo del Comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el Corsario fue registrarnos hasta la camisa, y quitarnos todo el dinero que llevabamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Mojadas habia dado á Morales, que por casualidad y por desgracia llevaba yo conmigo, todos mudaron de dueño, pasando á manos del Corsario, que todo me lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal proveidos: en suma, el golpe bastaba para hacer rico á un raterillo. El pirata estaba muy contento; y el grandísimo verdugo, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con in-

sul-

sulsas bufonadas, las cuales no eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Después de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habíamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrisión.

Durante este enfadoso rato, mis camaradas mostraban un exterior que hacía muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacía tanto mas doloroso el cautiverio quanto mas alegre era la idea con que se habían lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Méenos consternado que los otros trabé conversacion con nuestro capitán mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son añadió viendo que tenía junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos: y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habíame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los Turcos que estaban en el navio mostraron con gestos

y ademanes de admiracion el gusto con que me oían, por lo que conocí que en punto de música no le tenían muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oído que sería un esclavo afortunado, y que podía estar seguro de que mis talentos me harían muy llevadera la esclavitud.

CAPITULO III.

Va adelante la misma historia.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaría, y que el pirata me había pronosticado en general y en confuso. Quando nos acercamos al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habían acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltamos en tierra hicieron resonar el ayre con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas, y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado, mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se había esparcido en la ciudad. Había corrido por ella que el renegado Mahometo había muerto combatiendo con un grueso

na-

sulsas bufonadas, las cuales no eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Después de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habíamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrisión.

Durante este enfadoso rato, mis camaradas mostraban un exterior que hacía muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacía tanto mas doloroso el cautiverio quanto mas alegre era la idea con que se habían lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Méenos consternado que los otros trabé conversacion con nuestro capitán mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son añadió viendo que tenía junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos: y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habíame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los Turcos que estaban en el navio mostraron con gestos

y ademanes de admiracion el gusto con que me oían, por lo que conocí que en punto de música no le tenían muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oído que sería un esclavo afortunado, y que podía estar seguro de que mis talentos me harían muy llevadera la esclavitud.

CAPITULO III.

Va adelante la misma historia.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaría, y que el pirata me había pronosticado en general y en confuso. Quando nos acercamos al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habían acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltamos en tierra hicieron resonar el ayre con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas, y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado, mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se había esparcido en la ciudad. Había corrido por ella que el renegado Mahometo había muerto combatiendo con un grueso

na-

navio Ginoves; y todos sus amigos informados de su feliz retorno acudieron al puerto para dar testimonio de su alegría.

Quando hubimos desembarcado fuí conducido con mis compañeros al palacio del Bey Soliman, donde un escribano christiano nos examinó en particular, preguntándonos nuestros nombres, edad, patria, religion y talentos. Entónces Mahometo, tomándome por la mano y mostrándome al Bey, comenzó á ponderarle mi voz y mi habilidad en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para decir que me queria en su servicio, y desde aquel punto me quedé en su Serrallo. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y puestos allí en pública venta, segun costumbre. Cumplióse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navio. Verdaderamente que fuí muy afortunado. No me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas. Mandó Soliman que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes se les empleaba en fatigas muy ligeras. A mí solo se me encomendó que regas en los jardines las flores y los naranjos, empleo que en vez de llegar á ser fatiga podia llamarse diversion.

Era Soliman un hombre de quarenta años, bien hecho, muy atento, y aun galan para Moro. Era su favorita una Georgiana, que por su espíritu y su hermosura se habia hecho dueña

ña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no se pasaba día en que no la regalase con algun festejo ya de música, tanto de voces como de instrumentos, ya tambien de comedias á la Turca, es decir, unos dramas en los quales no se tenia mas respeto al pudor que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á estos espectáculos. Algunas veces hacia que sus damas fuesen las actrices de varias piezas Arabes en presencia del Bey. Tal vez aun ella misma representaba tambien algun papel, y lo hacia con tanta viveza y con tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un día en que asistia yo á estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de dar gusto. Aplaudiéronme mucho todos, y la favorita (á lo que me pareció) me miró con ojos favorables y benignos.

El día siguiente muy de mañana mientras estaba yo regando los naranjos, pasó junto á mí un Eunuco, el qual sin detenerse ni hablar palabra, dexó caer á mis pies un billete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con una especie de turbacion neutral entre el temor y la alegría. Tendíme á la larga en el suelo detras de los naranjos, por no ser visto de las ventanas del Serrallo. Abríle con mano trémula, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos renglones: *Jóven christiano, dá mil gracias*

190 *Las Aventuras de Gil Blas.*

al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer feliz: el amor si correspon-des á una persona que no es fea, y que te es-tima; la fortuna si tienes valor para despreciar todo género de peligros.

No dudé ni un solo momento que el billete fuese de la Sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Además de que nunca fui cobarde, la vanidad de verme favorecido, y aun solicitado por una dama que era el ídolo de un Príncipe, y Príncipe Moro, y la esperanza de que su favor me facilitaría mucho mas dinero del que era menester para mi rescate, me hicieron resolver á entrar en esta nueva aventura á costa de qualquier peligro. Proseguí, pues, en mi trabajo, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el quarto de Farruchnaz, ó por mejor decir en los arbitrios que ella discurría para abrirme este camino; pareciéndome, y no mal, que no se contentaría con lo hecho, y que ella misma se adelantaría á librarme de este cuidado. Con efecto así sucedió, y no me engañó mi pensamiento. Una hora despues volvió á pasar junto á mí el mismo Eunuco que habia pasado antes, y sin pararse me dixo: ¿Christiano, has hecho tus reflexiones? ¿Tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí; y él, prosiguiendo siempre andando, añadió: *el Cielo te guarde: mañana por la mañana me volverás á ver*, y diciendo esto se retiró. Efectivamente al dia siguiente, á cosa de las ocho se dexó ver, y me hi-

Lib. V. Cap. III. 191

hizo señal que me llegase á él. Obedecí, y me conduxo á una sala donde habia una gran pieza de lienzo pintado, que acababa de traer otro Eunuco, para presentarla á la Sultana, y debia servir de decoracion en el teatro para una comedia Arabe, que ella tenia prevenida para diversion del Bey.

Desarrollaron sin perder tiempo los Eunucos la tal pieza, hiciéronme tender á la larga en medio de ella, y la arrollaron de nuevo, volviéndome y revolviéndome dentro de la misma con peligro de sufocarme. Cargaronla sobre sus hombros, uno de una punta y otro de otra, y de esta manera me introduxeron impunemente en el quarto de la bella Georgiana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente entregada á darla gusto. Desarrollaron la tela, y Farruchnaz luego que me vió, prorumpió en ciertos ademanes de alegría, que manifestaba bien el caracter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso, que quando me ví de repente trasportado en el quarto secreto de las mugeres, sentí cierto terror. Conociolo muy bien la favorita, y me dixo: no temas Christiano, porque Soliman acaba de partir para su casa de campo donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertiremos aquí libremente.

Consoláronme estas palabras, y en virtud de ellas me revestí de un espíritu y seguridad que redobló el gusto de mi patrona. Esclavo, me dixo, tu persona me ha agradado, y quie-

ro hacerte mas dulce el rigor de la esclavitud. Téngote por muy digno del concepto que me debes. Aunque te veo en traje de esclavo descubro en todas tus modales un no sé que de noble y de generoso, que me obliga á creer no eres persona baxa ni del comun. Expílicate, háblame con toda confianza, y díme quien eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que sea menos costoso su rescate. Pero conmigo debes dispensarte de esta política, me ofenderia mucho semejante precaucion, puesto que desde luego corre de mi cuenta el ponerte en libertad. Fíate de mí, sé sincero, y confíesame que naciste en mas que vulgares pañales. Con efecto, señora (la respondí) corresponderia villanamente á vuestra generosa bondad si usára con vos de artificio ó disimulo. Vos quereis absolutamente que os descubra quien soy. Voy á obedeceros ciegamente. Soy hijo de un Grande de España (quizá decia en esto la verdad). Por lo ménos la Sultana asi lo creyó, y dándose á sí misma el parabien por haber puesto sus ojos en un hombre de importancia, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos con frecuencia. Tuvimos larga conversacion. En mi vida traté muger de mayor talento, ni de mas atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba mas que medianamente. Quando la pareció que era tiempo de separarnos, me hizo acomodar en un gran ceston de juncos finos, cubierto con un rico repostero de brocado,

do, recamado de oro por su misma mano con flores delicadísimas, y llamando á los mismos Eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al Bey; sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al quarto de las mugeres, que ninguno tiene osadía ni facultad para mirarlo.

Hallamos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable Sultana poco á poco me fue inspirando tanto amor por ella, como ella sentia por mí. Dos meses se conservaron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un Serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos argos. Pero un contratiempo desconcertó nuestros pequeños negocios, y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que fuí introducido en el quarto de la Sultana dentro de cierto dragon artificial que se habia fabricado para no sé qué espectáculo, quando estaba yo hablando con ella muy descuidado, persuadido á que Soliman se hallaba en el campo, entró éste en el quarto de la favorita tan repentinamente, que la vieja esclava no tuvo tiempo para avisarnos. Yo tuve mucho menos lugar para ocultarme, y asi fue mi persona el primer objeto que se ofreció á los ojos del Bey.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la cólera á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, centelleando llamas de indignacion y furor. Con-

si-

sideréme entonces como un hombre que estaba ya tocando el último instante de su vida, y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdon de él, dixo á Soliman: Señor, suplicoos que no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, por consiguiente digna de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi quarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera perdidamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido infiel. Quise hablar con este esclavo Christiano para ver si podia lograr persuadirle á que se desprendiese de su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba, mas al fin conseguí desvanecer sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que abrazará el Mahometismo.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida, y la de una dama á quien amaba, quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra, y persuadido

el

el Bey por mi silencio á que era verdad quanto habia dicho la Sultana, se dexó desarmar. Dama, dixo, quiero creer que no me has ofendido, y que el zelo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te empeñó en dar un paso tan delicado. Excusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un Morábito. Vistiéronme á la Turca, y yo les dexé hacer quanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias.

Concluida la ceremonia, salí del Serrallo con el nombre de Sidi Ali á tomar posesion de un empleo de poca monta á que el Bey me destinó. No volví á ver á la Sultana, pero uno de sus Eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una cantidad de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos*, juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho Mahometano por salvarla la vida. Con efecto ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farruchnaz, conseguí por su mediacion otro empleo mas considerable que el primero; de manera que en menos de siete años me hallé el renegado mas rico que habia en todo Argel.

Ya habrán conocido Vmds. que si yo concurría á las oraciones que hacían los Musulmanes en sus Mezquitas, y practicaba las otras ce-

re-

remónias de su Religion, era todo una pura ficción, y mera exterioridad. Por lo demás estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para cuyo fin pensaba retirarme algun día á España ó á Italia con las grandes riquezas que habia amontonado. Mientras tanto vivia alegremente. Estaba alojado en una bella casa. Tenia jardines soberbios, multitud de esclavos, y un Serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquellas partes, sin embargo pocos Moros dexan de beberle con los ojos bajos y en secreto natural. Yo por lo menos le bebia sin escrúpulo, ni mas ni menos como lo hacian los otros renegados.

Acuérdome que me acompañaban ordinariamente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes pasaba muchas veces toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidélos una noche á cenar conmigo. Habíaseme muerto aquel día un perro que yo queria mucho. Lavamos su cadáver, y le enterramos con todas las ceremonias que usan los Musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la Religion de Mahoma, sino puramente por divertirnos y por satisfacer la gana que entre dos vinos me dió de celebrar las exéquias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta in-

considerada accion me perdiese enteramente. El día siguiente me hallé en casa con un hombre que me dixo: Señor Sidy Hali, vengo á Vmd. por cierta cosa de importancia. El señor Cady tiene necesidad de hablarle. Sírvasse tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico (le pregunté) qué pueda ser lo que me quiere. El mismo os lo dirá (respondió el Moro). Todo lo que puedo deciros es, que un mercader que ayer cenó con Vmd. le ha dado parte de no sé que impía ó irreligiosa accion que se executó en vuestra casa con ocasion de enterrar á cierto perro. Yo os intimo judicialmente, que comparezcáis hoy mismo ante el Juez, con apercibimiento de que no haciéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra resistencia. Dixo, y sin esperar á que le respondiese, me volvió las espaldas, dexándome aturdido con su intimacion ó apercibimiento. No tenia el Arabe el mas mínimo motivo para estar quexoso de mí, ni yo podia comprehendere por qué me habia jugado una pieza tan ruin y traidora. Sin embargo, la cosa era muy digna de consideracion. Yo tenia bien conocido al Cady, hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso, y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultáninos de oro*, y fuí derecho á presentarme. Hízome entrar en su gabinete, y luego que me vió me dixo en tono colérico y furioso. Sois un impío, un sacrilego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como

si fuera un Musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis Mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del Alcorán? Señor Cady, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el Arabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fue cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseía mil bellas qualidades. Amaba tanto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del qual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta, &c. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó muy encargado que os entregase los doscientos sultanos de oro que hallaréis en este bolsillo; y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cady toda su gravedad quando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Hali, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPITULO IV.

Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagéa, y va adelante con su relacion.

Sali de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el Arabe ni con el Judío, y escogí para mi camarada de botellas á un Gentilhombre de Liorina, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos Renegados que tratan á los cautivos Christianos peor que los mismos Turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo, que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volvieron un dia los jabeques del Bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexó, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde ésta se celebraba, y com-

si fuera un Musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis Mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del Alcorán? Señor Cady, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el Arabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fue cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseía mil bellas qualidades. Amaba tanto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del qual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta, &c. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó muy encargado que os entregase los doscientos sultanos de oro que hallaréis en este bolsillo; y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cady toda su gravedad quando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Hali, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPITULO IV.

Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagéa, y va adelante con su relacion.

Sali de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el Arabe ni con el Judío, y escogí para mi camarada de botellas á un Gentilhombre de Liorina, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos Renegados que tratan á los cautivos Christianos peor que los mismos Turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo, que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volvieron un dia los jabeques del Bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexó, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde ésta se celebraba, y com-

pré una niña Española de diez á doce años. Lloraba amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla tan afligida por su esclavitud en tan tierna edad, me llegué á ella, y la dixe en lengua castellana, que no se afligiese tanto, asegurándola que había caído en manos de un amo, que aunque le veía con un turbante en la cabeza era de corazón muy humano. Entregada la niña enteramente á su dolor, ni siquiera atendía á mis palabras. Gemía, suspiraba, y se deshacía en lágrimas inconsolablemente, prorumpiendo de quando en quando en esta exclamacion. *¡Ay madre mia, y por qué me habrán separado de tí! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decía estas palabras, estaba mirando fixamente á una muger de quarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la qual muy modesta, silenciosa, y con los ojos baxos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Si señor, me respondió con tierno dolor; por amor de Dios haga su merced que jamas me aparten de ella. Bien está, hija mia, la dixe; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto estarás satisfecha, y quedarás consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de atención, quando reconocí en ella con toda la conmocion que podeis imaginar todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Justo Cielo! exclamé dentro de mí mismo.

¿Qué

¿Qué es lo que veo? Esta es mi madre, no lo puedo dudar. Pero ella, ó ya porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la permitia ver otra cosa que enemigos en todos los objetos que se la presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro hombre, ó porque en el espacio de doce años que no me había visto me hubiese desfigurado; el hecho es que realmente no me conoció. En fin, yo la compré, y llevéla á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. Señora, es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? Pues qué unos bigotes y un turbante me desfiguran tanto, que no conozcáis tras de ellos á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mis brazos con los suyos abiertos, nos abrazamos estrechísima y ternísimamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la qual estaba tan ignorante de que tenía un hermano, como lo estaba yo de que tuviese una hermana. Confesad, dixe entonces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habréis visto un encontrarse y un reconocerse las personas, que sea comparable con este original. Hijo, me respondió ella, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada de un amarguísimo dolor. ¡Mi Dios! ¡En qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me sería mil veces menos sensible que ese traje en que te veo.... A fe, madre

dre (la respondí sonriéndome) que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que erais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, consideradme como un cómico que representa el papel de un Turco en el teatro. Aunque Renegado, soy tan Musulman como lo era en España; porque en el fondo no reconozco otra verdadera Religion que la Católica. No niego, ni mucho menos disculpo mi exterior apostasía: sé muy bien que en ninguna ocasion me era lícito dar señales de abandonar mi Religion, aunque me costase mil vidas. Confieso mi pecado, sin excusar mi flaqueza. Pero si vos supiérais las circunstancias que me hicieron caer en ella, quizá vuestro justo dolor se convertiria en no menos justa compasion. El amor fue el autor de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto no hice mas que acreditarme hijo vuestro con mas ó menos exceso. Fuera de que aun hay otra razon que debe moderar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais hallar en Argel una ríguosa esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastantemente rico para que vivais con regalo y con quietud en esta Ciudad hasta que se nos proporcione una ocasion oportuna en que todos podamos seguramente restituarnos á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Hi-

Hijo mio, me dixo Lucinda, una vez que estás resuelto á volverte á tu tierra y abjurar el mahometismo, estoy consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí señora, la respondí: espero que le tendréis, pues lo mas presto que sea posible partiremos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habreis dexado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio muy legítimo. Pero, señora, repliqué yo, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esta preeminencia que me negásteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdomos haberos oido mil veces que nunca perdonariais á una muger jóven y linda el disparate de sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres* (respondió ella.) Si los hombres mas firmes en sus resoluciones están sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en las suyas? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion, que creo oíreis con gusto, porque es curiosísima.

CA-

CAPITULO V.

Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.

Habrá casi trece años, si te acuerdas, que dexaste la casa del Marquesito de Leganés. En aquel tiempo el Duque de Medina la Alta me dixo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señálele el día, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener. Concedísele con la esperanza de que me le pagaria bien. Hízolo así. El día siguiente recibí de parte suya varios regalos, que fueron seguidos de otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no podia durar largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disminuirse el gusto que le daba mi condescendencia, cada dia parece que le tenía mayor, y que encontraba en ellas un saynete que las añadía nueva gracia. En suma tuve el arte ó la fortuna de asegurármele, y de impedir que su corazon naturalmente voluble é

in-

inconstante se dexase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su amor seria duradero, quando cierto dia, una amiga mia y yo concurrimos á una visita donde se hallaba la Duquesa, esposa del Duque. Habiamos ido á ella convidadas para una academia de música, tanto de voces como de instrumentos, que se celebraba en aquella casa. Casualmente nos sentamos algo detras de la Duquesa, la qual llevó muy á mal que yo me hubiese dexado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme un recado por medio de un criado, diciéndome que me retirase prontamente. Respondíla con sobrada groseria; é irritada la Duquesa se quejó á su esposo, el qual vino á mí, y me dixo: Lucinda sal prontamente de aquí. Quando los grandes Señores se inclinan á personas como tú, no deben éstas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre respetamos á éstas mucho mas que á vosotras; y todas las veces que tuviereis la insolencia de pretender igualaros á éstas, sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna el Duque me dixo todo esto en voz tan baxa que ninguno pudo comprehenderlo. Retiréme avergonzada y confusa, pero llorando de rabia y de cólera por el desayre que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron no sé cómo todo lo que me ha-

TOMO II.

DB

bia

bia pasado. No parece sino que algun diablillo acechador y cizañero se complace en descubrir á los unos lo que sucede á los otros. Hace por exemplo un comediante en una francachela alguna extravagancia? Acaba una comediante de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado? Toda la compañía se halla inmediatamente informada hasta de la mas ridícula menudencia. Así supieron mis camaradas quanto me habia pasado en la academia, y sabe Dios quanto se divirtieron á mi costa. Reyna entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo me hice superior á todas sus malignas chocarrerías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del Duque, á quien no volví á ver en mi casa, y aun supe que pocos dias despues se habia acomodado con una cantarina.

Mientras una comediante tiene la fortuna de estar aplaudida nunca la faltan amantes, y el amor de un gran Señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de adoradores luego que se esparció por Madrid la voz de que el Duque me habia dexado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, volvieron todos á quemar sus inciensos en el altar conocido. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fui tan de moda como entonces. Entre los que solicitaban mi gracia ninguno me pareció mas ansioso ni mas fino que un grueso Aleman, Gentil-hombre del Du-

Duque de Osuna. No era la figura mas ayrosa ni mas amable del mundo, pero se mereció mi atención con mil doblones que habia juntado en servicio de su amo, gastándolos generosa, ó sea pródigamente, para lograr la dicha de obtener algun lugar en la lista de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fue bien recibido en mi casa, pero apenas se le agotó la bolsa halló la puerta cerrada. Disgustóle este proceder. Buscóme en la comedia. Encontróme tras de los bastidores. Dióme sus quejas, reime de él en su misma cara. Entró en cólera, y dióme una bofetada á la Tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al Duque, que estaba en su aposento con su esposa la Duquesa, en alta voz le dí agrias quejas de las Tudescas modales con que me habia tratado el señor Brutandorff. Mandó el Duque que prosiguiese la comedia diciendo que despues de ella oiria las partes. Acabada la representación me presenté toda turbada y conmovida al Duque, exponiendo mi queja con viveza y con ardor. El Aleman despachó su defensa en dos palabras. Dixo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre de repetirlo. El Duque, oidas las partes, y volviéndose al Aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te mando no vuelvas á ponerte en mi presencia, no porque diste una bofetada á una comediante, sino porque faltaste al respeto debido á tu amo y á tu ama,

turbando un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el corazón. Apoderóse de mí una rabiosa ira y un inexplicable furor, considerando que no se había despedido al Alemán por la ofensa que me había hecho. Creía yo que un insulto como aquel, cometido contra una comediante, debía ser castigado como un delito de lesa Magestad, y estaba muy persuadida á que el Tudescó padecería la mas dolorosa, y mas afrentosa muerte. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro tanto, que desde aquel punto resolví abandonarle, y establecerme lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* para ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y en alhajas: caudal que me parecía bastante para mantenerme con decencia el resto de mi vida, estando resuelta á hacerla mas retirada. Arrendé en aquella ciudad una pequeña casa, y no recibí mas familia que una criada y un page, á los quales me mantuve tan desconocida como á todos los demás. Fingí ser viuda de un criado de la casa del Rey, y que había escogido para mi retiro la ciudad de Valencia, por haber oído que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba á muy poca gente, y mi conducta era tan arreglada, que

que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido comediante. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivía en una hacienda propia, cerca de Paterna. Era un hombre de buena disposicion, y como de treinta y cinco á quarenta años, pero estaba muy adeudado, lo que no es menos frecuente en los nobles del Reyno de Valencia que en los de todos los paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo, quiso saber si en lo demás podría yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que se informasen bien, y me sondeasen; por cuya relacion tuvo el gusto de saber que era una viuda de no desgraciada cara, de trato nada fastidioso, y además de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que había menester; y muy presto se dexó ver en mi casa una vieja, que me dixo de su parte, que prendado de mi virtud tanto como de mi hermosura, me ofrecia su fé, juntamente con su mano, y que ratificaria esta oferta delante del Altar si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las circunstancias de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dixeron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de su renta, determiné gustosa darle mi mano, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Xercia (este era el nombre

bre de mi esposo) me conduxo luego á su hacienda. La casa tenia cierto ayre de antigüedad, de lo qual hacia mucha vanidad el dueño. Pretendia que la habian fabricado sus progenitores; y de la antigüedad de la fábrica deducia que la familia de Xercia era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel mudo instrumento de nobleza, que abierto por todas partes estaba amenazando ruina. Gastóse en repararle mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer buena figura en el país; y éteme aquí convertida de repente en dama de aldea, y en señora de hacienda. ¡Grande y portentosa metamórfosis! Habia hecho yo demasadamente bien el papel de comedianta, para no saber representar y sostener el que correspondia al nuevo esplendor que me daba mi nuevo estado. Revestiame en todo de cierto ayre teatral de nobleza, de magestad y desembarazo, que en toda la aldea se habia formado alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh cuánto se hubieran divertido á costa mia si estuvieran instruidos en la verdad del hecho! Con cuántos graciosos y satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y cuánto se hubiera rebaxado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes!

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de Don Manuel, al cabo de los quales se le llevó Dios. Dexóme bastantes cosas que desenredar, y por fruto de nues-

nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazón contaba solos quatro años de edad. Nuestra hacienda, que era quanto componia nuestros bienes, se hallaba empeñada entre muchos acreedores. El principal era uno llamado Bernardo Astuto, nombre que le convenia admirablemente. Exercitaba en Valencia el oficio de Procurador, que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los procesos; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para estar mas instruido en hacer legales injusticias. ¡Terrible acreedor! Una hacienda entre las uñas de semejante Procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto, apenas cerró los ojos mi marido, puso el sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar en el ayre por las minas de la supercheria judicial, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de mi enemigo se hiciese de repente esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con ocasion de nuestro pleito. Confieso que hice de mi parte todo quanto pude para inspirarle amor. El deseo de salvar mi posesion me obligó á probar con él todas aquellas alhagüenas evoluciones de mi rostro y de mis ojos, que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con todo mi magisterio en el arte, temí mucho que pudiese enganchar al Procurador. Estaba tan totalmente embebido en su oficio, que parecia incapaz de hacer lugar á ninguna impre-

presion amorosa. Con todo, aquel gato montes, aquel erizo, aquel rasca-papel me miraba con mayor complacencia de la que yo me imaginaba. Señora (me dixo un dia) yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á lo que correspondia á mi profesion, nunca cuidé de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de esto no ignoro lo que se llama lo esencial. Y para ahorrar de palabras solo diré que si Vmd. quiere casarse conmigo quemaré al instante el proceso, haré retirar á los demás acreedores, dispondré que se la confirme á Vmd. en la posesion de su hacienda, declarándola por dueña del usufruto, y á su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me permitieron dudar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion. El Procurador cumplió su palabra. Revolvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fue esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Amanecí, pues, un dia Procuradora, sin dexar por eso de ser dama de aldea, aunque este matrimonio me arruinó en el concepto de la nobleza Valenciana. Abandonáronme las señoras de la primera distincion, como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con las señoras de medio pelo. No dexó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratar únicamente con personas de

distincion. Verdad es que tardé poco en consolarme; porque entablé conocimiento con la muger de un Escribano, y con dos Procuradoras, todas tres, cada una por su lado, de un carácter singular. Entraba en él cierto ridículo que me divertia infinitamente. Cada qual se imaginaba muy superior á la otra. Estas mercedes entre dos luces (me decia yo á mí misma) se consideran muy arriba del comun. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es la flaqueza universal. En este particular palpo ahora que tan locas son las hidalgas de aldea, como las damas de teatro. Cada qual se tiene en mas que su vecina. Para abatir, y al mismo tiempo castigar su orgullo, quisiera yo que se las obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, tales quales eran quando vivian. Apuesto qualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos, ni en las salas mas visibles.

A los quatro años de matrimonio murió el señor Astuto sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dexó á lo que yo poseía, me hallé una viuda rica, y por tal era tenida. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un personage Siciliano, cuyo apellido era Colifiquini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dexando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, segun decia, solamente por la curiosidad de viajar; y estaba en Valen-

cia esperando ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque algo chico de cuerpo, de bella disposicion; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme en particular, y te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé locamente enamorada de él. No lo quedó el menos de mí; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si estando tan reciente la muerte del Procurador me hubiera permitido contraer tan presto nuevo matrimonio; porque desde que comencé á tomar gusto al hymeneo procuré respetar algo los estilos y ceremonias del mundo.

Convenimos, pues, en dilatar un poco nuestro matrimonio por el bien parecer. Mientras tanto Colofiquini proseguia en su obsequio, y lejos de entibiarse en su amor se mostraba mas fino y mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba muy bien en punto de dinero; conocílo, y procuré que nunca le faltase. Además de que mi edad era doble de la suya me acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y me parecia lo que ahora les contribuía yo una especie de restitution en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fue posible á que se corriese el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apenas llegó quando nos presentámos en la Iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la

muer-

muerte. Rerirámonos despues á mi hacienda; donde puedo decir que vivimos dos años, menos como esposos que como dos ternísimos amantes. ¡Pero ay! que era muy fino nuestro amor, era muy grande nuestra dicha para que fuese muy duradera. Al cabo de este breve tiempo un accidente de apoplegia me privó de mi adorado Colifiquini.

Aquí no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndola con alguna conmocion: ¡pues qué! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿Y cómo lo he de remediar yo? me respondió ella. Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados? A los dos maridos los lloré mucho. El que menos lágrimas me costó fue el Procurador. Como este me buscó puramente por interés tardé poco en consolarme de su pérdida. Pero volviendo á mi Colifiquini te diré que algunos meses despues de su muerte, deseando yo ver una casa de campo cerca de Palermo que me habia dexado para mi viudedad, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viage fuimos apresados por los corsarios del Bey de Argel. Conduxeronnos á esta Cuidad, y por gran fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto hubiéramos caído en manos de un amo bárbaro, que nos hubiera maltratado, y baxo cuya dura esclavi-

tud

EE 2

tud quizá habríamos gemido de por vida sin que tú hubieses oído hablar nunca de nosotras.

CAPITULO VI

Prosigue la historia del hijo y de la madre.

Tal fue, señores, prosiguió Don Rafael, la relación que mi madre nos hizo. Coloquéla después en el mejor quarto de mi casa, donde viviese con toda libertad, y como mejor la pareciera: cosa que fue muy de su gusto. Habiase arraigado en ella un hábito de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos, que absolutamente no podía estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó toda su atención en Aly Pegelin, un renegado Griego que frecuentaba mi casa. Inspiróla éste un amor aun mucho mas vehemente que el que habia concebido por su adorado Colifiquini, y era tan diestra en enganchar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal Griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me dí por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el Bey para armar en corso y exercitar la pyratería.



T.L. Engraving sculp.

Lusinda Cautiva en Argel la compra su hijo D.ⁿ Rafael juntamente con una hermana

tud quizá habríamos gemido de por vida sin que tú hubieses oído hablar nunca de nosotras.

CAPITULO VI

Prosigue la historia del hijo y de la madre.

Tal fue, señores, prosiguió Don Rafael, la relación que mi madre nos hizo. Coloquéla después en el mejor quarto de mi casa, donde viviese con toda libertad, y como mejor la pareciera: cosa que fue muy de su gusto. Habiase arraigado en ella un hábito de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos, que absolutamente no podía estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algún tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó toda su atención en Aly Pegelin, un renegado Griego que frecuentaba mi casa. Inspiróla éste un amor aun mucho mas vehemente que el que habia concebido por su adorado Colifiquini, y era tan diestra en enganchar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal Griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me dí por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el Bey para armar en corso y exercitar la pyratería.

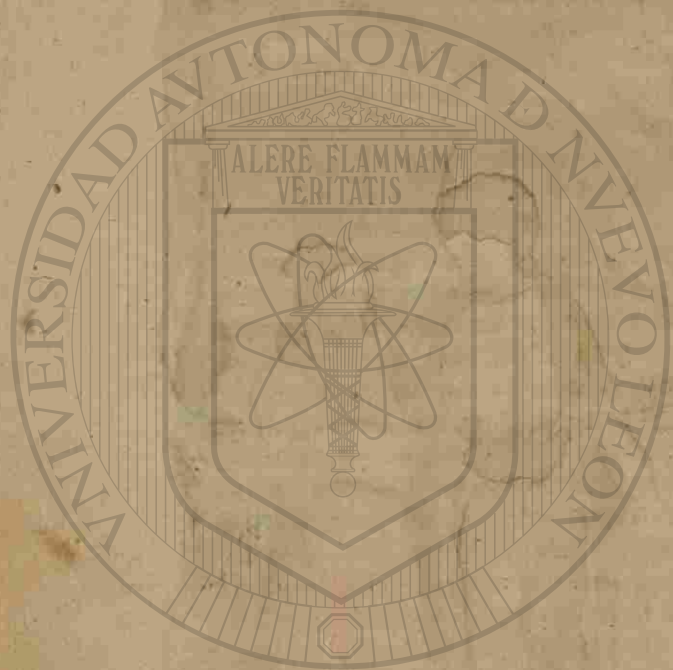


T.L. Engraving sculp.

Lusinda Cautiva en Argel la compra su hijo D.ⁿ Rafael juntamente con una hermana

ría. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias antes que se acabase dixe á Lucinda: madre, presto saldremos de Argél, y dexaremos para siempre un lugar que tanto detestais y aborreceis.

Mudósele el color al oír estas palabras, y se quedó suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprendióme esto estrañamente, y la dixe admirado: ¡qué es esto, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os afligís en vez de alegraros. Parecíame á mí que os daba la noticia mas gustosa participandoos que estaba disponiendo nuestro viage para España, y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra amada patria. Así es, hijo mío, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y tantas pesadumbres, que la he renunciado para siempre. ¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor. ¡Ah señora! no digáis que los disgustos recibidos en vuestro pais son los que os le hacen aborrecer, decid que los nuevos amores entablados en éste os han hecho odioso aquel. ¡Santos Cielos, y qué mudanza! Quando llegasteis á esta Ciudad todo quanto se os ponía delante os causaba horror. Aly Pegelin es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Verdaderamente que amo mucho á este renegado, y quiero que sea mi quarto marido. ¡Qué proyecto es el vuestro! interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un Mahometano! Sin duda habeis olvidado que sois Christiana,
ó



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ó solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas no estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y por necesidad.

Otras muchas cosas la dixe para desviarla de aquel diabólico intento, pero prediqué en desierto, y á un peñasco. Había tomado ya su partido. No contenta con dexarse arrastrar de su mala inclinacion, abandonándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah infelícísima Lucinda! la dixe; si nada es bastante á conteneros, abandonaos sola al furor que os posee, y no querais arrastrar á una inocente al precipicio á donde os precipitais. No insistió mas en pedir á su hija, quizá por alguna centella de luz que por entonces rayó en ella. Así lo creía yo; pero conocía muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dixo dos dias despues: señor, mire Vmd. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no debo ocultar á Vmd., para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su señora madre ha mudado de Religion, y en venganza de que su merced no le ha querido dar á su hija está determinada á dar parte al Bey de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de re-

representar papeles trágicos en el teatro se había familiarizado tanto con el delito y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoviera mas que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré quanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé, segun la costumbre de los corsarios Argelinos, algunos Turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y con mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes que no me olvidaria de llevar todo el dinero, toda la plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar la primera cosa que hicimos fué asegurarnos de los Turcos. Cargámoslos á todos de prisiones, lo que nos era muy fácil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo ganamos las costas de Italia. Arribamos á Liorna con la mayor felicidad; y toda la Ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. Pero qué transportes, qué demostraciones, qué estrechos abrazos de alegría se dieron padre é hi-

hijo quando se reconocieron y llegaron á encontrarse? Luego que Azarini le informó de quien era yo y del motivo que me habia llevado á Liorna, me obligó el buen viejo á que no pensase en otro alojamiento que en el de su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me ví precisado á practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia. Solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fé que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi navio, y di libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los Turcos se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos Christianos. Los dos Azarinis padre é hijo practicaron conmigo todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dexaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un Gentilhombre, y heredera de la hacienda de Xercia, cuya administracion habia dexado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna quando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo partí para Florencia deseoso de ver aquella Corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomendaba como un caballero Español pariente suyo. Yo añadí el *Don* á mi nombre de bau-

bautismo, á imitacion de no pocos paisanos mios que sin tenerle, y por hacerse honor, se le dan á sí mismos en los países estrangeros. Hacíame pues llamar con descaro *el Señor Don Rafael*, y como habia traído de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta postiza nobleza, me dexé ver en la Corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era hombre de distincion; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.



CAPITULO VII.

Como soy christiano que ahora se sigue lo mejor de la historia de D. Rafael.

Supé entrometerme muy presto con los primeros Señores de la Corte, los cuales me presentaron al Gran Duque, y yo tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme á hacerle la corte y á estudiar sus inclinaciones. Oía para esto con atención lo que decían de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho las pron- titudes, los cuentos graciosos traídos con oportu- nidad, y los dichos agudos. Gobernéme por estas reglas, y todas las mañanas escribía en mis tabletas los cuentos que habian de lucirlo en aquel día, y el modo de introducir ó de traer la conversacion adonde siempre viniesen á pe- lo. Sabia de memoria una gran cantidad de ellos, y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economia, veía que poco á poco se iba vaciando el saco, de suerte que me veria precisado á echar mano de la triste figura llamada *repeticion*, si mi ge- nio, fecundo en invenciones, no me socorriera con abundancia, de manera que yo mismo

componia cuentos galantes y cómicos, que di- vertian mucho al Gran Duque. Y (lo que su- cede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) todas las mañanas apuntaba en mi libro de memoria las agudezas y chistes que habia de decir aquel día, vendiéndolos como he- chos de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del Príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino. Por eso no fueron criticados; pero aun siendo mejores, dudo mucho que el Duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinitamente. Qui- zá seria por razon de los asuntos que yo es- cogia. Sea por lo que fuere, aquel Príncipe es- taba tan pagado de mí que llegué á dar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quien era yo, pero no lo consiguieron. Solamente lle- garon á descubrir que habia sido un renegado. No dexaron de ponerlo en noticia del Príncipe, con la esperanza de desbancarme; mas se que- daron burlados. Al contrario, este chisme solo sirvió para que el gran Duque me obligase un día á que le hiciese mas fiel relacion de mi cauti- verio en Argel. Hícesela con la mayor verdad, y le divertió infinitamente.

Luego que la acabé me dixo: Don! Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de esto una prueba tal que no te dexé género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en la posesion de con- fidente mio te digo que amo apasionadamente

á la muger de uno de mis Ministros. Es la muger mas linda de la Corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su familia, y totalmente entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de esta conquista. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha visto suspirar por ella. Ha conocido muy bien lo que pasaba en mi corazon; mas no por eso me lisonjeo de haberla inspirado amor. Ningun motivo me ha dado para consentir, ni aun para formar tan gustoso pensamiento. Sin embargo no desconfio de que llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrade la misteriosa y reservada conducta con que me he arreglado hasta aquí. La pasion que abrigo en mi pecho por esta dama, de sola ella es conocida. En vez de abandonarme á mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo ocultándole mi amor. Pareciame que era deudor de esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y el zelo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su fidelidad y su hombría de bien me obligan á proceder con la mas secreta circunspeccion en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de un marido infeliz declarándome amante de su muger. Quisiera

ra que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y me devora, porque estoy persuadido que moriria de dolor si llegara á saber lo que ahora te confio. Deseo, pues, ocultarle todos los pasos que doy, y he resuelto servirme de tí para que expongas á Lucrecia lo mucho que me cuesta y me hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Por tu mano la haré saber mis amorosos sentimientos. No dudo que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Introdúctete con Mascarini; procura ganar su amistad y confianza; frecuenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo, y espero de tí, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la destreza y discrecion que pide un empleo tan espinoso y de tales consecuencias.

Prometí al Gran Duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza, y para contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para grangearme la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del Príncipe, me ahorró mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa; dióseme entrada libre al quarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetuoso y circunspecto proceder no tuvo la mas mínima sospecha de la negociacion de que es-

taba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque Italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su gabinete me dexaba muchos ratos solo y á quatro ojos con Lucrecia. Al principio cumplí con mi comision fielmente y á la buena. Hablé á la dama sobre el amor del Gran Duque, declarándola que venia á su casa precisamente para hablar con ella sobre este asunto. Parecióme que no estaba muy apasionada de él, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacia oír con gusto sus suspiros. Complaciase en oírlos sin querer corresponderlos. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente cediendo á la magnífica y lisonjera idea de tener dulcemente aprisionado á un Soberano. En conclusion el Príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria rendida á su amor esta Lucrecia. Sin embargo, un incidente nunca previsto ni pensado desvaneció sus esperanzas, como ahora lo oirán Vnds.

Soy naturalmente arriesgado con las mugeres, costumbre buena ó mala que me pegaron los Turcos. Lucrecia era hermosa. Olvidéme de que con ella solamente debia hacer el papel de embaxador. Habléla por mí en lugar de hablarla por el Gran Duque. Ofrecíla mis obsequios sin la menor ceremonia. En vez de ofenderse de mi atrevimiento, y de responderme con enfado, me dixo sonriendose: confesad, Don Ra-

fael

fael que el Gran Duque ha tenido gran acierto en elegiros por su agente, pues tan zeloso y fiel sois en servirle. En verdad que le servís con una lealtad que no hay voces para alabarla. Señora, la respondí yo en el mismo tono, las cosas no se han de exâminar tan escrupulosamente. Dexémos á un lado las reflexiones, que conozco no me son muy favorables; yo solamente me he abandonado á lo que me dicta el corazon. Sobre todo no creo ser yo el primer confidente de un Príncipe que en punto de galanteo haya hecho traicion á su amo. Es cosa muy freqüente en los grandes señores que sus mercurios sean sus rivales. Eso bien puede ser, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y ningun otro que un Príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudémos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir; pero con la precisa condicion de que jamas volvais á hablarme sobre semejante asunto: no haciéndolo así, prodrá suceder que os arrepintais muy de veras.

Bien que esté fuese un caritativo aviso al *lactor* de que debiera yo haberme aprovechado, proseguí sin embargo en hablar de mi passion con la mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor sobre que correspondiese á mi cariño, y llegó mi temeridad á pretender tomarme algunas libertades. Ofendida la dama de mis discursos y de mis atre-

vi-

vimientos me echó muy enorramala, amenazándome que en breve sabría el Gran Duque mi insolencia, y le suplicaría me castigase como merecia mi arrojo. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas. Convirtiöse en odio mi amor, y resolví tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriría le informé de la secreta inteligencia que reynaba entre su muger y el Príncipe, pintándola á ella muy enamorada del Gran Duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el Ministro para precaver todo accidente fue encerrar estrechamente en un quarto á su esposa, encargando su custodia á personas de toda confianza. Mientras ella estaba cercada de vigilantes argos que día y noche la observaban y no dexaban camino alguno por donde pudiesen llegar al Gran Duque sus noticias, yo me presenté á este Príncipe con semblante triste, y le dixé que no debía pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á zelar y guardar su muger, que yo no sabía por donde pudiese haber entrado en sospechas de mí, atendido que siempre habia usado el mayor disimulo y destreza; que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos, y de concierto con él se habria dexado encerrar para librarse de solicitudes que sobresaltaban y ofendian su virtud. Mostróse el Príncipe

cipe muy afligido al oír este informe, y á mí entónces me compadeció mucho su dolor, y mas de una vez me arrepentí de lo que habia hecho; pero ya no tenía remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé qué secreta maldita alegría quando consideraba la situacion á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente el placer de la venganza, tan dulce á todos los corazones mal hechos, quando un día, estando el Gran Duque con cinco ó seis Señores nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que abusando de la confianza de su Príncipe intentase soplarle su dama y apropiarse su amor? Merecia, respondió un cortesano, ser desquartizado vivo: otro opinó que debía ser molido á palos hasta que perdiese poco á poco la vida. El menos cruel de aquellos Italianos, y el que se mostró mas favorable al delinquente dixo, que él se contentaría con que fuese precipitado de lo mas alto de una eminente torre. ¿Y Don Rafael, replicó el Gran Duque, volviéndose hácia mí, de qué parecer es? Yo á lo menos, añadió, estoy persuadido á que los Españoles no son menos severos que los Italianos en semejantes coyunturas.

Conocí bien, como se puede pensar, que Mascarini no habia guardado su juramento, ó que su muger habia encontrado modo de ins-
truir

truir al Gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al Gran Duque: Señor, los Españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dixo el Duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á ponerlos delante de mí. Retíreme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó Don Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois me parece fue grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del Príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el Gran Duque en saber vuestra traicion. Convento en ello, respondió el hijo de Lucinda,

y

y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto ántes á pesar del juramento que me hizo el Ministro de no exponerme al resentimiento del Príncipe.

CAPITULO VIII.

Dá fin á su historia Don Rafael.

El dia siguiente al de mi despedida del gran Duque me embarqué en un navio Catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero Español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisface mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la Corte me apee por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavía era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas, que poco mas ó menos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa.

®

GG 2

Nin-

truir al Gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al Gran Duque: Señor, los Españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dixo el Duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á ponerlos delante de mí. Retíreme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó Don Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois me parece fue grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del Príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el Gran Duque en saber vuestra traicion. Convento en ello, respondió el hijo de Lucinda,

y

y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto ántes á pesar del juramento que me hizo el Ministro de no exponerme al resentimiento del Príncipe.

CAPITULO VIII.

Dá fin á su historia Don Rafael.

El dia siguiente al de mi despedida del gran Duque me embarqué en un navio Catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero Español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisface mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la Corte me apee por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavía era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas, que poco mas ó menos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa.

®

GG 2

Nin-

Ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes. Mas no era de aquellas chulas que negocian con lo que las produce el reconocimiento de sus amantes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó algun mayordomo de un gran Señor? inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vimos los dos quando recíprocamente nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer tambien comunidad de bienes. A la verdad no eran muy considerables los nuestros, y asi los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos en divertirnos uno con otro, sin aprovechar las disposiciones que teníamos los dos para vivir á costa agena. La miseria en fin despertó aquellos ingenios que el placer tenia dormidos, y aun casi letárgicamente amodorrados. Querido Rafael, me dixo un día Camila, demos algunas treguas, y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes atrapar á una viuda rica, y yo puedo enganchar á algun viejo poderoso. Si proseguimos en ser fieles uno al otro comenzaremos á ser miserables. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano. Ciertamente iba á hacerte la misma proposicion. Vengo en ello, reyna mia. Si por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester tentar otras conquistas. Las infidelida-

des

des que nos haremos serán otros triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no podíamos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban majos y pisaverdes, es decir, personas que no tienen un ochavo, y á mí solo se me ofrecían aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades apelamos á enredos y á bellaquerias. Hicimos tantos y tantas, que el Corregidor llegó á saberlas, y este Juez endiabladamente severo dió orden que nos prendiesen. El alguacil, que era tan buen hombre como taymado el Corregidor, nos hizo espaldas para que saliesemos de Madrid, mediante cierta cantidad de dinero. Tomamos el camino de Valladolid, y arranchámonos en aquella ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que pasaba por hermana mia, para evitar las resultas del escándalo. Al principio nos contuvimos ocultando nuestra habilidad y talentos, y teniendo á rienda nuestra industria hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un día se llegó á mí un hombre en la calle, y saludándome muy cortesmente me dixo: ¿señor Don Rafael, no me conoce Vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó él, conozco á Vmd. perfectamente. Vile en la Corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran Duque. Pocos meses há que dexé el

ser-

servicio de aquel Príncipe. Víneme á España con un Italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas há. Vivimos en compañía de un Castellano viejo, y un Gallego, dos mozos muy honrados. Nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos Príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiendonos á nuestra satisfaccion. Si Vmd. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque segun noticias siempre le he tenido á Vmd. por un hombre muy de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra orden.

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad (le respondí) quiero yo hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis hazañas, verías que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dexando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte aceptando la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré á diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dixé á aquel ambidextro que consentia en aumentar con mi persona el número de sus camaradas, quando luego me conduxo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me di á conocer á todos. Allí fue donde ví la primera vez al ilustre Ambrosio Lamela. Exâmináronme aquellos señores

sobre el arte fino y sutil de hacer propio lo ageno contra la voluntad de su dueño. Quisieron saber sobre qué principios me gobernaba para exercitarle con destreza y sin peligro: descubríles tales y tantos ignorados por ellos, que se quedaron admirados, pero mucho mas se pasmaron quando me oyeron hablar con desprecio sobre la sutileza de las manos, tratándola de mecanismo vil y baxo, asegurándoles que en lo que yo me aventajaba era en los golpes magistrales de robar que pedian testa, ingenio, sagacidad y conducta. Para persuadirles esta verdad, y para que comprehendiesen mejor lo que les queria decir, les conté la aventura de Gerónimo Mojadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por un ingenio superior, y todos unánimemente me nombrasen por su gefe. Tardé poco en justificar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas briboneras que hicimos, de todas las quales era yo el director, y como la llave maestra. Quando se necesitaba alguna actriz para forjar mejor algun enredo echábamos mano de Camila, que era eminente en representar todos los papeles que se la encargaban.

Vínole por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á Galicia. Partió, pues, á su patria, asegurándonos de su retorno. Despues que satisfizo su antojo volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, y un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos

vos negocios se informó muy bien. Vmd. señor Gil Blas (prosiguió dirigiéndome á mí la palabra) se acordará sin duda de la graciosa manera con que le desbalijamos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospecharia Vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino á buscarnos, informónos de todo, y toda la gavilla se encargó de lo demas. Pero no sabrá las conseqüencias de aquella aventura, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con su balija, montamos en vuestras mulas, y tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los quales se admirarian tanto como vos quando vieron que no parecíamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudamos de parecer, y en lugar de seguir el camino de Madrid torcimos hácia Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fue vestirnos decentemente. Vendímonos por dos hermanos naturales del Reyno de Galicia que viajaban por curiosidad. En poco tiempo entablamos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y caballerescas, que facilmente deslumbraba á quantos me veian y trataban. A esto se añadía, que como en un pais desconocido la calidad de los forasteros ordinariamente se mide por el gasto que ha-

hacen, y por el esplendor con que se portan, echabamos polvos á los ojos de todos con los galantes y magníficos festines que dabamos á las damas. Entre las que trataba encontré con una que verdaderamente me enamoró. Quise saber quien era, y hallé que se llamaba Doña Violante, muger de un caballero, que cansado de sus caricias obsequiaba á una cortesana que se habia hecho dueña de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á poner á Doña Violante en posesion de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la conquista que habia hecho. Comenzé á obsequiarla siguiéndola á todas partes, y haciendo mil locuras para persuadirla que no se aspiraba á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que no la desagradaba mi sana intencion. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España y en Italia son tan apropiósito para el desempeño de esta especie de comisiones. Decíame en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su dama, y que hasta muy tarde no se restituia á la suya. Desde luego comprendí lo que me queria decir en esto. Aquella misma noche fui á hablar con Doña Violante por la reja, y tuve con ella una larga y muy fina conversacion. Quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos habiamos de

hablar en el propio sitio sin perjuicio de los demás pasos amorosos que se podían practicar entre día.

Hasta entonces Don Baltasar (que así se llamaba el marido de mi princesa) podía darse por bien servido, pero yo quería amar físicamente, y una noche fui al sitio consabido con ánimo de decir á la dama que ya no podía vivir sino lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente al exceso de mi amor, fineza que nunca habia podido conseguir. Pero apenas llegué á ponerme cerca de la reja, quando ví venir á un hombre por la calle, el qual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado á un hombre baxo las rejas de ella comenzó él mismo á pasearse por la calle. Estuve dudoso por algun tiempo de lo que debia hacer, pero al fin me determiné abordar á Don Baltasar sin que yo le conociese, ni él me conociese á mí: caballero, le dixe, suplico á Vmd. que por esta noche me dexe libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á Vmd. Señor, me respondió él, la misma súplica iba yo á hacer á Vmd. Yo cortejo á una señorita que vive veinte pasos de aquí, á quien un hermano suyo hace guardar vigilantísimamente, por lo que quisiera ver del todo desocupada la calle. Espere Vmd. repliqué yo, que ahora me ocurre un modo de que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en

en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convengo en ello, repuso él: yo voy á ocupar mi sitio, Vmd. quédese en el suyo, y socorramonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fue para observarme mejor, como lo permitia la poca obscuridad de la noche.

Acerquéme entonces sin recelo al balcon de Violante. No tardó ella en venir, y comenzamos á cuchuchear. No me olvidé de hacerla mil instancias para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas estimable la gracia; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: ahí va, me dixo, lo que deseas, y verás bien despachados tus ruegos. Al decir esto se retiró por quanto se iba ya acercando la hora en que acostumbraba recogerse á casa su marido. Pero éste que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con fingido alborozo me preguntó: ¿y bien, caballero, está Vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á Vmd. ¿cómo le fue en la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? Oh, no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi bella volvió de su casa de campo un día antes de lo que habíamos pensa-
do,

do, y este contratiempo agrió nuestro contento y cortó mis no mal fundadas esperanzas.

Hicímonos Don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrechar mas el lazo nos citamos para la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fué Don Baltasar derecho á su casa, donde no dió á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella, y el dia siguiente acudió á la plaza segun lo acordado. Un momento despues llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso Don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle contándole yo el modo con que me habia introducido al conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido. No contento con esto le mostré el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contexto, que era el siguiente: *mañana iré á ver á Doña Ines, ya sabeis donde vive. En casa de esta fiel amiga mia nos hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

Ese es un papel, dixo Don Baltasar, que promete á Vm. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Anticípole á Vm. la enhorabuena

na de la dicha que le aguarda. No dexó de mostrarse un poco turbado mientras hablaba de esta manera, pero facilmente me deslumbró, ocultando á mis ojos su turbacion y su embarazo. Estaba tan embebido en mis alegres esperanzas, que ni siquiera me acordaba de observar á mi confidente, aunque éste se vió precisado á dexarme, sin duda por temor de que no conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura. Ignoro lo que pasó entre los dos, solo sé que Don Baltasar vino á casa de Doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se serenaron las dos mugeres, que se habian turbado mucho con la repentina venida del marido. Recibieronle con tanta serenidad, que desde luego sospeché me habian ocultado ó hecho escapadizo. Lo que dixo á Doña Ines y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavia de conocer que Don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza; donde habia dicho á Lamela que me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte menos escasa que la mia. Mientras le esperaba ví que se venia hácia mí mi alevoso confidente con una cara muy alegre y mucho desembarazo. Luego que

que me abordó me preguntó cómo me había ido con mi ninfa en casa de Doña Ines. No sé qué demonios (le respondí) enemigo de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella instando y suplicando llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fue preciso pensar en el modo de retirarme prontamente. Salí por una puerta excusada dando mil veces al diablo al grandísimo impertinente que viene siempre á descomponer mis medidas. A la verdad lo siento (repuso Don Baltasar, alegrísimo en lo interior de verme tan desazonado). Ese es un marido importuno, que no merece quartel. ¡Oh! en quanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche pasará por las baquetas su honor. Su muger, al separarnos, me dixo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas, que prosiguiese en visitar sus ventanas á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dexase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que qualquiera lance me hallase bien prevenido. ¡O qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡O querido amigo, (repliqué yo fuera de mí de puro gozo, y echándole los brazos al cuello) y de cuántas finezas no os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él. Yo conozco á un mozo que es un Ale-

xan-

xandro, éste será tambien de la partida, y con tal escolta podreis divertirlos á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi reconocimiento á los favores de aquel nuevo amigo, tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el socorro que me ofrecía, y dándonos el santo para cerca del balcon de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fue á buscar á su cuñado, que era el Alexandro de quien me había hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el qual aunque no menos admirado que yo del ardor con que Don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red cómo yo había caído, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sinceridad de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podía perdonar á unos hombres como nosotros. Quando me pareció que era hora de presentarme á las ventanas de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ellas bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pie firme. Llegóse á mí Don Baltasar y me dixo: este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre Vmd. en casa de su dama, y disfrute su dicha sin cuidado ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos llamé á la puerta de mi ninfa. Vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pa-

sa-

saba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores que me habian seguido hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y habian cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se habia quedado en la calle. Descubriéronse, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar mucho. Cargáronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, yo les correspondí con tal denuedo, que en pocos instantes les hice descubrir mucha tierra. Diles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido, y el cuñado viéndole fuera de combate tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dexado abierta al escaparse mientras nosotros reñíamos. Fuile siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que vió iban huyendo, estaba pasmado sin saber á que atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oido. Restituímonos á la posada, y recogiendo de prisa lo mejor que teniamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el negocio era de peligrosas consecuencias, y que se harian en Toledo tales pesquisas que seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos

no-

noche en Villarrubia, apeándonos en un meson, donde poco despues entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenamos todos juntos, y él nos contó el trágico suceso que la noche precedente habia acaecido al marido de Violante, mostrándose tan léxos de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el suceso le supe esta mañana quando iba á montar á caballo. Con que solo entendí que no se sabia donde habia ido á parar Doña Violante, se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el Corregidor pariente de Don Baltasar estaba resuelto á no perdonar á medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Nada me espantaron las pesquisas del Corregidor de Toledo. Sin embargo, tomé desde luego la resolución de salir quanto antes de Castilla la Nueva, considerando que si encontraban á Violante confesaría quanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la Justicia despacharia luego varias gentes en seguimiento de ella. En virtud de estas razones determinamos dervíarnos de todo camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podiamos entrar con seguridad en Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca nos metimos en las montañas que están

TOMO II.

II

co-

conocidos al comun, pero muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de hermita. Con efecto era la misma donde ayer noche llegaron ustedes á pedirme que los recogiese.

Mientras yo me estaba recreando con la vista de aquellos contornos que me representaban un pais deliciosísimo, me dixo mi compañero: seis años há que pasando yo por aquí me hospedó caritativamente en esta hermita un viejo y venerable hermitaño. Repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dixo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para desprenderme del mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es así. Diciendo esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la hermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: apeaos, Don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy raro. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un arbol seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré y ví tendido en un pobre gergon á un viejo anacoreta pálido, consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y tan larga, que le llegaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho: tenia las manos puestas en cruz, y en ellas un gran rosario. Al ruido que hicimos quando nos acercamos á él entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y mirándonos con languidez un momento: *hermanos míos,*

nos

nos dixo con vos desmayada y confusa, *seais quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Quarenta años viví en el mundo, y sesenta en el desierto. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleytes, y qué corto el que consagré á la penitencia! ¡O gran Dios! Temo mucho que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado Don Juan de Solis.*

Apenas dixo estas palabras quando espiró. Quedamos los dos atónitos á vista de su muerte. Semejantes objetos siempre hacen impresion hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra conmocion; porque olvidamos presto lo que acabábamos de oir, y comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la hermita. No tardamos mucho tiempo en hacerle, puesto que todos los muebles consistian en lo que habeis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan poco alhajada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que dificilmente podrian deshacer las despobladas encias del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe, y no dexamos de extrañarla mucho. Hallamos un papel cerrado como una carta, que el difunto habia dexado sobre la mesa, en la qual encargaba á quien le leyese, que llevase su rosario y sus sandalias al Obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con

qué intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su Obispo semejante regalo. Olíanos un poco á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿Pero quién sabe si solo fué un si es ó no es de tontería? El hecho es que no nos atrevemos á decidir este punto.

Hablando de ello Lamela y yo le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dixo, en esta hermita: disfracémonos en hermitaños. Enterrémos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre del hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del Corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la Ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer algun papel en una que se me figuraba como pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella al hermano Juan despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, despues de los funerales tomamos posesion de la hermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos

nos precisados á mantenernos solamente con la triste provision que nos habia dexado el difunto; pero el dia siguiente ántes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Traxo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roxa de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Formó y textió tambien la barba del hermano Juan: ajustómela á la cara, y metióme en la cabeza un gran gorro de lana obscura, que contribuia mucho á cubrir el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage de manera que no podíamos mirarnos sin que nos retozase la risa, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, alhajas que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al Obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro hermitañosismo sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al quarto entraron en la gruta dos paisanos. Traian al difunto (creyendo que estuviese vivo y sano) pan, queso y piñones. Luego que los ví me eché sobre mi tarima, y me fue facil alucinarlos. Fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la hermita.

mita, procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras había oído; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella superchería. Solo mostraron alguna admiración de hallarse en la gruta con otro hermitaño además del hermano Juan. Pero advirtiéndolo el socarrón de Lamela, les dixo con cierto ayre hipócriton, no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una hermita de Aragon, y la dexé por venir á hacer compañía al venerable hermano Juan para asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el Cielo su heroica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos grandes santos en su país.

Había comprado Lamela unas grandes alforjas de tela blanca, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la quèsta en la Ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la hermita. Como la naturaleza le había dotado de un exterior devoto y compungido con una voz semiaplada y pegajosa, y que además de eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movia el corazon de las personas caritativas á darle limosna. En poco tiempo le llenaron las alforjas los efectos de su piadosa liberalidad. Amigo Am-

broso, le dixe quando volvió á la hermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los corazones Christianos. Vive Dios que parece has exercitado por muchos años el oficio de demandante. Algo mas he hecho, me respondió él, que proveer decentemente mis alforjas. Sabe que he topado con cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público, y hacen una vida muy diferente en particular. Al principio no me conoció, tanto que me vi obligado á decirla: ¿cómo así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, señor Lamela, respondió Bárbara, que jamas podía soñar el veros vestido con ese traje. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en hermitaño? Eso es cosa larga, la respondí, y ahora no puedo detenerme á contártela. Mañana á la noche volveré, y satisfaré tu curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen hermitaño, que vive en una hermita cerca de esta Ciudad? No pienses en eso, respondí. Es verdad que en otro tiempo tuvo muchos años; pero de pocos dias á esta parte ha remozado tanto que no soy yo mas mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que venga contigo. Sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No

No dexamos el día siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permitió. Ellas nos tenían prevenida una gran cena. Inmediatamente que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, arrimamos el hábito heremítico, y nos presentamos tales quales éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron también ni mas ni menos como eran, haciéndonos ver todo lo de que son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devoción. Pasamos casi toda la noche en la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con estas niñas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte á la Justicia, la qual debia hoy venir á la hermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su quèsta por la Ciudad, una de las beatas le puso en la mano un billete, diciéndole: una amiga mia me entregó esta carta, que iba ahora á buscar á un hombre para enviársela á Vmd. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que me obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitación.

CA-

CAPITULO IX.

Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Quando acabó Don Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, Don Alonso le dixo (por cortesía) que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dixo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse, parecíame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el Reyno de Valencia, donde pondremos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios, de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego

TOMO II.

KK

á

No dexamos el día siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permitió. Ellas nos tenían prevenida una gran cena. Inmediatamente que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, arrimamos el hábito heremítico, y nos presentamos tales quales éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron también ni mas ni menos como eran, haciéndonos ver todo lo de que son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devoción. Pasamos casi toda la noche en la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con estas niñas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte á la Justicia, la qual debia hoy venir á la hermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su quiesta por la Ciudad, una de las beatas le puso en la mano un billete, diciéndole: una amiga mia me entregó esta carta, que iba ahora á buscar á un hombre para enviársela á Vmd. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que me obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitación.

CA-

CAPITULO IX.

Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Quando acabó Don Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, Don Alonso le dixo (por cortesía) que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dixo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse, parecíame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el Reyno de Valencia, donde pondremos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios, de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego

TOMO II.

KK

á

á su opinion. Don Alonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargamos el caballo con un pellejo de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobretez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque, pero aun no habíamos andado cien pasos, quando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho que pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó Don Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, que sintiéndonos en este bosque nos vengan á buscar en él? No lo creo, dixo Ambrosio; antes bien serán algunos viajeros, que cogiéndoles la noche se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero ir á reconocerlos yo, mientras tanto quédense los tres en este puesto, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fue acercando á paso de lobo hácia donde se dexaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las hojas, los ramos y matorrales que le impedían el paso, y al mismo tiempo iba mirando y observando hácia todas partes con toda la atencion que á su parecer merecia la cosa. Vió sentados sobre la yerba, al rededor de una

candela colocada sobre un montoncico de tierra, á quatro hombres, que acababan de comer una empanada, y de agotar un barril de vino que iban besando de mano en mano. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á un árbol, y un poco mas lejos un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los quatro hombres que estaban sentados eran ladrones, y por la conversacion que los oyó acabó de conocer que no había sido temeraria su sospecha. Disputaban los quatro salteadores sobre quien había de poseer la dama que les había caído entre las manos, y trataban de sortearla. Instruido plenamente Lamela, volvió donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que había visto y oído.

Señores, dixo entonces Don Alfonso, la muger y hombre que tienen atados á un árbol los ladrones, quizá serán una dama y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctima á la barbarie, y á la lasciva brutalidad de unos infames asesinos? Creedme, señores, echémonos sobre esta vil canalla, y mueran todos á nuestras manos. Consintió Don Rafael, diciendo: yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó, que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, cuyas consecuencias no podían menos de ser muy ventajosas para todos, y añadió: atrévome á decir que en esta ocasion el peligro no me ate-

256 *Las Aventuras de Gil Blas.*

moriza, y que ningun caballero andanté emprendió jamás con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio, y si no se ha de hacer traicion á la verdad, el hecho es que el peligro no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, nos era facil executar nuestra resolucion á mano salva. Atamos, pues, á un arbol nuestro caballo, y nos fuimos acercando sordamente y á paso lento á los ladrones. Acalorados éstos con el vino hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas, rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes que nos descubriesen, y disparándolas en un mismo punto todos quatro, apuntando cada uno al suyo quasi á boca de jarro, todos quatro ladrones cayeron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz, y nos quedamos en una tenebrosa obscuridad. Sin embargo de esto, acudimos inmediatamente donde estaban atados el hombre y la muger: desatámoslos prontamente, pero estaban tan preocupados del terror, que no tuvieron espíritu ni voz para darnos las gracias por el bien que les hacíamos. Verdad es que aun ignoraban si nos debian mirar como á bienhechores, ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero no-

so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



A. Camaron lo dibujo.

R. Esteve lo grabó.

El Blas Dⁿ Alonso y compañeros matan á quatro ladrones y libran al Conde de Polan y a su hija serafina.

sotros procuramos aquietarlos quanto antes, asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta, que segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian recobrarse del susto, descansar lo que les pareciese, y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad, que los consoló y los confortó grandemente, los metimos en su coche, y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron á visitar las faltriqueras de los vencidos. Volvimos despues á desatar y traer con nosotros el caballo de Don Alfonso, y nos apoderamos tambien de los de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro seguimos al hermano Antonio, que había montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos había dicho que distaba del bosque no mas que una media legua.

Llamamos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes, porque toda la gente de casa estaba profundamente dormida. Levantáronse, y vistiéronse de priesa el ventero y la ventera, que no mostraron el mas mínimo enfado porque los hubiesen despertado á lo mejor del sueño, quando vieron un equipage que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento se encendieron luces por toda la venta. D. Alfonso y el

ilus-

ilustre hijo de Lucinda dieron el brazo á la dama y al caballero para ayudarlos á baxar del coche, sirviéndoles como de Gentil-hombres hasta el quarto donde los conduxo el ventero. Allí se hicieron mil cumplimientos recíprocos; y quedamos verdaderamente admirados quando llegamos á entender que los personages que habíamos librado eran no menos que el mismo Conde de Polan y su hija Serafina. ¿Pero quién podrá describir el asombro de esta dama y de Don Alfonso quando recíprocamente se reconocieron los dos? El Conde no atendió á este pasage porque estaba distraído. Púsose á contar muy por menor el modo con que habian sido atacados por los ladrones, y caído al fin en sus manos despues de haber muerto al cochero, á un page, y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que estaba infinitamente obligado á todos nosotros, y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria tales pruebas de su reconocimiento, que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó agradecido.

Ni á la hija de aquel señor se le olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia; y habiendo juzgado Don Rafael y yo que naturalmente gustaria Don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella joven viuda, lo dispusimos prontamente divirtiéndolo y entreteniendo al Conde de Polan. Bella Serafina, dixo á la dama Don Alfonso en voz muy baxa, ya no me que-

quejaré de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un vandido desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. ¡Ah! respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida? ¿Sois vos á quien mi padre y yo debemos tanta obligacion? ¡Ah Don Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No dixo mas, pero dixo lo bastante, y lo dixo en un tono mas que suficiente para que él conociese que si Don Alfonso amaba perdidamente á Serafina, no amaba menos ciegamente Serafina á Don Alfonso.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del Conde de Polan. Del importante proyecto que formó Ambrosio, y de qué manera se executó.

Después de haber empleado el Conde de Polan la mitad de la noche en darnos las gracias y en protestarnos que podíamos estar seguros de su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo caminaría con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dexamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que á Lamela se le antojó escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció cerca de Campillo. Ganamos prontamente

las

las montañas que hay entre aquel lugar y Requena. Descansamos aquel día y le pasamos en contar nuestro caudal, que considerablemente se había aumentado con el dinero que habíamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones. A la entrada de la noche nos volvimos á poner en camino, y el día siguiente al amanecer entramos en el Reyno de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos. Emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corría un arroyuelo de agua cristalina que lentamente se deslizaba hasta embocarse en las aguas del Guadalaviar. La apacible, y deliciosa sombra con que nos brindaban los árboles y la abundante yerva que el campo ofrecia para los caballos, bastarian para determinarnos á hacer alto en aquel ameno campo, aun quando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y nos dispusimos á pasar allí aquel día alegremente; pero quando quisimos almorzar nos hallamos con las alforjas mal provistas. Comenzaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco menos que agonizando. Señores, dixo entonces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sito mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y yo parto á Xelva á este fin. Xelva es un bello lugar, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dixo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó y

TOMO II.

LL

par-

partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos sería muy pronta la vuelta.

Sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del medio día, y aun se acercaba ya la noche á encapotar los árboles con su obscuro y negro manto, quando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto por las muchas cosas de que venia proveido. No solo traía el botarón lleno de excelente vino, y las alforjas atadas de viandas asadas y cocidas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo que se llevó nuestra atención. Conociólo Ambrosio, y nos dixo sonriéndose: yo se la doy á Don Rafael, y á todos los mas diestros adivinos del mundo, á que no adivinan por qué ni para qué compré todo este fardo de ropa. Diciendo esto le desató él mismo con sus manos, y lo deshizo para que viéramos por menor lo que encerraba aquella especie de fardo. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color, que completaban un hábito largo; dos chupás, y dos calzones de paño negro; un tintero de cuerno, compuesto de dos piezas ligadas con un cordón; una de las cuales era en forma de caña hueca por dentro, y servía para meter las plumas; una mano de papel fino; un gran sello, y un candado, juntamente con una barreta de lacre ó cera verde. ¡Vive Dios! exclamó zumbándose Don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, vive Dios que el

se-

señor Ambrosio ha empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lame-la. Todos esos géneros solo me han costado diez doblones, y estoy persuadido á que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de cosas inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que me está baylando en la cabeza. Oid y juzgad.

Después de haber hecho provision de pan me entré en una pastelería, y ordené que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, con igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba cocinando entró en la pastelería un hombre muy colérico quejándose agriamente de la injuria que le había hecho un mercader del lugar, y dixo al pastelero: por Santiago Apostol que Samuel Simon es el mercader mas vil que hay en toda la villa de Xelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente. No me quiso fiar el grandísimo ladrón seis varas de paño pardo, sabiendo muy bien que soy un oficial honrado, y que á ninguno he quedado jamas á deber un ochavo. ¿No os admirais de tal bestia? El fia sin reparo á los caballeros, quando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un maravedí, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último cornado. ¡Qué mania! ¡maldito Judío! ¡con qué gusto te

LL 2

ve-

vería yo quemado! Puede ser que se me cumpla algun día, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba oyendo yo con la mayor atención á aquel pobre oficial, el qual dixo otras muchas cosas del susodicho Samuel, y de repente sentí no se qué interno preñuncio de que yo mismo habia de vengarle, haciendo una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me direis de qué genio es ese mercader? Del peor que se puede imaginar, me respondió broncamente. Es un desenfrenado usurero, remedando toda la apariencia de hombre concienzudo y virtuoso. Es un Judío que por interes se hizo Católico; pero su alma es tan Judía como la del mismo Caifás.

No perdí una sílaba de todo lo que dixo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Párome á ver su tienda, exáminola toda, y de repente se me viene á la imaginación un enredo que digerí con presteza, pareciéndome digno de un humilde criado y compañero del señor Gil Blas de Santillana. Voyme derecho á una ropería, y compré los hábitos que veis, uno para el que ha de hacer papel de Comisario del Santo Oficio, otro para el que ha de representar el de Secretario, y el tercero para el que ha de hacer de alguacil. Esta fue la causa de mi tardanza.

Ah querido Ambrosio, interrumpió Don Ra-

Rafael arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan delicadísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida, porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, penetra todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en la felicidad de la execucion. Solo necesitas de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú, con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de Comisario del Santo Oficio, yo el de Secretario, y el señor Gil Blas, si se dignare, hará el de alguacil. Ya están los papeles distribuidos; mañana representaremos la comedia: y yo respondo del suceso, á menos que lo eche á perder todo alguno de aquellos accidentes imprevistos que importunamente suelen venir á dar en tierra con los planes mas sabia y maduramente concertados.

Yo, por lo que á mí toca, solo concebí en confuso el proyecto que Don Rafael alabó tanto, pero durante la comida me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrias, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardamos poco en dormirmos, pero apenas amaneció quando el señor Ambrosio comenzó á gritar: *alerta, alerta*; los que tienen entre manos grandes empresas que executar, no han de ser

ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el señor Comisario, le dixo Don Rafael entre dispierto y dormido, y lo que su Señoría ha madrugado. En verdad que el Judíazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta noche soñé que yo le estaba arrancando los pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor Secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas, que se dixerón, nos pusimos todos de buen humor. Almorzamos alegremente, y nos dispusimos para representar nuestros personajes. Ambrosio se echó acuestas las bayetas y el hábito largo, de manera que tenia toda la traza de un verdadero Comisario. Don Rafael y yo nos vestimos como pedia el papel que cada uno habia de representar, esto es, uno de Secretario, y otro de alguacil. Gastamos bastante tiempo en disfrazarnos y en instruirnos, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde quando salimos del bosque para encaminarnos á Xelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; antes bien era del conjuro el no dexarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminábamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas de la villa, dando tiempo á que acabase enteramente la luz del día.

Quando nos pareció tiempo dexamos nuestros caballos en aquel sitio á cargo de Don Alfonso, el qual estimó mucho que no le obligá-

se-

semos á hacer otro papel en una burla tan pesada y de tan delicadas consecuencias. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos derechos á la puerta de Samuel Simon. El mismo salió á abrirla, y quedó extrañamente sorprendido quando se vió en su casa con aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela (que llevaba la palabra) le dixo en tono y ayre imperioso; seor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno Comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro gabinete y escritorio. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hay contra vos.

El mercader á quien habia desconcertado este discurso, dió dos pasos hácia tras como si alguno le hubiese empujado ó dado un golpe en la barriga. Lejos de sospechar en nosotros alguna burla ó supercheria, creyó de buena fé que algun enemigo suyo le habia delatado al Santo Oficio. Tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por el mejor Católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pesquisa ó secreta información. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas perdido ni mas turbado. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que venera y teme á la Inquisición. El mismo nos abrió su gabinete, y al entrar le dixo Ambrosio: señor Samuel, á lo menos recibid con sumisión las órdenes del Santo Oficio; retiraos á otro quarto, y dexadnos hacer libre-

men-

268 *Las Aventuras de Gil Blas.*

mente lo que nos toca. No fue menos obediente á esta segunda orden, que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su gabinete, donde sin pérdida de tiempo nos dimos prisa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo y menos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca, y todo él era en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar: tuvimos paciencia é hicimos virtud de la necesidad. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podiamos encajar sin que por fuera se conociese; de suerte que todos íbamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer ni aun sospechar, gracias á la destreza de Ambrosio y del Don Rafael, que nos hicieron ver y palpar como no hay en el mundo cosa mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

Salimos del gabinete despues de haber hecho nuestro negocio, y por una razon que es facil de adivinar, el señor Comisario sacó el candado que llevaba prevenido, y por su misma mano le echó á la puerta poniéndole su sello, y diciendo á Simon: Maestre Samuel, de parte de la Santa Inquisicion os pongo precepto de que no toqueis á este candado ni á este sello

Lib. VI. Cap. I.

269

llo, que es el del Santo Oficio, al qual vos y todos deben respetar. Yo volveré mañana á esta misma hora á levantarle, y á daros mis órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle, por la qual fuimos todos desfilando alegremente, y quando hubimos andado como unos cinquenta pasos, comenzamos á caminar con tanta velocidad que apenas tocábamos con el pie en tierra sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y montando en nuestros caballos tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al Dios Mercurio, patron de todos los robos.



CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capítulo precedente.

Caminamos toda la noche segun nuestra loable costrumbre, y nos hallamos al amanecer á vista de una miserable Aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados nos desviamos con gusto del camino real para acercarnos á unos sauces que se descubrian como á unos mil y doscientos pasos de la Aldea, en la qual no nos pareció conveniente detenernos. Quando llegamos á los sauces vimos que hacian una apacible sombra, y que los bañaba el pie un claro y bullicioso aroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del dia. Quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, y nos tendimos sobre la verde yerva. Reposamos un poco, y despues acabamos de desembarazar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habiamos robado al pobre Samuel Simon, y hallamos que montaba como á unos tres mil ducados; cantidad que añadida al caudal que ya

te-

teniamos, componia un capital no despreciable.

Como se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael, que ya se habian despojado de sus hábitos inquisitoriales, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciéndonos que querian tomarse este trabajo, porque la aventura de Xelva los habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve para ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dixo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, donde presto volveremos á buscaros. Señor Don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la vuelta de Vmds. sea como la vuelta del humo. Temo que si una vez se van, tarde nos juntaremos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no mereciamos que nos hicieses tan poca merced. Es verdad que en parte te disculpo, y no me puedo quejar de la desconfianza que tienes de nosotros, acordándote tambien de lo que hicimos en Valladolid quando abandonamos á los compañeros que teniamos en aquella ciudad. Pero sábeta que te engañas enormemente. Aquellos camaradas eran de un perverso carácter, y ya no podiamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer esta justicia á los de nuestra profesion, que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division; mas quando no son conformes las in-

cli-

MM 2

clinaciones, puede alterarse la union como en el resto de todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á Vmd. y al señor Don Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su corazon en punto al deseo que Don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dixo entonces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dexar dueños del caudal á estos señores. La mejor caucion de nuestra segura vuelta será que quede todo en sus manos. Ya vé Vmd. señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las ramas, sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedareis así resguardados sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fé, tendreis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con las alforjas y el botarron, dexándome á mí con Don Alfonso, el qual me dixo luego que se fueron: señor Gil Blas, yo quiero abriros enteramente mi corazon. Confieso que me avergüenzo, y que á mí mismo me estoy continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con estos bribones, y en venir hasta aquí con ellos. No os puedo decir quantos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche mientras me quedé solo guar-

guardando los caballos, hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de quien nació con honra, y se crió con principios de una Christiana educacion vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como demasiadamente puede suceder) se descubriese algun dia una de estas maldades, y cayésemos todos en manos de la justicia, me vería públicamente castigado, quizá con una muerte afrentosa, y como un vil ladron. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estos funestos pensamientos, y así te confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de tan mala compañía, por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto (añadió) que no desaprobárs este pensamiento. Seguramente no, le respondí. Aunque Vmd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas son de mi gusto, y mucho ménos las de aquella última especie, antes bien me decia yo á mí mismo mientras estaba representando el tal papel: á fé, señor Gil Blas, que si la Justicia viniera ahora á cogerle á Vmd. por la golilla, no lo habia de contar por gracia, y que sin duda le pagaria bien el salario que el señor alguacil tenia tan merecido. Así que, señor Don Alfonso, no estoy menos fastidiado que Vmd. de tan honrada compañía, y de buena gana se la haré á Vmd., si es que me lo permite, á qual-

qualquiera parte que vaya. Quando vuelvan estos señores les suplicaremos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó desde esta misma noche nos despediremos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposición el amante de la bella Serafina, y me dixo: pasaremos á Valencia, y nos embarcaremos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la República de Venecia. ¿No es mucho mejor seguir la noble y gloriosa carrera de las armas, que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podemos hacer buena figura con el dinero que nos ha tocado. No ya por que dexé de remorderme la conciencia de servirme de dinero tan mal adquirido; pero sobre que la necesidad me obliga á ello, juro de resarcir á Samuel Simon el daño que pude hacerle á la menor fortuna con que me favorezca la guerra. Aseguré á Don Alfonso que en las mismas disposiciones me hallaba yo, y quedamos de acuerdo en que el día siguiente al amanecer nos separaríamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentación de aprovecharnos de su ausencia; levantando el campo y llevándonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dexándonos dueños de él no permitió que ni aun siquiera nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en Valladolid disculpaba este robo por derecho de represalia.

Hacia el fin de la tarde volvieron de Segor-
ve

ve Ambrosio y Don Rafael. La primera cosa que nos dixerón, fue que habian hecho un viaje muy feliz, y que dexaban echados los fundamentos de una aventura, que, segun todas las apariencias, sería sin comparacion de muchas ganancia que la del día anterior. Comenzó á contarnos el plan el hijo de Lucinda; pero Don Alfonso le atajó, diciéndole que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolución. Por mas que hicieron para persuadirnos que prosiguiésemos acompañándolos en sus expediciones, no les fue posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero, y los dos tomamos el camino de Valencia.



CAPITULO III.

Como Don Alfonso se halla en el colmo de sus dichas; y la aventura por la qual se vé Gil Blas de repente en feliz situacion.

Caminamos felizmente hasta Buñol, donde por una desgracia fue preciso detenernos. Sintióse malo Don Alfonso. Asaltóle una ardiente calentura con crecimientos, que me hizo temer por su vida. Por gran fortuna no había Médico en el lugar, y salimos á buen precio de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer día se halló el enfermo enteramente limpio, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que había hecho por él, y como era recíproca la inclinación del uno por el otro, nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes siempre en la resolución de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera así que llegásemos á Valencia. Pero el Cielo dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que estaba en el camino una multitud de gente que formaba un gran corro, y baylaban dentro de ella divirtiéndose alegre-

men-

mente. Acercámonos á ver la fiesta, y Don Alfonso, que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se sorprendió extrañamente al descubrir entre los concurrentes al Baron de Steinbach. Este, que tambien reconoció por su parte á Don Alfonso, corrió luego hacia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡Ah, querido Don Alfonso! ¡Vos aquí! ¿Es posible que lo crea? ¡Por toda España se os andaba buscando, y ahora una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!

Apeóse prontamente del caballo mi compañero, y partió precipitado á dar mil abrazos al Baron, cuya alegría me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dixo el buen viejo: presto sabrás quién eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le introduxo en la sala, donde yo tambien entré con ellos, porque me había apeado, y até á un árbol los caballos mientras ellos se abrazaban. El primero que encontramos fue el dueño de la misma quinta. Era un hombre como de cincuenta años, y de bellísima traza: señor, le dixo el Baron de Steinbach, aquí teneis á vuestro hijo. A estas palabras, Don Cesar de Leiva, que así se llamaba aquel señor, echó los brazos al cuello de Don Alfonso, y le dixo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el sér. Si te he dexado ignorar por tan largo tiempo tu verdadero estado cree que ha sido á costa de una cruel violencia. Mil veces he suspirado de do-

lor,

TOMO II.

NN

®

lor, mas no podia hacer otra cosa. Caséme con tu madre solo por amor, era de nacimiento muy inferior al mío: vivia yo baxo la autoridad de un padre duro é impetuoso, fueme preciso tener secreto un matrimonio contrahido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el Baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo te crió. En fin, ya no vive mi padre, y puedo declarar al mundo que tú eres mi único heredero. Aun no lo he dicho todo: pienso casarte con una dama, cuya nobleza es igual á la mía. Señor, le interrumpió Don Alfonso, suplicoos que no me hagais pagar tan cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿Será posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro, ha de venir acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No queráis vos ser mas cruel conmigo que lo fue vuestro padre con vos. Si éste no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á tomar muger. Hijo mío, respondió Don Cesar, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos. Solo quiero tengas la complacencia de ver á la esposa que te tenía destinada antes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa; pero no por eso te haré violencia. No está lejos, hállase actualmente en esta misma casa. Sígueme, y si no te agradáre, te doy palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto tomó de la mano á Don Alfonso, y le conduxo á un magnífico quarto, permitiéndole

tiéndonos al Baron de Steinbach, y á mí que los fuésemos siguiendo.

Estaban en él el Conde de Polan con sus dos hijas Serafina, Julia, y Don Fernando de Leiva su yerno, el qual era sobrino de Don Cesar. Acompañábanlos otras muchas damas y caballeros. Don Fernando (como ya se ha dicho) habia sacado á Julia de su casa, habianse casado, y con motivo de esta boda habian concurrido á festejarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dexó ver Don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la compañía, se levantó el Conde de Polan, y corrió exhálado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador. Don Alfonso (prosiguió el Conde) reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la del padre. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor salvaste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor, y tu generosidad. El hijo de Don Cesar correspondió con las mas vivas expresiones de reconocimiento al cumplido que le hacia el Conde de Polan, no siendo fácil discernir qual de los dos afectos competian la preferencia en su agitado corazon, ó el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró este matrimonio con el mayor gusto y aplauso

de los contrayentes, y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al Conde de Polan, éste me conoció, y me dixo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad, pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á Don Alfonso, el qual me declaró mayordomo de su casa, honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon, me despachó á restituírle todo el dinero que le habíamos robado; esto es, á hacer una restitution, lo qual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO CUARTO.

- Cap. I. No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia. pag. 1.
- Cap. II. Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él. 9.
- Cap. III. De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la extraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora. 15.
- Cap. IV. El Matrimonio vengado. 23.
- Cap. V. De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman. 65.
- Cap. VI. Artificios de Aurora para hacerse amar de Don Luis Pacheco. 79.
- Cap. VII. Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco. 92.
- Cap. VIII. Carácter de la Marquesa de Chaves; y personas que la trataban. 108.
- Cap. IX. Dexa Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demas que se verá. 115.
- Cap. X. Historia de D. Alfonso, y de la be-

de los contrayentes, y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al Conde de Polan, éste me conoció, y me dixo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad, pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á Don Alfonso, el qual me declaró mayordomo de su casa, honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon, me despachó á restituírle todo el dinero que le habíamos robado; esto es, á hacer una restitution, lo qual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO CUARTO.

- Cap. I. No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia. pag. 1.
- Cap. II. Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él. 9.
- Cap. III. De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la extraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora. 15.
- Cap. IV. El Matrimonio vengado. 23.
- Cap. V. De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman. 65.
- Cap. VI. Artificios de Aurora para hacerse amar de Don Luis Pacheco. 79.
- Cap. VII. Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco. 92.
- Cap. VIII. Carácter de la Marquesa de Chaves; y personas que la trataban. 108.
- Cap. IX. Dexa Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demas que se verá. 115.
- Cap. X. Historia de D. Alfonso, y de la be-

bella Serafina.

Cap. XI. Quién era el viejo hermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba en país de amigos.

122.

144.

LIBRO QUINTO.

Cap. I. Historia de Don Rafael.

151.

Cap. II. Prosigue la historia de D. Rafael.

178.

Cap. III. Va adelante la misma historia.

187.

Cap. IV. Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagá, y va adelante con su relacion.

199.

Cap. V. Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.

204.

Cap. VI. Prosigue la historia del hijo y de la madre.

216.

Cap. VII. Como soy christiano que ahora se sigue lo mejor de la historia de Don Rafael.

222.

Cap. VIII. Da fin á su historia D. Rafael.

231.

Cap. IX. Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

253.

LIBRO SEXTO.

Cap. I. De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del Conde de Polan. Del importante proyecto que formó Ambrosio, y de qué

260.

qué manera se executó.
Cap. II. De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capítulo precedente.

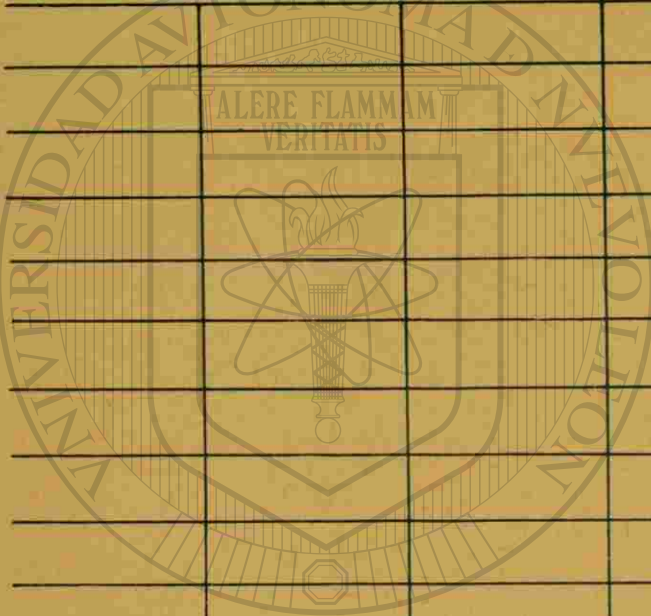
270.

Cap. III. Como Don Alfonso se halla en el cólmo de sus dichas; y la aventura por la qual se vé Gil Blas de repente en feliz situacion.

276.

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN

PQ1997

.G6

56

v. 2

1791-97

AUTOR

IF CASE 11 is a

97849

